
Grupo Editorial
Portal
LA HERENCIA de nuestro AMOR
LOREN SANTOS

LOREN SANTOS

LA HERENCIA de nuestro AMOR

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Portada
Dennis Romoaldo

Diseño
Mylene Ferreira

Revisión
Equipo Portal

Libro digital
1.ª edición
Loren Santos

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, sea cual sea la forma utilizada, tangible o intangible, incluida la fotocopia, sin la autorización por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Lectoras beta: Fabiana Almeida, Karen Ferraz, Letícia Medeiros

Ilustración: Carlos Miguel

SINOPSIS

En la pequeña Boa Esperança do Sul, todos veían a Lucca como un playboy irresponsable, incapaz de hacerse cargo de los negocios familiares. Pero detrás de su fama de mujeriego y su sonrisa irresistible, se había convertido en un empresario de éxito en Europa. Rico, sofisticado y acostumbrado al lujo, regresó a Brasil solo para unas vacaciones pasajeras... sin imaginar que encontraría a la única mujer capaz de trastocar sus planes.

Elisa Müller siempre creyó que tenía su vida bajo control. Trabajadora, orgullosa y centrada, consiguió el ascenso de sus sueños como supervisora de atención al cliente en la bodega Benvenutti, en medio de los impresionantes paisajes de la Serra Gaúcha. Todo estaba cuidadosamente planeado... hasta que se dejó seducir por el único hombre que nunca podría tener: el heredero prohibido.

Entre los viñedos, lo que comenzó como un romance con fecha de caducidad se convirtió en algo demasiado intenso como para olvidarlo. Pero Lucca se marchó, dejando a Elisa con la mayor revelación de su vida. Ella intentó avisarle. Él no le hizo caso. Y, cuando finalmente regresó, estaba comprometido con otra.

Herida y orgullosa, Elisa decidió afrontar sola la maternidad, incluso en una ciudad en la que los secretos nunca permanecían ocultos. Hasta que el destino trajo de vuelta a Lucca, y nada podía prepararlo para lo que descubrió:

tiene un hijo.

La bodega está a punto de ser de Elisa.

La dulce mujer que conoció ahora lo rechaza con todas sus fuerzas.

Entre el dolor, el deseo y las verdades enterradas, Elisa y Lucca descubrirán que algunos amores no desaparecen. Solo regresan aún más devastadores.

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola, querida lectora!

Qué alegría tenerte aquí.

Lucca y Elisa son esa típica pareja a la que nos gusta ver separarse, pero que amamos aún más cuando reciben la tan merecida segunda oportunidad. Me encantó contar su historia y espero de corazón que tú también te enamores. Pero antes de eso, necesito contarte algunos aspectos importantes para comprender mejor la narrativa.

Boa Esperança do Sul es una ciudad ficticia. Solo mantuve el estado de Rio Grande do Sul, para tener más posibilidades con la trama y los paisajes.

En algunos momentos, hay pasajes bastante informales, que incluso parecen gramaticalmente incorrectos, como en la conjugación, la ortografía o la falta de letras, por ejemplo. Sin embargo, fueron pensados a propósito para acercarse a la realidad cotidiana de la región.

Del mismo modo, he optado por incluir fragmentos cortos en otros idiomas debidamente traducidos en las notas al pie de página. Sin embargo, en contextos más largos, los diálogos se describen en portugués, aunque se desarrollen en otros idiomas, para que la lectura no resulte pesada.

Una vez aclarada esta información, espero que disfrute de la lectura y se deleite con las próximas páginas.

Un beso grande,

Loren Santos

ÍNDICE

SINOPSIS
NOTA DE LA AUTORA
ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO

ESCENA EXTRA
Lea también
Redes sociales (de la editorial)



ELISA MÜLLER

PRÓLOGO

BRASIL

ELISA MÜLLER

Esa tarde de domingo, obligué a mis piernas a correr entre los enormes viñedos, huyendo del pecado en forma de hombre atractivo. Me ardía la cara, la sangre corría rápido y me faltaba el aliento, pero la amplia sonrisa era la prueba de que nunca me había sentido tan feliz.

Lucca me alcanzó con facilidad, sobre todo porque sus piernas eran mucho más largas que las mías. Sus fuertes brazos y sus grandes manos rodearon mi cintura, obligándome a detenerme al chocar contra su pecho musculoso y absurdamente perfumado.

Dejé escapar un gritito de sorpresa —con un toque de encanto, lo admito— cuando me giró hacia él, bajo la densa copa del árbol de frutos rojizos y aroma fresco.

— ¿No me vas a dejar ganar? —le dije coquetamente, todavía jadeando.

—Soy competitivo, girassol. —Me guiñó un ojo y me mordió el labio de una forma que siempre me dejaba las bragas mojadas.

Era injusto lo seductor que sabía ser. Esa mirada ardiente, un poco sarcástica, ese andar seguro y esa sonrisa de rabillo que me desarmaba sin esfuerzo.

— Creo que eres mucho más que eso... — dije, tocando el botón abierto de su camisa.

—Y tú hueles muy bien —hundió la nariz en mi cuello, inspirando profundamente—. La mezcla de aromas del campo con una esencia que parece ser exclusivamente tuya.

El cumplido susurrado me hizo cerrar los ojos y sonreír como una tonta.

—Y tú, un galanteador barato —le respondí en voz baja, alejándome para mirarle a los ojos marrones claros, admirando el tono un poco más oscuro de su cabello.

— Barato no, respétame... —Se rió, burlón—. Pero galanteador sí, y a ti te gusta.

Tenía razón. A sus 32 años, Lucca era muy alto, medía casi dos metros, tenía una hermosa sonrisa y un bronceado dorado que traía de Italia, que contrastaba completamente con mi piel pálida.

Sabía que había cometido el peor error para una chica como yo: dejarme seducir por los encantos del heredero de la bodega. Por si fuera poco, estaba molesta porque era nuestro último día juntos, aunque sabía que no debía encariñarme, al fin y al cabo, éramos como el agua y el vino.

— ¡Bah! No puedo creer que tus vacaciones hayan terminado —me lamenté, mientras recorría con mis dedos su rostro sin barba.

— No te preocupes por eso ahora, Líli —murmuró, rozando mi cuello con su nariz.

Suspiré, sintiéndome tonta por gustarme esa forma tan especial en que él me llamaba.

Lucca Benvenutti era el nieto de mi jefe. Un auténtico espíritu libre que podía seducir a todas las mujeres que quisiera, ya que ser guapo y seguro de sí mismo parecía formar parte de su ADN.

Yo, por otro lado, era de Boa Esperança do Sul, en la Serra Gaúcha. Crecí allí, con mi madre y mis abuelos, rodeada de viñedos y poco más de siete mil habitantes.

Empecé a trabajar en la bodega Benvenutti hace seis años, en la vendimia. Fui creciendo y, actualmente, a mis veinticuatro años, acababa de convertirme en supervisora de atención al cliente, encargándome de las visitas guiadas y de la tienda de vinos. Por las noches, me dedicaba al último semestre de Administración EAD y a los cursos online de inglés e italiano.

Nunca me había involucrado con nadie, no tenía tiempo y, para ser sincera, no me interesaba. Entonces llegó Lucca hace poco

más de seis semanas, era insistente, divertido, inteligente, de buen humor, supo exactamente cómo conquistarme y acabé cediendo.

A veces me culpaba por haber sido tan fácil, aun sabiendo que él no se quedaría en la ciudad. Otras veces, pensaba que estaba haciendo lo correcto. Ningún otro hombre me había llamado la atención antes y, en una ciudad donde todos se conocían, era difícil relacionarse con alguien sin que se corriera la voz.

Por todos estos factores, acabé cediendo a los avances de Lucca. Pronto se iría y todo estaría resuelto, además, no era como si su aspecto no ayudara. Por Dios, sin duda era el hombre más guapo que había visto nunca, sin contar los milagros que sabía hacer con la boca.

Perdí mi virginidad con él y no me arrepentí. No fue como en los cuentos de hadas, sobre todo porque me dolió muchísimo cuando esa cosa enorme entró en mí.

Pero Lucca se esforzó por ser especial. Me llevó a un hotel en otra ciudad, lejos de las miradas de cualquier chismoso de Boa Esperança. Cenamos en un restaurante elegante, el más chic en el que había estado, lo confieso. Después, me llevó a la habitación y sucedió. Sin prisas, sin miedo a que nos descubrieran y con una conexión increíble.

Lucca me respetó en todo momento. Siguió mi ritmo, esperó a que me acostumbrara a todo y luego me dio orgasmos deliciosos.

Desde entonces, me permití ceder a los deseos de ser suya. Como en ese momento. Sus manos recorrieron mi cuerpo, metiéndose bajo el vestido floreado. Sus labios se cerraron sobre mi barbilla, sus dedos se hundieron en mi piel hasta que nuestras bocas se sumergieron en un beso caliente, húmedo y lleno de jadeos.

—Necesito comerte, Líli —murmuró, ronco por el deseo.

Jadeé, sintiendo cómo se empapaban mis bragas.

— Yo también quiero, pero aquí no —respondí en el mismo tono, buscando algo de cordura.

Sin esperar más, me levantó por las caderas y me llevó hasta la camioneta aparcada a pocos metros. Me sentó en el asiento del copiloto, dio la vuelta y solo entonces se colocó detrás del volante.

Todavía me daba vergüenza mirar directamente, pero no pude contener el sonido que se escapó de mi garganta al mirar de reojo y ver el tamaño del bulto que casi reventaba la cremallera de los vaqueros.

Él se dio cuenta al desviar rápidamente la atención de la carretera.

— ¿Ves lo que me haces, girasol? —Su voz seguía siendo baja y ronca.

Froté mis piernas, sintiendo el calor aumentando en mi centro. No podía dejar de mirar. Y ahora, me mordía el rabillo de la boca como una traviesa. Lucca soltó una breve risa, dándose cuenta de lo afectada que estaba.

— No tienes por qué avergonzarte. Tócalo, siéntelo... —me animó, tocando mi mano y colocándola lentamente sobre el bulto.

Jadeé sorprendida y tragué saliva, tratando de acostumbrarme a esa repentina intimidad. Venía de una educación estricta, en la que no se tocaba el cuerpo de un hombre. Así que, aunque lleváramos unas semanas saliendo, todavía me resultaba difícil.

Exhalé un suspiro y, con cierto esfuerzo, fui relajándome a medida que la camioneta avanzaba a gran velocidad por la carretera. De fondo, una canción internacional llenaba la camioneta, pero yo solo podía pensar en cómo el ritmo sensual aumentaba aún más el deseo que sentía.

Lucca quitó su mano de la mía, dejándome a gusto. Y como si estuviera dominada por una fuerza desconocida, me armé de valor y moví los dedos en caricias circulares. Su respiración fue cambiando hasta volverse pesada, lo que me animó a desabrochar el botón y bajar la cremallera.

Saqué el enorme miembro, con la cabeza rosada y brillante, de los calzoncillos. A continuación, empecé a deslizar la mano con movimientos de vaivén, extendiendo la lubricación por toda la longitud. Lucca soltó un gruñido y bajó la mirada en el instante en que yo levanté la mía y lo encontré con las pupilas dilatadas, brillando de pura lujuria. No sé explicar qué me pasó, pero al percibir la excitación en sus ojos, me incliné para llevarlo a mi boca.

Al principio, un sutil roce de labios. Luego, lo dejé entrar, acostumbrándome a su grosor y sabor. Era nuevo, diferente. Lucca nunca me pidió ni me obligó a nada, así que esa era la primera vez que lo tenía en mi boca.

—Eso, Líli, a tu ritmo... Respira por la nariz —me indicó con voz grave, subiendo la mano por mi cabello, solo guiándome, sin fuerza. Fui tragando hasta sentir que había llegado a mi límite, es decir, la mitad de su pene. Por un segundo, dudé si estaba bien, pero cuando sus dedos se cerraron con un poco más de fuerza en mi nuca y él gruñó, sonreí sin sacarlo de mi boca. — Joder, girassol... ¡qué boca tan deliciosa!

En un segundo, el coche estaba en movimiento, y al siguiente sentí una frenada brusca. No tuve tiempo de asimilar lo que estaba pasando. Sus manos rodearon mi torso, levantándome y tirando de mí hacia su regazo en el instante en que su boca invadió la mía en un beso feroz y bruto.

Tambaleándome, fui. Una rodilla a cada lado de su cadera. Sus enormes manos me apretaban con deseo y lascivia, dictando la intensidad entre nosotros. Una en mi cabello, presionando mi boca contra la suya. La otra, en mi espalda, bajando hasta entrar por la falda de mi vestido, acariciando mis nalgas y dándome unas palmadas sin fuerza, pero suficientes para hacer un ruido erótico y excitarme aún más.

—Me vuelves loco —gruñó, bajando los dedos por el valle entre mis nalgas, deslizándose hasta llegar a mi vulva.

Gemí, completamente entregada. Sus dedos jugaron con mis labios, esparciendo la lubricación. Me retorcí al sentir el contacto de

su glande, arrancándonos jadeos y el juicio a los dos.

— Joder... —Él apretó los dientes, echando la cabeza hacia atrás, tratando de controlarse.

Yo me sentía igual, loca por sentir su polla llenándome. Y así, sin poder pensar en nada más, cerré los ojos y me deslice lentamente sobre su miembro, conteniendo el gemido hasta sentir mi culo tocar su pelvis, la presión consumiéndome por dentro.

— Mírame, girasol —gruñó Lucca, acariciándome la mejilla mientras con la otra mano deslizaba el tirante del vestido hasta dejar al descubierto mi pecho derecho.

Luché contra mis pesados párpados. Cuando finalmente pude verlo, supe que guardaría esa imagen en mi memoria para siempre. Su rostro anguloso, deliciosamente masculino, estaba retorcido por el deseo. Su boca enrojecida por nuestros besos, sus ojos a punto de devorarme viva.

«Algún día me volverás loco, chica...», dijo antes de morder mi turgente pezón.

La afirmación sonó casi dolorosa y me dio escalofríos, como un presagio de algo muy malo.

— Es posible, chico, no te preocupes... — respondí, aceptando la invitación de sus manos que me animaban a moverme.

Lucca empezó a penetrarme profundamente sin dejar de chuparme el pecho. Nuestros cuerpos chocaban dentro de la camioneta, con las ventanas oscuras y empañadas, y el aire acondicionado incapaz de contener el calor entre nosotros. Ya no pude contener los gemidos de placer y, cuando me di cuenta, estaba gritando y rebotando sobre su polla como si mi vida dependiera de ello.

Hundí mis dedos en su pelo corto, mi cuerpo temblaba sin control y me corrí con fuerza, en oleadas y oleadas. Él no dejó de empujar, pero dejó mi pecho para besarme, sabiendo que yo aún no había terminado. Y así se quedó hasta que mis temblores cesaron,

para entonces acelerar de nuevo y, en el último instante, empujarme hacia arriba y correrse en mi culo.

—Te dije que me vuelves loco —gruñó, jadeando en mi hombro—. Casi me corro dentro de ti.

Solo entonces me di cuenta de la gravedad de lo que había dicho. Me aparté lo suficiente para mirarlo, sintiendo que mis ojos se abrían un poco. Siempre usábamos condón y yo había empezado a tomar anticonceptivos tres semanas antes, por mi cuenta.

—¿Corremos algún riesgo? —pregunté, tensa.

Lucca apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, relajando los hombros y el rostro.

«Solo quien no tiene relaciones sexuales no corre ningún riesgo...», bromeó, cerrando los ojos. Sentí cómo se tensaba mi cuerpo, sin querer ni pensar en la posibilidad de un embarazo inesperado. Él se divirtió. «Relájate, chica... lo saqué a tiempo. No es posible que seamos tan desafortunados».

Como si tuviera la boca llena de arena, me incliné, cogí la toallita que él siempre dejaba allí y me limpié antes de volver al asiento del copiloto.

— ¿Tienes hambre? —preguntó después de recomponerse.

Asentí con la cabeza, todavía un poco aturdida. Al darse cuenta, Lucca me tomó la mano sobre la pierna, buscó mi mirada y sonrió.

— Tranquila, chica... No va a pasar nada.

Asentí con la cabeza, pero no podía dejar de pensar en ello.

— ¿Nuestro restaurante favorito? —sugirió cambiando de tema.

—Perfecto —dije con una sonrisa forzada.

Lucca condujo hasta Bento Gonçalves. Era hablador, inteligente y me gustaba escucharlo contar sus experiencias por el mundo. En el fondo, sentía un poco de envidia de lo bueno que debía ser tener mucho dinero para vivir esas aventuras.

Entramos en un callejón de la ciudad, donde se encontraba el restaurante con amplios ventanales de madera y cortinas de lino ligero que se mecían con la brisa de la sierra y daban privacidad a los clientes. El interior era íntimo, iluminado por luces amarillentas colgadas de cables rústicos y con el acogedor aroma de las hierbas frescas. El encanto y la tradición se combinaban a la perfección entre las paredes de piedra y los muebles de madera oscura. En las estanterías había botellas de vino, libros antiguos y pequeños arreglos florales variados.

De la mano, Lucca me llevó a la mesa donde había un pequeño centro de mesa con girasoles, exactamente como había hecho otras veces. Hicimos nuestros pedidos y, cuando el camarero se alejó, lo miré fijamente por encima de las copas de vino.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Todas las que quieras, Líli. — La respuesta ligera fue precedida por un sorbo de la copa grande.

— ¿Por qué me llamas girasol?

Lucca dejó la copa sobre la mesa con cuidado, sin romper nuestro contacto visual, se pasó la lengua por los labios como si saboreara la bebida y pensó en la respuesta. Entonces, sonrió.

— El día que llegué a la bodega, te vi entre los viñedos. Se te había caído el sombrero y tu cabello rubio reflejaba la luz del sol, destacándote entre el verde, como un girasol.

Me mordí el labio, sintiendo picazón en la nariz.

—Nadie me había dicho nunca algo tan bonito —le confesé, encontrando muy tierna su explicación. Y para no parecer tonta, me relajé—. Si no hubiéramos tenido una relación, pensaría que me está diciendo eso solo para llevarme a la cama.

Bebí el vino para que la copa ocultara lo emocionada que estaba.

Lucca sonrió, ligera y seductora, como era tan habitual en él.

— ¡Ni hablar! No soy ningún santo, pero no miento para conquistar a una mujer.

La inquietud me invadió al imaginarlo con otra persona. Y, sin poder controlarlo, mi expresión me delató.

— Tranquila, girasol —bromeó, tocándome la mano—. Lo que quiero decir es que soy sincero en todo lo que hago, aunque no sea el nieto que mi abuelo siempre soñó.

Exhalé un suspiro incómodo.

— ¿No piensas echar raíces en Boa Esperança? ¿Asumir lo que tus bisabuelos conquistaron?

Lucca negó con la cabeza, cruzando los brazos mientras se recostaba en la silla.

—Mi lugar no está aquí, Elisa. —El hecho de que me llamara por mi nombre era la prueba de que el tema empezaría a descarrilarse. Y luego continuó: —El acuerdo era que mi padre se haría cargo de la bodega y yo continuaría con mis negocios en Europa. Pero ahora, con el accidente, tengo la intención de contratar a un administrador para que se encargue de los negocios cuando mi abuelo ya no esté entre nosotros.

Si en algún momento pensé que lo que habíamos vivido en esas semanas podría ser suficiente para hacerle cambiar de opinión, nunca estuve más equivocada. Y eso fue como sentir una aguja perforándome lenta e interminablemente. No lo suficientemente doloroso como para destrozarme, pero lo suficientemente incómodo como para no olvidarlo.

Era horrible, pero yo no iba a pedirle que se quedara.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, aunque mis esperanzas se habían desvanecido.

Cuando salimos del restaurante, la temperatura había bajado considerablemente. A primera hora de la tarde, había salido de casa tan ansiosa por estar con Lucca que me había olvidado el abrigo. A finales de junio... ¡Maldita sea, Elisa! Al notar que me encogía al

entrar en el coche, Lucca se inclinó, estiró la mano hacia el asiento trasero y me tendió una sudadera negra.

— Toma, no quiero que te resfríes. — Sonrió.

Su amabilidad fue un pequeño peldaño más en la escalera que yo estaba subiendo. Le devolví la sonrisa, cogí la prenda de tela gruesa y le di las gracias. La prenda era un contraste que me gustaba ver entre el hombre que se dedicaba a los negocios en el extranjero y el joven al que le gustaba la ropa informal, disfrutando de las vacaciones en el imperio que no quería asumir.

El camino de vuelta transcurrió en silencio, solo roto de vez en cuando por conversaciones amenas. Ambos perdidos en la sensación de que nuestro tiempo había terminado. Para él, una vuelta a la vida cotidiana. Para mí, la certeza de que nunca lo olvidaría.

Cuando Lucca aparcó a unas cuantas manzanas de mi casa —como le había pedido que hiciera para no crear conflictos con mi familia—, levanté la mirada e intenté sonreír, fracasando estrepitosamente. Él, por su parte, se inclinó, me acarició la cara sin prisa y me besó.

«Te echaré de menos», susurró en mis labios cuando nos separamos.

«¡No es verdad!», gritó mi mente.

En respuesta, solo tragué saliva e intenté sonreír, murmurando un «yo también». Lo que él sentía por mí nunca se compararía con lo que yo sentía por él. Y como dije, no le pediría que se quedara.

Me ajusté el asa del bolso y me preparé para bajar del coche, cuando me acordé del préstamo.

— Tu sudadera... — Puse las manos en la barra para quitármela, pero Lucca me lo impidió, posando sus dedos sobre los míos.

— Quédatela. La noche es fría.

Mis ojos recorrieron su hermoso rostro, preguntándome por qué no podía simplemente quedarse. En lugar de decir eso, solo asentí con la cabeza, sería bueno tener algo suyo para recordarlo.

— Bueno, pues eso es todo... Buen viaje —dije, como si no sintiera que la voz me desgarraba la garganta sin anestesia.

Lucca me besó de nuevo, haciendo promesas silenciosas que nunca podría cumplir. Por fin, pegó nuestras frentes y murmuró:

— Nos vemos cuando vuelva. Adiós, girasol...

Tragué saliva, sintiendo que me ardían los ojos.

—Adiós, Lucca.

Bajé del coche sin mirar atrás, sumergida en el perfume caro y penetrante que desprendía el abrigo. Un recuerdo silencioso de que nunca tendría más de lo que Lucca me había dado durante esas semanas que estuvimos juntos: sexo y una sudadera con su olor.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 1

SEMANAS DESPUÉS...

ELISA MÜLLER

La bodega fue mi primer trabajo y no necesité otro para saber lo mucho que me gustaba ese lugar.

A lo largo de los años, pasé por los sectores de producción, que comprenden la plantación y la vendimia. Luego, por el área técnica: clasificación, calidad de la uva y fermentación. Esta experiencia me permitió conocer el proceso técnico y sensorial de cada cosecha y desarrollar un paladar entrenado y una memoria olfativa. Hace dos años, trabajaba en la tienda de vinos, recibiendo y guiando a los clientes en el turismo enogastronómico, atendiéndolos en portugués, español, un poco de inglés e italiano.

Como en ese momento. Mientras guiaba a un grupo de clientes por los viñedos y las bodegas, les contaba la historia de la bodega, cuando los bisabuelos de Lucca llegaron de Italia y todo esto no era más que extensos terrenos sin explotar. Después, los llevé a la zona de degustación temática, junto a la tienda de vinos y delicatessen.

Con la ayuda de Clara, la dependienta y amiga mía, ya tenía preparadas las combinaciones de quesos y vinos para que, mientras yo estaba con las visitas, ella lo tuviera todo listo para la cata. Casi siempre, los clientes terminaban el día con bolsas en las manos, sonrisas fáciles y los ojos ligeramente nublados por el alcohol.

— Gracias por su visita, señora Figueiredo. Ha sido un placer conocerla. — Sonreí amablemente mientras le entregaba su paquete con productos locales.

La mujer bajita y bien vestida me abrazó.

— Es usted muy amable, Elisa. Cuando volvamos, quiero que me atienda usted otra vez.

Le devolví el gesto, acompañándola hasta la salida de la tienda.

— Vuelva, la espero.

Me despedí con la mano, metiendo las manos en los bolsillos delanteros del delantal mientras los veía subir a los coches y desaparecer por la carretera. Antes de volver al interior, suspiré y me pasé la mano por la cara. Era sábado por la tarde y me sentía más cansada de lo habitual.

La semana había sido agotadora, tanto en la universidad como en el trabajo. Hoy tendríamos una boda grande y muy pomposa, lo que exigía la participación de todo el equipo de la bodega. Aunque no iba a trabajar directamente durante la fiesta, me esforcé mucho con la organización durante la semana, compaginándolo con mis tareas habituales.

El viento frío que me acariciaba la cara me despertó. Respiré profundamente y volví a la tienda, deseando más que nada darme una ducha caliente y meterme bajo las sábanas. Sin embargo, aún tenía que resolver algunas cosas antes de dar por terminado el día. Para mi alegría, Clara era ágil, lo que yo apreciaba mucho y, por eso, trabajábamos bien juntas. Mientras yo terminaba de atender a los clientes, ella empezaba a organizar todo sin dar la sensación de estar echando a la gente. La mayoría de las veces, ni siquiera se daban cuenta y, como bonus, podíamos irnos unos minutos antes, lo que no era el caso hoy, ya que la degustación había durado más de lo previsto.

— Menos mal que mañana tenemos libre —murmuró mientras lavaba algunos platos en la cocina—. Ni siquiera sé cuántos días llevo sin descansar los domingos.

—Yo tampoco... —asentí en voz baja, dirigiéndome al ordenador.

Los fines de semana eran muy ajetreados en la bodega, por lo que los días libres siempre se escalonaban o se tomaban entre semana.

Oí que cerraban el grifo y, al poco rato, Clara apareció en la puerta quitándose el delantal.

—¿De verdad vas a seguir trabajando? Ya ha pasado nuestra hora.

Asentí con la cabeza.

— Tengo que cerrar la caja, terminar este informe y enviárselo al señor Pedro hoy.

Ella frunció los labios y se encogió de hombros.

— Bueno, tú sabrás. Pero sigo pensando que esa bodega te explota. Y tú lo permites.

Negué con la cabeza.

— Me gusta.

— Solo tú, ¿no? Porque el día que decidas buscar novio, él no querrá compartirte con el trabajo. He visto muchas relaciones que se han ido al traste por eso.

Me reí, sin importarme.

— Ni lo creo. No pienso tener uno tan pronto.

Clara puso los ojos en blanco, dramatizando mientras guardaba el delantal y cogía el bolso.

— Vas a morir virgen así... Ahora tengo que irme, mi padre debe estar esperándome ansioso.

— Cuídate, ¿vale? Nada de salir con extraños sin avisar.

— Solo fue una vez, señorita santurrona —se quejó, dirigiéndose a la puerta.

— Suficiente para preocupar a todo el mundo —repliqué lo obvio—. Tu madre se desesperó, Clarinha...

— Está bien, lo admito... cometí un error. Pero aprendí la lección, no te preocupes. Ahora siempre envío mi ubicación cuando salgo con un chico de fuera.

Asentí, más tranquila. Ella saludó con la mano y la vi salir de la tienda, pensativa sobre lo que acabábamos de hablar. A los ojos

de la tradicional Boa Esperança, elegir salir con chicos de otra ciudad convertía a Clara en un ejemplo a no seguir, pero yo la entendía. Vivir en una ciudad tan pequeña como la nuestra no era nada bueno cuando se trataba de relaciones. Había algunos favoritos, pero casi siempre ya estaban comprometidos, y los demás solo buscaban líos. De esos, quería mantenerme alejada.

Volví a centrar mi atención en el sistema abierto en el monitor, tratando de concentrarme, pero entonces los recuerdos aún frescos de Lucca inundaron mi mente.

No le conté a nadie lo nuestro. Y, cuando mis padres me preguntaban con quién había salido, les decía que con Clara. No me gustaba mentir, pero no quería que nuestros encuentros se corrieran de boca en boca. Tampoco quería que me juzgaran por haberme involucrado con el nieto de mi jefe.

Sin poder dejar de pensar en eso, me serví una copa de mi vino favorito y caminé hasta la enorme ventana de cristal. Contemplé el campo, casi totalmente envuelto por la noche, iluminado por el camino de luces cálidas y los faros de los coches de los invitados que llegaban a la boda que, excepcionalmente por el frío, se celebraría en el salón de fiestas.

Evita pensar en Lucca, y lo consigo durante el día, siempre ajetreado. Pero por las noches, en el calor de mis sábanas, pierdo vergonzosamente ante los recuerdos. La sudadera escondida en el fondo del armario, ya casi sin su olor, era la prueba de mi decadencia. Cuando la nostalgia me apretaba, me abrazaba a ella, la olía e incluso estaba pensando en usar una parte de mi sueldo para pedir el perfume importado por Internet.

Solté un suspiro irritado.

—Claro que no vas a hacer eso, Elisa. Sería una tontería comprometer parte de tu sueldo en tantas cuotas por el perfume de un chico que ni siquiera te ha enviado un mensaje para decirte que ha llegado bien —refunfuñé, volviendo al ordenador.

Puse una lista de reproducción cualquiera, solo para no estar en silencio, y me obligué a concentrarme en el informe entre un sorbo y otro, encontrando, poco después, el consuelo que me gustaba. Podría ser solitario, pero me encantaba. Y antes de que pienses que estaba bebiendo en horario de trabajo, no.

Una vez, el señor Pedro Benvenutti, propietario de la bodega, se extrañó de que la luz estuviera encendida tan tarde y, al venir a ver qué pasaba, me ofreció una copa de vino. Desde entonces, a veces, me permitía ese lujo después de cerrar la tienda, mientras aún tenía que hacer el trabajo burocrático.

El sabor delicado, aromático y elegante del *Pinot Noir* explotó en mis papilas gustativas. Al principio, ligero. Pero a medida que lo saboreaba, se mostraba más complejo, armonizando con el frío de aquella noche.

Estaba entretenida cuando mi celular vibró junto al teclado, asustándome.

—¿Señor Pedro? —pregunté con el ceño fruncido al contestar.

— *¡Hola, Elisa! Perdona por llamar a estas horas* —su voz parecía tensa.

— No se preocupe, todavía estoy en la tienda. ¿Qué ha pasado?

Suspiró.

—Amora ha tenido una emergencia con su hijo —sonaba preocupado.

Amora era la recepcionista encargada de la boda que comenzaría en unos minutos. No tuvo que terminar la frase para que yo entendiera el motivo de la llamada.

— ¿Necesita que la sustituya?

El suspiro de alivio fue una respuesta afirmativa.

— ¿Puedes hacerlo?

— Por supuesto. Solo tengo que apagar todo y estaré allí en unos minutos.

— Gracias, querida.

Llegué poco después al salón de eventos construido específicamente para esas ocasiones. Debido al paisaje de la bodega, muchas cenas y cumpleaños se celebraban allí en los días fríos, después de la celebración en el campo. Por suerte, el equipo era muy armonioso y responsable, lo que garantizaba que todo estuviera en perfectas condiciones para comenzar el evento.

Entre recibir a los invitados y verificar la autenticidad de las invitaciones, apenas vi pasar la siguiente hora. Solo pude respirar cuando entró el último invitado.

—Hay mucha gente, ¿no? —La voz baja, pero firme, precedió la llegada del anciano que combinaba un ambiente rural con la elegancia de la bodega.

—Lo importante es que todo salió bien, señor Pedro. —Asentí con una sonrisa cansada.

Pedro Benvenutti estaba elegante con un pantalón bombacha gris bien cortado, camisa blanca de lino, cinturón pampa, pañuelo y sombrero panamá estructurado. El bastón de madera oscura completaba la imagen de un hombre que había envejecido con dignidad y orgullo de sus propias raíces.

Se acercó, observándome atentamente.

—Gracias por tu apoyo, Elis —me llamó por mi apodo, sonriendo fraternalmente.

Guardé el lector que había utilizado para validar las invitaciones y levanté la vista de la caja.

— No tiene por qué dar las gracias, señor. Es mi trabajo.

—En realidad, no lo es —replicó, apoyando la mano en el bastón para evitar cargar peso sobre la pierna derecha—. Pero veo lo mucho que te esfuerzas y lo mucho que te gusta mi bodega, muchacha. Y lo aprecio mucho.

Una casi sonrisa apareció en su rostro, con una expresión dividida entre la nostalgia y la tristeza.

—Veía ese mismo brillo en los ojos de mi Carlo, pero entonces... ocurrió el accidente y me lo arrebató —se lamentó, mirando al suelo antes de volver a mirarme—. Por desgracia, mi nieto no tiene el mismo deseo...

—Lo siento mucho —murmuré, sincera—.

Todos comprendían lo mucho que la bodega era la niña de los ojos de Pedro Benvenutti y de su hijo fallecido hacía algún tiempo. Desde entonces, todos se preguntaban qué haría cuando ya no pudiera trabajar.

Él asintió brevemente, mirándome en silencio durante unos segundos.

— Pareces cansada.

Esbocé mi mejor sonrisa, odiaba dar una imagen de fragilidad. Y menos aún ante él.

— Solo un poco, pero no se preocupe.

Caminó a mi lado hasta la pequeña sala de apoyo donde dejábamos el equipo administrativo.

—¿Cómo va la universidad? —preguntó.

— Bien. Me gradúo al final de este semestre y tengo pensado empezar un posgrado inmediatamente después.

Pareció gustarle lo que oyó.

—Eso está bien... ¿Ya has pensado en qué área?

«Estoy dudando entre Administración de Empresas o Gestión de Negocios y Experiencia del Cliente», le conté, emocionada.

Entré en la sala y, mientras guardaba lo que había usado, él me esperó en la puerta.

— ¿Y piensas seguir trabajando aquí después?

No entendía por qué alargaba el tema, pero admito que había sido una sorpresa agradable.

— Me encanta trabajar en la bodega, señor Pedro. Solo me iré el día que usted me despida. — Esbocé una amplia sonrisa y él se

tocó el sombrero, ocultando una sonrisa de satisfacción mientras miraba sus propios pies. Me acerqué a la mesa y me agaché para abrir el último cajón. — Solo falta guardar estas cintas y listo...

Apenas terminé de hablar y, al levantarme, sentí que se me nublaba la vista. Tuve que apoyarme en la mesa sin mucha delicadeza y respirar hondo.

—¡Elisa! —exclamó asustado, acercándose a mí—.

—Estoy bien, señor Pedro —dije en voz baja, todavía sintiéndome mareada.

— Siéntese aquí, querida. —Me tocó el brazo y me ayudó a sentarme en el sillón detrás de la mesa. Después de asegurarse de que estaba bien, se acercó al filtro, cogió un vaso de agua, volvió y me lo ofreció—. Beba, le sentará bien.

Acepté. Mis manos temblaban mientras bebía a pequeños sorbos.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó, preocupado.

Lo pensé por un momento.

—En el almuerzo —respondí, sintiéndome un poco culpable al darme cuenta de cuántas horas llevaba sin comer.

—Chica... —su tono era preocupado—. No puedes hacer eso. El saco vacío no se sostiene.

— Ha sido un día muy ajetreado, se me olvidó —me justifiqué, más para mí misma que para él.

Pensé si el vino podría haber tenido algún efecto, pero lo descarté rápidamente. Ni siquiera había bebido una copa, ya que su llamada me interrumpió.

— ¿Estás mejor? —me preguntó un rato después. Respiré hondo y abrí los ojos, volviendo a la normalidad, y asentí con un breve movimiento de cabeza. — Entonces vamos a la cocina. Necesitas comer algo antes de emprender el camino de vuelta a casa.

Asentí en silencio, todavía extrañada por lo que había pasado. Nunca me sentía mal. Después de cerrar la oficina con llave, caminamos lentamente hacia el lugar que él me había indicado y, nada más oler la comida, se me revolvió el estómago. Por más que lo intenté, no pude evitar poner cara de asco.

El anciano me observaba atentamente, pero se quedó callado. Después de asegurarse de que había comido lo suficiente para no tener otro episodio de malestar, le pidió a uno de los guardias de seguridad que buscara mi *coche* plateado. El coche había visto días mejores, pero era lo que podía pagar sin retrasarme en el pago del impuesto de circulación y el mantenimiento, conciliándolo con todos los demás gastos.

— ¿Está seguro de que puede conducir? —preguntó el señor Pedro, desconfiado.

— Sí, solo era cansancio y falta de comida. No se preocupe, señor. — Le dediqué una sonrisa forzada para aliviar la incomodidad —. Lo siento y gracias por su preocupación.

— No diga eso... —Agitó la mano en el aire—. Conduzca con cuidado y llámeme cuando llegue a casa o si necesita algo.

Asentí con la cabeza, sin saber cómo despedirme. Finalmente, le acaricié el hombro con un gesto rápido, me metí en el coche y arranqué el motor.

—Adiós...

Él asintió.

— Esperaré tu llamada.

Aceleré por la carretera pensativa mientras lo veía desaparecer por el retrovisor y suspiré. Mi abuela tenía razón al decir que tenía que cuidarme mejor o no podría hacer frente a tantas responsabilidades.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 2

ELISA MÜLLER

Al día siguiente, la pereza parecía apoderarse de mí. Me desperté tarde, a pesar de tener un montón de cosas que poner al día en la universidad. Sin embargo, las ganas de salir de la cama dieron paso al cansancio de esa semana.

Después de dormir y despertarme varias veces, reprochándome por no poder levantarme, estiré el brazo para coger el móvil de la mesita de noche y me habría caído hacia atrás si no hubiera estado tumbada.

10:45 de la mañana.

— ¡Ayuda! —Me pasé la mano por la cara y me senté—. Me he quedado dormida.

Me puse las chanclas, arreglé las sábanas, elegí la ropa en el armario y me dirigí al baño en el pasillo. La casa no era grande, compartíamos el mismo baño, pero cada uno tenía su habitación, excepto mis abuelos, que dormían juntos. El suelo era de cerámica, las paredes eran de tonos blancos no tan nuevos, merecían otra capa de pintura.

No había lujos y yo tenía muchos planes de reforma, pero todo estaba limpio y cada detalle en el croché sobre las mesas o cubriendo el filtro de barro —obra de mi abuela— hacía que la casa pareciera un hogar. Para mí, siempre fue el mejor lugar del mundo. No es que hubiera tenido muchas oportunidades, pero de todos los que he conocido, ninguno superaba a ese lugar de paredes pequeñas y corazón grande.

Salí del baño ya vestida y lista. Luego me dirigí a la cocina, escuchando la voz de mi madre y mi abuela conversando mientras preparaban el almuerzo.

«Buenos días», dije al entrar en la pequeña estancia y dirigirme al fregadero. Me acerqué a mi madre y ella inclinó el cuello para que le diera un beso en la cabeza.

«Buenos días, dormilona», respondió, mirándome por encima del hombro mientras lavaba unas hojas de lechuga. El azul de sus ojos contrastaba con las pequeñas pecas de su nariz y mejillas.

A sus 45 años, Maristela Müller seguía siendo una mujer muy guapa. Las canas se mezclaban con su cabello rubio oscuro natural, recogido en una cola de caballo. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta sin mangas holgada, que se ajustaba a las curvas de su alto cuerpo, heredado de mi abuelo, descendiente de alemanes. Su postura firme y decidida armonizaba perfectamente con su voz suave y su rostro sereno.

— ¿Por qué no me llamaron antes? — Giré el torso para hacer lo mismo con mi abuela, que picaba las especias en la encimera.

— Estabas muy cansada. Y si has dormido hasta ahora, es porque lo necesitabas.

A diferencia de nosotros, Inácia era la única bajita de la casa, con un cuerpo redondeado y el cabello gris siempre recogido en un moño firme. Además de sus ojos verdes y curiosos, su marca registrada era el paño de cocina blanco sobre el hombro.

— ¿Dónde está el abuelo? —pregunté mientras sacaba la leche de la nevera.

— Ya conoces a ese viejo charlatán, ¿no? Está en el mercado, fingiendo vender verduras mientras cotillea sobre la vida de los demás.

— Abuela... — me quejé y ella puso los ojos en blanco.

— ¿Acaso estoy mintiendo? Armando parece que se ha comido un pie de perro, no puede quedarse en casa.

Mi madre se rió y yo me senté a la mesa, sirviéndome café solo en una taza que habían dejado en un rincón, sin estorbar a los platos que poco a poco iban ocupando su lugar antes de la comida del domingo.

—Estás exagerando, mamá. A papá le gusta salir, pero es más observador que hablador —lo defendió Maristela.

Mi abuela miró de reojo y suspiró entre dientes.

— Ese sabe la vida de todo el mundo, solo que no la cuenta —dijo, dando por zanjado el tema.

Me distraje untando requesón en una galleta cream cracker y mirando fijamente el armario metálico fijado a la pared. El blanco, ya amarillento, delataba los años, a pesar de todos los productos con cloro que usábamos para limpiarlo. Aun así, no resistió el paso del tiempo. Una de las puertas estaba deformada por el exceso de peso y esa era solo una más de las tantas cosas que quería mejorar en nuestra casa, pero aún no teníamos dinero para ello.

Las dos entablaron una conversación sobre la hija de una vecina que se había ido a vivir a la capital y había regresado embarazada, sin poder mantenerse sola. No hacía falta ser un genio para entender que la chica estaba siendo juzgada por la ciudad.

—Los tiempos han cambiado, hoy en día ninguna mujer necesita a un hombre para criar a sus hijos. Aun así, no es fácil. Y entre tantos retos diarios, vivir bajo el juicio de gente que no paga tus facturas es algo por lo que ninguna mujer debería pasar —comentó la abuela, sensata—.

— Sé muy bien lo que es cuidar de una hija sola, sin el padre...

Mi madre también estaba dolida, y yo sabía que era un tema que le afectaba. Solo después de mi nacimiento descubrió que él ya tenía otra familia. Desde entonces, decidió criarme sola, con la ayuda de mis abuelos. Nunca me ocultó nada y yo la admiraba aún más por ello.

—Me parece absurdo cómo reducen a la mujer a una situación —murmuré, indignada—. Nadie se levanta una hermosa mañana y decide criar a un hijo sola, como si fuera fácil.

Bebí el café con leche, dispuesta a comer solo dos galletas para no perder el apetito. Pero bastó con morder la masa para sentir

algo extraño.

—¿Qué pasa, Elis? —preguntó mi madre al verme mirar la etiqueta.

— ¿Este requesón lleva mucho tiempo abierto? —Levanté una ceja.

— Lo abrimos ayer —respondió ella.

Mi abuela se acercó rápidamente, repitiendo mi gesto al analizar y oler el bote. A continuación, cogió una cuchara y lo probó, tardando unos segundos en analizar el sabor.

— Está normal —me miró con recelo—. ¿No te gusta?

— Me pareció diferente —me encogí de hombros, volviendo a comer, tratando de no demostrar que estaba forzando la comida—. ¿En qué puedo ayudarte? —pregunté al terminar el café y guardar lo que había usado.

— Aquí todo está bajo control. ¿Por qué no aprovechas para adelantar las cosas de la universidad y luego te encargas de la vajilla?

Acepté, sabiendo que tenía mucho que hacer. Después de despedirme, me dirigí a mi habitación, encendí el portátil en la pequeña mesa de estudio, puse la lista de reproducción para concentrarme y volví a leer mi trabajo de fin de curso. Estaba concentrada mordiendo el capuchón del bolígrafo mientras analizaba los datos cuando el olor de la carne en el horno invadió la habitación.

Al principio, delicioso, las especias armoniosas, haciendo que mi estómago rugiera de hambre. Pero bastó con que inspirara profundamente para que el aroma despertara un escalofrío que recorrió mi cuerpo sin control.

Me bloqueé la garganta, sintiendo las ganas de vomitar a punto de salir. Levanté la barbilla y respiré hondo, tratando de contenerme, pero fue inútil. Salí corriendo de la habitación y me topé con la puerta del baño cerrada. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—Hay gente dentro —gritó mi abuelo.

No esperé. Corrí por el pasillo, atravesando la cocina como un rayo, sintiendo cómo me ardía la garganta hasta que por fin pude vomitar todo en el fregadero. Me ardían los ojos y lloraban sin control. Dos oleadas me invadieron por dentro. Necesité unos segundos para recuperarme, respirando jadeante mientras me lavaba la cara con agua fría.

No necesitaba darme la vuelta para saber que me observaban, sentía sus miradas quemándome la espalda.

—¿Estás bien, chica? —Mi madre me tocó el hombro, preocupada.

Volví a enderezarme, respirando hondo antes de mirarla.

— Sí, ya pasó.

Mi abuela echó un vistazo a la cocina antes de cerrar la puerta y acercarse a nosotras, mirándome con tanta atención que me dio miedo, aunque sabía que no tenía nada que ocultar. A continuación, me cerró las manos sobre la cara, me levantó los párpados para observar el color de mis ojos y luego me bajó ligeramente el escote para mirarme los pechos.

— ¿Cuándo fue la última vez que te quedaste con Chico?[1]

Abrí mucho los ojos y tuve que agarrarme a la piedra del tanque. A lo lejos, pude oír un jadeo de mi madre.

— No, abuela... — respondí de inmediato, perdiendo el hilo de mis pensamientos.

Cerré los ojos, tratando de encontrar un pensamiento coherente. Recordar cuándo había sido la última vez que había tenido la menstruación, pero no pude.

— Yo... no lo sé de memoria. Tengo que mirar en la aplicación. — Metí las manos en los bolsillos de los pantalones cortos —. Mi móvil está en la habitación.

Sin necesidad de decir nada más, mi madre entró en la casa y yo quedé bajo el análisis de la sabia Inácia Müller.

— ¡Bah! En esos días en que llegaste tarde durante las vacaciones, no estabas con Clara, lo sé. Tu sonrisa tonta cuando creías que nadie te veía te delató. — Su tono no parecía enfadado, pero estaba preocupado.

— ¿No cree que...? — Las palabras se perdieron, junto con el aire de mis pulmones.

Ella respiró hondo, midiendo las palabras para no asustarme aún más. No era necesario, ya me desesperaba solo de imaginarlo.

Pronto mi madre regresó y me tendió el móvil. Me costó desbloquearlo, con los dedos temblorosos y los ojos incapaces de encontrar la aplicación que tenía justo delante.

Respiré hondo, cerré los párpados y, cuando los volví a abrir, hice clic en el icono de seguimiento del ciclo. Recorrí rápidamente la información con la mirada, tratando de concentrarme en cuándo fue la última vez que tuve la menstruación.

Dos semanas antes de empezar a acostarme con Lucca.

—¡Dios mío! —El grito se escapó de mis labios y los ojos se me llenaron de lágrimas—. Empecé a tomar anticonceptivos...

De repente, mis piernas cedieron y tuve que apoyarme en la columna del balcón, llevándome la mano a la boca. Mi madre se llevó la mano al pelo, dándose la vuelta con un gesto nervioso. Mi abuela dio un paso adelante, pareciendo increíblemente tranquila al tocarme el pelo.

—Además de las náuseas y el cansancio, ¿tienes otros síntomas? —preguntó en voz baja. Negué con la cabeza, sin poder pensar. Ella siguió mirándome fijamente. —Haremos la prueba para estar seguros, pero mi intuición no falla. Estás embarazada, Elisa.

La frase cayó como un yunque en mi cabeza, impidiéndome respirar. Las lágrimas brotaron en oleadas, la desesperación se apoderó de mí, mi cabeza daba vueltas.

Hicimos todo bien, empecé a tomar la píldora, usamos condón... Y entonces el recuerdo de nuestra última relación sexual

explotó en mi mente. Lucca no se corrió dentro, pero fue la única vez que no usamos preservativo.

«No es posible que tengamos tan mala suerte». El recuerdo de su voz relajada me vino a la mente, como una especie de broma de mal gusto del destino.

El pánico aumentó, y también mis lágrimas. Era como estar sumergida en una espesa niebla que me impedía pensar con claridad.

«¿Qué hago ahora?», murmuré, frotándome la nariz.

«Nosotros nos encargamos, no te preocupes, hija», dijo la abuela Inácia, llamándome cariñosamente.

Mi madre caminaba de un lado a otro, callada y con evidente tensión en la mirada. Quizás estaba reviviendo la misma desesperación al verse sola con un bebé que criar.

—Mamá... —mi voz era casi un grito, las palabras se perdían, sin saber qué decir. Solo quería huir de esa situación, pedir perdón y decir que no había sido más que un maldito error.

Solo entonces se acercó, se sentó a mi lado, en el suelo, me tomó de la mano y me miró con cariño.

— Es desesperante, lo sé. Pero respira. Primero vamos a confirmarlo y, si da positivo, se lo contarás al padre del bebé y empezarás a cuidarte.

La dulzura de su voz y la firmeza de sus palabras fueron bienvenidas para mis oídos desesperados. Era importante saber que había alguien ayudándome a pensar de manera práctica en un momento de desesperación como ese.

— Gracias, mamá —susurré y ella sonrió, aún preocupada.

Tragué saliva al pensar en lo que significaba esa noticia. Si en algún momento pensé que lo único que tendría de Lucca era una sudadera y recuerdos, estaba equivocada. Ahora tendríamos un hijo.

Aunque no quería que se quedara conmigo por eso, quería que fuera un buen padre para nuestro hijo. Ahora solo quedaba

confirmar el resultado y esperar que reaccionara bien a la noticia.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 3

ITALIA

LUCCA BENVENUTTI

El rugido del motor V8 del Maserati GranTurismo resonó con fuerza por las calles del corazón palpitante de la Toscana. De alguna manera, parecía acompañar la fuerte agitación en mi pecho mientras doblábamos la esquina donde se celebraba la inauguración del Sonat Florenza, la segunda unidad de mi grupo de hoteles minimalistas.

Un proyecto al que había dedicado toda mi atención para que fuera aún más sofisticado, con experiencias inmersivas y sensoriales para un grupo exigente. La primera unidad en Algarve, Portugal, había sido un éxito, lo que hacía que mis expectativas fueran aún más altas para Italia.

Reduje la velocidad del coche solo para disfrutar del camino hasta la fachada reformada del edificio construido en el siglo XIX. Las luces de los focos en el suelo y en el techo iluminaban las paredes de piedra, proporcionando un efecto moderno y lujoso en contraste con la tradición, al igual que ocurría con la historia renacentista y el diseño contemporáneo.

Los coches de lujo hacían cola para que los invitados bajaran y los aparcacoches los estacionaran. Todo estaba minuciosamente pensado, tal y como yo había exigido y trabajado duro para que así fuera.

— Al parecer, anunciar nuestro compromiso antes de la inauguración fue una decisión muy acertada —la voz suave y precisa de Chiara se extendió por el interior del coche, mezclándose con la melodía que sonaba de fondo.

—No tenía ninguna duda —respondí sucintamente, acariciando su muslo largo y delgado. Por un instante, incluso me había olvidado de que ella estaba conmigo.

Llevábamos un tiempo saliendo sin compromiso. Entonces llegó la inminente inauguración del hotel y ella necesitaba reforzar su imagen pública.

Siempre discreta y vinculada a marcas de lujo, un matrimonio concertado con el fundador de una cadena hotelera en expansión parecía conveniente para ambos. Para Chiara, el sello de madurez y prestigio que le faltaba a su imagen. Para mí, una aliada elegante, con buenos contactos entre inversores y conservadores de arte, y sin expectativas sentimentales.

El sexo era bueno, nuestro enfoque en el trabajo también. Entonces, no había razón para que saliera mal.

La música se interrumpió por la señal de llamada en el panel del coche.

—¿Por qué no contestaste? —preguntó Chiara cuando rechacé la llamada.

Por el código, era una llamada de Brasil, concretamente de Boa Esperança do Sul.

— Debe ser mi abuelo. Le llamaré más tarde —evadí la pregunta.

Sabía que no era él.

Primero, porque todos sus números, tanto los privados como los de la bodega, estaban guardados en la agenda del móvil. Segundo, porque las llamadas de ese mismo número se habían vuelto recurrentes en los últimos días. Las ignoraba, porque sabía que era el número de Elisa. Las borré de la agenda al volver a Italia, pero las tenía grabadas en la memoria.

Por muy agradable que hubiera sido el tiempo que pasamos juntos, y por mucho que quisiera repetirlo, ella tenía que entender que se había acabado. Solo fue un romance de vacaciones, nada más.

Sacudí la cabeza, decidido a olvidarlo.

Después de dejar el coche con el aparcacoches, entré de la mano de mi prometida y con una sonrisa de confianza en los labios. Respondimos a las preguntas de los periodistas, la mayoría sobre la noticia que había sorprendido a toda Europa.

Grandes artistas, famosos, políticos y empresarios estaban presentes, lo que convertía a la prensa en un aliado importante para mi negocio.

En el interior del hotel, un camarero nos interceptó y nos ofreció champán y whisky. La música instrumental era agradable, al igual que la sofisticada decoración, con cortinas ligeras y obras de artistas italianos. El menú, firmado por un chef con estrella Michelin.

— ¡Es perfecto! —elogió Chiara en voz baja, apretando ligeramente mis dedos con los suyos.

Tenía que estar de acuerdo. Y me sentía satisfecho por ello. Saber que estaba labrándome un nombre con el esfuerzo de mi trabajo era importante para mí.

Al vernos, Pietro Ferrara, mi socio de la unidad de Italia, se acercó a nosotros, del brazo de su acompañante y con una amplia sonrisa.

«Increíble, ¿verdad?», dijo animado, saludando a Chiara con un beso en la mejilla, al igual que ella hizo con la pelirroja que estaba a su lado. Al alejarse, Pietro señaló hacia arriba, llamando mi atención. «¿Oyes ese ruido, amigo mío? Es el sonido del éxito, del dinero y de todo lo que este puede comprar».

—Es solo el comienzo... —afirmé, devolviéndole la sonrisa confiada, mientras levantaba la copa de whisky.

Era consciente de las miradas furtivas de la pelirroja a su lado. Al parecer, no podía olvidar los recuerdos de la noche que pasamos juntos hacía algún tiempo. Chiara también se dio cuenta, siempre atenta a los pequeños detalles, y no le importó, sobre todo porque su historial no era tan diferente al mío.

Fingí no darme cuenta de sus silenciosas insinuaciones y opté por saludar a todos los invitados. Chiara me presentó a los que no

conocía, siempre con una sonrisa receptiva en los labios, sabiendo cuál era el momento perfecto para intervenir en las conversaciones.

Estuvimos así un buen rato, hasta que ella se inclinó y me susurró que iba al baño. Después de asentir, la vi alejarse sin dejar de hablar con los inversores.

Chiara era alta, esbelta, con una larga melena teñida de castaño y una habilidad para peinarla que ponía a cualquier hombre de rodillas. No la amaba, ni nada parecido, pero sería hipócrita si dijera que no estaba aprovechándome de ese acuerdo entre nosotros.

El vibrar de mi celular en el bolsillo me interrumpió. Pensé en rechazar la llamada, pero, al cogerlo, la palabra «casa» con una foto de mi abuelo sosteniendo una copa de vino me detuvo. Se acostaba temprano y, aunque la diferencia horaria entre Florencia y Brasil era de cinco horas, no me llamaría a esa hora si no fuera urgente.

Pedí permiso y salí al exterior, frente al río Arno.

— ¿Abuelo? —pregunté al contestar.

— Hola, señor Lucca. No. Soy Nora. —La voz de la ama de llaves sonaba angustiada al otro lado del teléfono.

Mala señal.

—¿Qué le ha pasado a mi abuelo? —quise saber sin rodeos.

Ella suspiró, a punto de darme una mala noticia.

—Se desmayó esta mañana y tuvieron que hospitalizarlo —dijo, preocupada.

Cerré los ojos, apreté el índice y el pulgar en la base de la nariz y exhalé ruidosamente. Darme cuenta de que los efectos de la edad también se manifestaban en el cuerpo de mi anciano me ponía tenso. Algo dentro de mí aún lo tenía como un hombre siempre fuerte, inquebrantable.

—¿Cómo está?

—Los médicos aún lo están investigando, señor.

Me golpeé la frente con el dedo índice, un gesto nervioso mientras la escuchaba y trataba de decidir qué hacer. Chiara apareció en la puerta, con la sonrisa desvaneciéndose al notar mi expresión al teléfono. Luego se acercó lentamente, acariciándome el brazo en silencio mientras Nora continuaba:

— Estoy aquí con él, pero llamé porque pensé que querría saberlo —concluyó.

— Has hecho bien. Gracias —le agradecí, mirando el fondo del vaso, en busca de una decisión que ya sabía cuál era.

La inauguración del hotel exigía mi presencia, todas las miradas de Europa estaban puestas en mí. Pero mi abuelo estaba en el hospital y él era todo lo que me quedaba de mi familia. Yo era todo lo que él aún tenía. La prioridad era obvia, aunque me costara caro.

— Quédate con él, Nora. —Me bebí el resto del whisky de un trago—. Cogeré el próximo vuelo.

Nos despedimos brevemente. Apagué el teléfono y, al encontrar la mirada tensa de Chiara, le comuniqué:

— Mi abuelo está en el hospital. Me voy a Brasil.

Los dedos que descansaban en mi antebrazo trazaron pequeños círculos, en señal de apoyo, mientras ella me miraba con ternura.

— Voy contigo.

Volvimos al interior del hotel y, mientras enviaba un mensaje a mi secretaria para que agilizara los trámites del viaje, un pensamiento inquietante me secó la garganta: ¿qué arrogante había sido al suponer que las llamadas de Elisa podían ser para hablar de nosotros? ¿Y si estaba tratando de avisarme sobre la salud de mi abuelo? Peor aún, ¿y si lo que tuvimos había sido tan irrelevante para ella que ni siquiera se acordaba de mí?

Un buen puñetazo en el estómago no me habría molestado tanto...



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 4

BRASIL

ELISA MÜLLER

— ¿Estás tan ansiosa por la llegada del nieto del señor Pedro? —La voz de Clara resonó en mis oídos, sacándome de mis pensamientos—. No dejas de mirar a la carretera.

— Es su impresión. Solo estoy preocupada por nuestro jefe. — Esbocé una sonrisa forzada, inventando la primera excusa mínimamente convincente.

Clara me miró con recelo durante unos segundos antes de irse a la cocina. Me acerqué a la estantería de los quesos, solo para tener algo que hacer. Ella era tan cuidadosa como yo, así que todo estaba milimétricamente limpio y ordenado.

La verdad era que sentía un nudo en el estómago de tanta ansiedad.

Perdí la cuenta de cuántas veces intenté hablar con él. Cada llamada rechazada era una nueva frustración. Y cuando me bloqueó en WhatsApp, supe que, tal vez, Lucca no recibiría bien la noticia de que iba a ser padre.

El resultado de la prueba confirmó lo que mi abuela había predicho y lo que yo sentía que era cierto. En poco más de siete meses, mi bebé estaría en mis brazos. Eso generaba una infinidad de sentimientos y sensaciones que aún no sabía cómo manejar.

Me toqué la barriga, como había hecho tantas veces cuando estaba segura de que nadie me veía, y contuve el suspiro al recordar la primera consulta.

Escuchar el latido de su corazoncito me hizo comprender que era real. Y me dejó más que ansiosa por saber cómo sería su carita. Al mismo tiempo, el miedo a no ser capaz gritaba dentro de mí.

De repente, todo dio un vuelco. Y las certezas de un futuro profesional habían sido sustituidas por las certezas entre muchos pañales y tomas.

Si por un lado tenía miedo, por otro estaba ansiosa por ver cómo sucedía. Podría hacerlo y saber que tenía a mi familia conmigo me daba aún más fuerzas. Al principio, mi abuelo se asustó, refunfuñó, pero ahora estaba emocionado con la idea de tener un bisnieto. Sin embargo, lo que más me preocupaba era no haber podido contárselo a Lucca. Y esa incertidumbre era lo que me devastaba.

Por eso no podía dejar de mirar la carretera. Debido al repentino malestar de mi abuelo, había llegado hacía unas horas y vendría con el señor Pedro a casa. Lo sucedido me había dejado muy preocupada, al fin y al cabo, es un buen hombre. Sin embargo, sirvió para traer a su nieto de vuelta a la bodega y yo aprovecharía ese momento para contarle lo del embarazo.

Excepto mi familia, nadie lo sabía todavía. Primero tenía que sentarme a hablar con Lucca para saber cómo íbamos a dar la noticia sin causar revuelo.

Era lunes, así que el trabajo era más administrativo, ya que las visitas se concentraban más al final de la semana. Entre informes, ajustes en la tienda y atención online, pasó el día.

Era casi el final de la tarde cuando la camioneta que conocía tan bien pasó frente a la tienda, en dirección a la mansión. Por un segundo, contuve la respiración y sentí que mi cuerpo se helaba.

Era él.

Me costó mucho esperar una hora más hasta el final de la jornada laboral y que él y su abuelo se acomodaran para no llegar como una entrometida.

— ¿No vienes? —preguntó Clara mientras se dirigía a la puerta.

— Hum... Puedes irte, se me olvidó añadir un pedido a la lista.

— Te espero. — Abrió la cremallera del bolso, buscando algo.

— Claro. Siempre tardo mucho... ya sabes...

Clara me miró fijamente durante un instante.

— ¿Estás seguro de que estás bien?

Asentí y, con esfuerzo, se marchó, ya que iba a ir en coche con su padre, un empleado de la fábrica de vinos.

Me reprochaba a mí misma por mentirle. Clara era una amiga que había conocido en el trabajo. Sin embargo, era un asunto muy privado que solo podría compartir después de contárselo al padre de mi bebé.

Esperé un rato hasta que ella y su padre se pusieron en camino, luego me subí a mi coche y conduje hasta la mansión. No estaba lejos, pero si la conversación se alargaba, sería mejor que tener que volver andando.

Aparqué cerca de la escalera de madera. La construcción era de estilo colonial, con paredes blancas y la mayoría de las puertas y ventanas aún de madera. Aunque había sido reformada para mayor comodidad y modernidad, se había mantenido la tradición, y eso me gustaba mucho. Siempre me sentí muy cómoda al mirarla tanto desde el exterior como en las pocas ocasiones en que entré.

La respiración parecía pesar al salir de mis pulmones cuando subí las escaleras y aplaudí, anunciando mi llegada. Nora apareció enseguida, con una sonrisa simpática, pero extrañada por mi presencia.

El señor Pedro siempre decía que la puerta de la mansión estaba abierta para los empleados, pero yo siempre lo interpreté más como una figura retórica que como algo literal.

— Hola, Elis. ¿En qué puedo ayudarte?

Sonreí tímidamente, buscando las palabras adecuadas.

—He venido a ver cómo está el señor Pedro —respondí, después de saludarla desde la puerta. No se me pasó por alto que no me hubiera invitado a entrar.

Nora era una mujer educada, firme y muy seria. Me recordaba mucho a mi madre, aunque no tenía la dulzura con la que Maristela gustaba de afrontar la vida.

—Está mejor. Se confundió con el envase y la dosis de los medicamentos, pero, gracias a Dios, lo socorrieron a tiempo.

—¡Dios mío, Nora! —exclamé, preocupada—. Es demasiado mayor para hacer algunas cosas solo.

Ella suspiró y asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, pero ya sabes lo terco que es, ¿no? Lucca está intentando convencerlo de que acepte una enfermera.

Bastó con que ella dijera el nombre del padre de mi bebé para que mi corazón volviera a acelerarse. Y como si lo hubiera oído, su voz característica resonó desde la escalera.

— ¿Quién está ahí, Nora?

Un escalofrío me recorrió la espalda, helándome lentamente la sangre por todo el cuerpo. Había esperado tanto ese momento que ahora me sentía paralizada.

— Elisa, de la tienda, ha venido a preguntar por el señor Pedro. — La voz de Nora parecía lejana, como en un sueño.

—Entra, Elisa.

El tono firme con el que pronunció mi nombre no se parecía en nada al que usaba cuando estábamos juntos. Nora me dejó pasar y se dirigió al pasillo, dejándonos solos.

Busqué confianza al caminar hacia la sala, pero creo que no tuve tanto éxito como me hubiera gustado. Sentía las piernas flojas, la respiración vacilante, pero no podía rendirme. No ahora.

Lucca se acercó con una mano en el bolsillo, sus ojos me escudriñaban en un análisis silencioso, como si evaluara si estaba allí por su abuelo o si estaba inventando motivos para volver a verlo.

Bueno, no estaba del todo equivocado. Pero, en mi defensa, tenía una buena razón.

Por un instante, me perdí en su belleza. El traje gris sin corbata le daba un aire desenfadado, diferente de los vaqueros a los que estaba acostumbrada a verle. Ni siquiera las ojeras bajo sus ojos disminuían el poder de su belleza agresiva, de esas que dejaban a cualquier mujer impresionada.

Estaba diferente, pero seguía siendo guapo, o incluso más, en realidad. Eran dos caras del mismo hombre que me gustaba ver.

El olor a baño junto con el perfume que recordaba bien me inundó sin piedad, haciendo que fuera una lucha inútil intentar mantener algo de cordura tan cerca de él.

Lucca me observaba con la misma intensidad. El aire entre nosotros era pesado. Las palabras parecían atascadas en la garganta. Se humedeció los labios, captando mi atención, y respiró profundamente, sacándome de mis recuerdos.

— Me alegro de verte, Líli. — El apodo me hizo creer, por un segundo, que todo iría bien. A continuación, señaló el sofá. — Siéntate.

Negué con la cabeza, indicando que prefería quedarme de pie. Me sentía más segura así, por si acaso no recibía bien la noticia. Lucca no discutió. En cambio, cruzó los brazos frente al pecho.

— ¿Qué has venido a hacer aquí realmente?

Fue mi turno de humedecerme los labios con la lengua, mirando los adornos de la mesa de centro.

—Necesito hablar contigo. —Mi voz salió en un susurro débil.

Se acercó más, tenso.

— Si es sobre aquellos días, mejor olvídalo —dijo en voz baja y grave.

Sentí cómo se me abrían lentamente los ojos, sorprendida por un corte tan directo. Lo cual me irritó.

— Si crees que me enamoré y vine a arrastrarme a tus pies, estás equivocado —repliqué, en el mismo tono, más rápido de lo que

mi cerebro fue capaz de asimilar—. Lo que tengo que decirte es mucho más importante que eso.

Él mantuvo su expresión tensa y curiosa.

— Te escucho...

Nuestras miradas se tensaron, sin pasar de susurros armados que solo nosotros dos podíamos oír.

Tragué saliva, buscando las palabras. Por mucho que hubiera ensayado esa frase varias veces en mi mente, decirla en voz alta parecía tener un impacto mucho más fuerte.

Cerré los ojos y respiré hondo, armándome de valor. Había llegado el momento.

— Yo estoy...

— ¿Quién está ahí, cariño?

Las palabras se perdieron en el aire cuando la voz femenina, pronunciada en un portugués con acento, me hizo detenerme y abrir los ojos.

No entendí muy bien lo que había dicho, pero la forma en que llamó a Lucca me dejó un sabor amargo en los labios.

La mujer que me miraba con curiosos ojos marrones era simplemente una modelo italiana que ya había visto junto a él en unas fotos en las redes sociales antes de que él viniera de vacaciones.

—Una empleada de la bodega que ha venido a preguntar por mi abuelo —respondió Lucca, sin el mismo cariño con el que ella lo trataba.

De repente, se me cerró la garganta. Había reducido todo lo que yo significaba para él a una simple empleada, sin la menor importancia. Las náuseas volvieron con fuerza, más que todas las mañanas. Me ardían los ojos, pero me negué a mostrarme débil delante de ellos.

— Hola, soy Chiara —sonrió al acercarse y tenderme la mano, atrayendo mi mirada hacia el brillo del anillo de oro—. Soy la

prometida de Lucca.

—¿La prometida? —balbuceé, sintiendo cómo me latía el corazón en los oídos. Ignoré solemnemente la mano extendida en el aire. No por falta de educación, sino por la conmoción.

Con esas palabras, acababa de destruir todos los escenarios que había imaginado para ese momento.

Lucca me miraba tenso, solo entonces me di cuenta del anillo que había estado en su mano todo el tiempo, pero que yo, absorta en la conversación que cambiaría el rumbo de mi vida, no había visto.

—Sí. Nos casaremos pronto —dijo ella, con una sonrisa confiada y radiante, tal vez comprendiendo que yo no era solo una empleada.

Aunque sus ojos seguían siendo amables, sabía que ya no me veía con tanta sororidad. Siempre odié cualquier tipo de rivalidad femenina, pero bueno... en ese momento, fue mucho más fuerte de lo que pude controlar.

Prometido... Él estaba comprometido cuando nos involucramos.

La constatación brilló en mi mente, convirtiéndome en todo lo que siempre había despreciado: la amante.

Y ahora, me veía en el mismo papel que mi madre había tenido un día, embarazada de un hombre comprometido.

Mis ojos fulminaron a Lucca sin necesidad de decir una sola palabra. El odio crecía peligrosamente, como nunca antes lo había sentido. El corazón se me hundía en el pecho. De repente, toda la certeza se convirtió en polvo y todo lo que podía ver era una densa niebla rodeando mis pensamientos.

Él no tenía derecho a hacerme eso. A hacerme sentir sucia, indigna, traidora, la peor de las mujeres.

Tragué saliva con dificultad, conteniendo el llanto en la garganta, con todo el cuerpo temblando. Sentí asco. Las náuseas

volvieron a mi boca.

Mi hijo no se merecía tener un padre tan canalla.

No quería volver a verlo nunca más. Y me obligué a ser fuerte cuando me sentía destrozada en mil pedazos. En lugar de ceder, esbocé una sonrisa que parecía luchar contra dos mancuernas, una a cada lado, tirando hacia abajo de los labios que yo insistía en levantar.

— Pues eso es todo, felicidades a la pareja. — Las palabras salieron pesadas, cambiando la mirada de él a ella, hasta volver a Lucca, mirándome con cierto pesar, pero sin decir nada.

Cobarde. Ni siquiera intentó defenderse... En realidad, fue inteligente. No iba a declarar en su contra, al menos, no delante de ella.

Sin estómago para seguir presenciando a la pareja de revista, di media vuelta y salí de la sala a zancadas, sintiendo las miradas quemándome la espalda.

Bajé las escaleras corriendo, sin ver bien por las lágrimas que nublaban mis ojos. Las piernas pesadas. El corazón a mil. La boca seca.

Entré en el coche con las manos temblorosas, con dificultad para arrancar el motor. El estómago me daba tantas vueltas que habría vomitado si hubiera conseguido comer algo en las últimas horas. El peso de la decisión y la responsabilidad me ahogaban.

Mi hijo no tendría padre.

Prefería criarlo sola para que algún día no se sintiera rechazado como tantas veces me sentí yo. No se merecía solo un donante de esperma, como yo tuve.

Qué tonta fuiste, Elisa.

Había tenido tanto cuidado de no vivir lo mismo que mi madre y, mira por dónde, la historia se repetía. De una forma irónica, dolorosa... casi sádica.

El sollozo dio paso al llanto que solo entonces me permití derramar. Lo suficientemente lejos como para que no me alcanzara si ocurría lo que mi mente ilusa imaginaba: que Lucca viniera a buscarme.

Su frase se repetía como la explosión de varias bombas en mi mente: «No es posible que seamos tan desafortunados».

Mala suerte. Ese fue el sustantivo que eligió usar en esa desafortunada frase. Y no podía estar más en lo cierto. No por el fruto de nuestros amores, sino por el padre que el destino le había dado a mi bebé.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 5

LUCCA BENVENUTTI

Cuando vi a Elisa hablando con Nora en la puerta del balcón, un buen sentimiento sustituyó, por unos instantes, a la preocupación por el estado de mi abuelo.

Toda la certeza que me había llevado a ignorar sus llamadas simplemente perdió fuerza ante la delicada y natural imagen que tenía a pocos metros. Verla con el uniforme y el pelo recogido en una coleta contrastaba con la joven mujer con vestido de flores y el pelo suelto, que desprendía un aroma tan agradable que ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para sentirlo.

Si, en un segundo, aún me aferraba al hilo de racionalidad que me hacía actuar con frialdad hacia Chiara, en el siguiente, observaba, paralizado, cómo Elisa se alejaba apresuradamente, sin dejar claro el motivo de su presencia en la mansión. Era evidente que no había venido solo para saber noticias de mi abuelo.

Un destello de lucidez me sacó del torpor, haciendo que mis piernas se movieran en la dirección en la que ella se había ido.

—Tu nonno si è svegliato e vuole parlare con te[2] . —El toque en mi muñeca seguido de la voz baja me hizo detenerme.

Esa pequeña acción fue suficiente para darme cuenta de que Chiara había entendido que había algo más de lo que yo le había contado. No preguntó nada, pero dejó claro que ir tras Elisa no sería una buena idea para nuestro acuerdo.

Tragué saliva, con la mirada aún fija en la ventana, viendo cómo se alejaba el coche. Algo dentro de mí me decía que lo correcto era ir tras Elisa. Pero no podía, porque sabía que si volvía a estar a solas con ella, no resistiría el deseo de besarla y no podría parar.

Apreté los dientes, buscando la racionalidad. Era otra decisión clara, necesaria, pero difícil de tomar.

Frustrado, exhalé el aire de mis pulmones. Todavía tendría tiempo de buscarla y entender qué la había traído aquí antes de volver a Europa.

—Vai nella mia stanza, riposati. Presto verrà servita la cena. [3] —Mi voz sonó firme, pero frustrada.

Chiara asintió, claramente cansada por las prisas de las últimas horas. Desde la llamada de Nora, apenas pasamos por su casa para recoger una maleta y nos dirigimos al aeropuerto. Horas más tarde, tras tres conexiones, llegamos a Boa Esperança y fuimos directamente al hospital.

— Está bien, amore mio. —Me tocó la barbilla y me dio un ligero beso en los labios.

— Sabes que no tienes por qué hacer eso, ¿verdad? — continué mientras nos dirigíamos al pasillo de las habitaciones.

— Lo sé, pero si estamos comprometidos, al menos quiero intentarlo, Lucca. ¿Quién sabe si de un compromiso falso no sale algo bueno?

Para mí, las posibilidades eran mínimas, pero estaba cansado y con la cabeza demasiado pesada para pensar en eso ahora. Así que opté por salir por la tangente dejándola en la puerta de mi habitación, donde ya la esperaba su equipaje, y seguí hasta la suite de mi abuelo al final del pasillo.

Él autorizó la entrada cuando llamé a la puerta. Giré el pomo y abrí lentamente, encontrándolo de pie, de espaldas, apoyado en su bastón mientras contemplaba la oscuridad por la ventana. A la luz del día, ese lugar le permitía ver casi toda la bodega, y sospechaba que era esa vista la que le motivaba a trabajar a diario, hasta el punto de ni siquiera plantearse la jubilación.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté, entrando con calma.

—Frustrado —respondió secamente.

— ¿Frustrado? ¿Por qué? —Me detuve a su lado.

Solo entonces volvió la cara hacia mí, con la barba sin afeitar y la mirada cansada.

—Porque he trabajado toda mi vida para construir un legado, para dejar una herencia a mi familia, y veo que todo eso va a ser enterrado conmigo el día que me vaya.

Metí las manos en los bolsillos, entendiendo la indirecta.

— Abuelo, acaba de salir del hospital. No es momento de pensar en eso.

Él apretó los dientes y gesticuló.

— ¡Por Dios! Pienso en eso las 24 horas del día.

— Abuelo...

— No, vas a escucharme. — Se movió con dificultad, girando el cuerpo hacia mí. — Soy viejo, estoy cansado y he comprendido que es hora de transmitir lo que sé a alguien. Pero, ¿a quién, si mi único heredero vivo no quiere asumir lo que siempre ha sido suyo?

— Tengo mi vida, abuelo. Acabo de inaugurar la segunda unidad de mi hotel, eso es lo que me hace feliz.

Me miró en silencio, con ojos duros.

—Te sigo desde lejos, sé que eres feliz y también sé que tienes un socio que puede hacerse cargo mientras tú te dedicas al negocio de tu familia.

Exhalé con fuerza, irritado. Podría explicárselo tantas veces como fuera necesario, pero él no parecía entenderlo.

— Ese era el sueño de mi padre, abuelo. No el mío. —Bajé el tono a continuación—. Sé que usted siempre soñó con tener muchos herederos por toda esta tierra, haciéndola crecer y prosperar. Pero, por desgracia, no fue así. Mi padre murió, no tengo hermanos...

— Pero tú puedes tener herederos —replicó, interrumpiéndome.

Cerré los ojos, buscando la paciencia antes de abrirlos de nuevo y responder:

— Eso no garantiza nada, abuelo. No voy a obligar a mis futuros hijos a hacer lo que no quieren cuando yo soy el primero en dar ejemplo. Además, necesitarían muchos años hasta estar capacitados para gestionar los negocios.

Caminó por la habitación, encorvado y lentamente. El silencio se infiltró entre nosotros.

— ¿Qué piensas hacer cuando yo ya no esté? —Su voz, siempre firme, casi vaciló.

Apoyé el codo en el alféizar, quedándome de perfil junto a la ventana.

— Contratar a alguien que domine el negocio para que se haga cargo. Quizás incluso al gerente actual.

— ¡Ni lo sueñes! ¡Ni sobre mi cadáver! —vociferó, levantando el bastón en el aire—. No he renunciado a tantas cosas en la vida para dejarlo todo en manos de alguien a quien no conozco.

Me di la espalda a la ventana y crucé los brazos, mirándolo fijamente.

— No es como si tuviera muchas opciones.

No era una ofensa, solo una constatación. Pero él no lo vio así, ya que se sonrojó y se alteró.

— Mientras yo viva, lucharé para que eso no suceda, Lucca. Lo quieras o no.

Le falló la respiración y su cuerpo se tambaleó. Rápidamente, me acerqué y, a pesar de sus negativas y evasivas, le ayudé a sentarse en el sillón.

— Dejemos eso por ahora. Ahora me preocupa más tu salud.

— No lo parece... —murmuró en un susurro.

— Deja de comportarte como un niño gruñón, abuelo.

— ¿Estoy actuando como un niño? —Sus ojos me fulminaron.

— ¡Sí! —Me senté frente a él, en el borde de la cama, inclinando el torso hacia adelante y apoyando los codos en los muslos, desarmado—. Usted sabe que necesita a alguien que le ayude a recordar ciertas cosas, como tomar la medicación adecuada, por ejemplo.

—Fue un lapsus... Tenía la cabeza llena y me confundí con esas malditas cajas tan parecidas.

Asentí, sabiendo que no serviría de nada discutir.

— Está bien, abuelo. Pero quiero que tenga a alguien aquí solo para asegurarme de que eso no vuelva a suceder. Ya escuchó lo que dijo el médico. ¡Ha tenido suerte!

Él resopló.

— Estos médicos de hoy en día no saben nada. ¡Estoy muy bien!

— Está bien, abuelo —me rendí—. Pero vamos a contratar a alguien solo para que te ayude, ¿de acuerdo? Usted seguirá siendo independiente y llevando su vida con normalidad.

Se pasó la mano por la cara, impaciente. No diría en voz alta que había aceptado mi propuesta. En cambio, cambió de tema:

— ¿Quién es la ragazza que ha venido contigo?

Enderecé la postura, un gesto inconsciente ante el cambio de tema.

— Es mi prometida.

—¿Tu prometida? —Se levantó de un salto, volviendo a enrojecerse—. ¿Cómo te comprometes sin siquiera decírmelo?

Yo también me puse de pie y empecé a caminar por la habitación.

— No es lo que usted está pensando. Chiara y yo tenemos un acuerdo.

— ¿Cómo que un acuerdo?

Metí las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones y lo miré fijamente.

— Ella es una modelo famosa en Europa, tiene muchos contactos. Lo cual es genial para mi negocio. A cambio, estar casada con un empresario en ascenso es bueno para su imagen.

Pedro Benvenutti me miró incrédulo. Abrió y cerró la boca dos veces, sin poder expresar con palabras lo que sentía.

— ¿Me estás diciendo que estás con una mujer, que será tu futura esposa, sin sentir nada por ella? —preguntó, segundos después del shock.

— No es exactamente así. Tenemos buena química, nos respetamos.

— Pero no la amas, chico.

La acusación me golpeó de lleno. Fue mi turno de quedarme callado por un tiempo, hasta que finalmente admití:

— No, no la amo.

Mi abuelo volvió a la ventana, buscando en el paisaje una forma de calmarse.

— Cada día me decepcionas más, Lucca. — Las duras palabras eran como cuchillos que se clavaban lentamente en mi pecho. — Menos mal que tu abuela y tu padre ya no están aquí para ver esto.

Tragué saliva y me ardieron los ojos. Él sabía que nada en el mundo me afectaba más que hablar de mi padre. El hombre que siempre lo fue todo para mí, mi héroe. Y la razón por la que no quería hacerme cargo de la bodega.

— Te estás aferrando a un compromiso por dinero, por estatus —señaló con una calma fría y dolorosa—. Nunca lo has necesitado. Creciste en un hogar lleno de amor, viste a tus abuelos y a tus padres felices hasta que la muerte se los llevó, ¿y ahora estás a punto de casarte por dinero? —Él también estaba afectado. Por la ira, el dolor y la incredulidad. — Ya no te reconozco, nieto mío. Y tal

vez sea mejor que vivas lejos, aunque te eche de menos todos los días. Mi viejo corazón no soportaría ver algo así tan cerca a diario.

Intenté rebatir, decir algo que pudiera demostrar mi punto de vista, demostrar que estaba equivocado. Pero no se me ocurrió nada, como si solo en ese momento me diera cuenta de que luchaba todos los días por algo que en ese instante no tenía sentido.

—No quiero a esa chica en mi casa —dijo con severidad.

— Ni siquiera la conoces bien, abuelo.

— Pero ya he descubierto lo suficiente. Alguien que acepta una barbaridad como esa no es el tipo de persona que me gusta tener cerca. Soñé para ti con un matrimonio con una mujer decente, honesta, trabajadora...

— Chiara es así...

— Pero no tiene los principios que yo valoro. Le da más importancia a los focos que a la familia. Y si no confío en ella, prefiero mantenerme alejado.

— ¿Está diciendo que...? — Las palabras se perdieron y él no perdonó.

— Acepto que quieras tener tu propio negocio sin vínculos con la bodega, pero no una falta de moralidad como esa. Coge a tu novia y vete de mis tierras. Solo vuelve cuando, y si, te conviertas en el hombre que tu padre y yo nos esforzamos por criar.

La sensación fue como recibir un fuerte puñetazo, seguido de chorros de pimienta en los ojos. Dolía y ardía, pero yo tenía mi orgullo.

Lo miré por última vez, dándole tiempo para que se arrepintiera. Pedro no lo hizo. Y tomé mi decisión.

Le di la espalda y salí de la habitación a zancadas. No volvería a esas tierras tan pronto.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 6

ELISA MÜLLER

Cuando llegué a casa esa noche, no tuve que decir ni una palabra para que mi familia entendiera que no había buenas noticias sobre el padre de mi bebé.

Aunque era una pregunta recurrente, había decidido esperar para revelar quién era. Era una forma de protegerme a mí misma y de proteger a ese desgraciado que no necesitaba que nadie se preocupara por él. No cuando se había comportado como un canalla conmigo.

Ahora, ante la catástrofe, había tomado otra decisión, que me pesaría aún más: nadie sabría quién era el donante de esperma.

Intenté ser fuerte, no demostrar lo destrozada que estaba, pero se dieron cuenta en cuanto me vieron. Ante las miradas entre preocupadas y compasivas, rompí a llorar para limpiar mi alma. Mi madre y mi abuela me acogieron con abrazos fraternos. Mi abuelo se mantuvo distante, dejando espacio para que ellas me consolaran, pero desde lejos veía su ira.

No por mí. Por el hombre que me había dejado embarazada. Lo que solo reforzó mi decisión de no contarlo. Si supiera quién era el padre, seguramente no podría contenerse y iría a buscar venganza, empeorando una situación que ya no era nada buena.

— No sirve de nada intentar ocultarlo. Cuando lo descubra y atrape a ese bastardo, lo mataré —vociferó.

— Eso no va a pasar, abuelo. — Me sequé la cara con las yemas de los dedos y luego me toqué la barriga, sintiendo la confianza que descubrí tener después de saber que iba a ser madre. — No lo necesito. No lo necesitamos.

— Nos tienes a nosotros, hija. A tu familia —dijo mi madre mientras me secaba las lágrimas.

—Y vamos a cuidar de vosotros como cuidamos de tu madre y de ti —aseguró mi abuela.

Miré a una y a otra, sintiéndome acogida al declarar:

— Entonces, no necesito nada más.

***

La noche fue horrible. No pude dormir bien, pensando en lo que haría a continuación. No quería volver a la bodega y correr el riesgo de encontrarme con Lucca y su novia. Solo de pensar que podría verlos felices, besándose entre los viñedos como él lo hacía conmigo en el pasado, me sentía mareada.

Lo mejor sería renunciar, asegurarme de no volver a encontrarlo. Sin embargo, ahora estaba embarazada y, por desgracia, la costumbre de las empresas de no contratar a mujeres embarazadas no jugaba a mi favor. Eso me dejaba con las manos atadas.

Tendría que volver al trabajo y fingir que nada había pasado, por muy doloroso que fuera.

Cuando sonó el despertador, me levanté de la cama muerta de sueño, con la cabeza pesada, pero no me desanimé. Después de mi rutina de higiene, me puse un uniforme limpio, me até el pelo en una coleta y me maquillé para ocultar lo mal que me sentía. Al evaluar el resultado, quedé satisfecha. Estaba lo suficientemente guapa como para que nadie notara los pedazos que había dentro de mí.

—Buenos días, hija. ¿Cómo te encuentras? —preguntó la abuela Inácia, colocando la jarra de café sobre la mesa al verme entrar en la cocina.

— Buenos días, abuela. —Le besé el pelo recogido en un moño apretado—. Estoy bien...

Me miró con recelo, pero no dijo nada. No hacía falta.

Mi abuelo ya había salido a cuidar de los animales, mi madre todavía se estaba arreglando. Luego se unió a nosotras mientras yo

ayudaba a poner la mesa. Comimos juntas la primera comida del día y luego nos fuimos a trabajar.

Conduje hasta la casa de Clara, para nuestro habitual viaje matutino, ya que por la tarde ella regresaba con su padre. Mientras esperaba a que cerrara la puerta, mis ojos se posaron en mi vientre aún plano, oculto bajo los pantalones de lino del uniforme.

Estaba tensa, muerta de miedo por encontrarme con Lucca y no poder ser lo suficientemente fría. El sonido de unos golpes en el cristal me asustó, devolviéndome a la realidad. Inclinada en el exterior, Clara me miraba gesticulando para que abriera la puerta.

«¿Ya empezamos el día distraídas, chica?», bromeó mientras se sentaba y nos dábamos un beso en la mejilla.

«Hoy estoy un poco cansada», me justifiqué al arrancar el motor y mirar por el retrovisor antes de poner el coche en marcha.

«Entonces eso explica ese maquillaje tan cuidado», respondió, analizando mi piel. «Odias ponerte base».

Tenía razón. El protector solar era obligatorio en mi rutina de cuidados, pero cualquier otra cosa que requiriera mucho tiempo o detalles me irritaba.

— He encontrado una marca buena, fácil y práctica.

— Si es barata, completa mi combo perfecto, amiga. Nadie merece gastar la mitad de mi sueldo en productos que tendré que lavarme al final del día. Literalmente, dinero tirado por el desagüe.

Su desahogo un tanto indignado me hizo sonreír levemente, por primera vez en las últimas horas. Lo cual fue bueno. Odiaba sentirme seca, herida. Aunque era mucho más seria que mi amiga, me gustaban los momentos de ligereza durante el día, era parte de quien era. Por eso, estar con Clara me hacía bien. Teníamos la misma edad, el mismo origen y sueños similares.

Mientras ella parloteaba sobre maquillaje, ropa y, de repente, modelos de coches, yo me preguntaba cómo reaccionaría al enterarse de mi embarazo. Y cómo mantendría en secreto, no solo para ella, sino para toda la ciudad, la identidad de Lucca.

—Terra llamando a Elisa... —canturreó.

Desvié rápidamente mi atención del tráfico y la miré de reojo.

— Aquí estoy... —le respondí de la misma manera, haciéndola sonreír.

Volví a mirar la carretera y ella me analizó durante unos segundos.

— Estoy preocupada por ti estos últimos días, chica. ¿Estás segura de que estás bien?

Ella me conocía lo suficiente como para saber que no, pero aun así me mantuve firme.

— Lo estoy, tranquila.

Clara me observó un instante más, pero no insistió.

— ¿Has visto a la modelo que ha venido con el nieto del jefe? —preguntó en tono conspirador—. En el grupo de empleados de la bodega no se habla de otra cosa.

Se me hizo un nudo en la garganta. Lo único que había hecho durante la madrugada era compararme con esa mujer milimétricamente perfecta.

—Solo los zapatos que llevaba puestos costarían dos años de mi salario —siguió parloteando Clara.

—Sí, debe ser... —murmuré a regañadientes, recordando lo mucho que parecía salida de la portada de una revista.

Ya había visto a mucha gente rica y elegante, al fin y al cabo, era la mayoría del público de la bodega. Sin embargo, esa modelo elevaba exponencialmente la elegancia y el lujo de las pasarelas europeas. No le quitaba razón a Lucca por convertirla en su novia. Estaba más que claro que él valoraba más lo extranjero que su propio país, y no me refería solo a los negocios de la familia.

Unos minutos más tarde, llegamos a la bodega y comenzamos a trabajar. Ese temor de encontrarlo en cualquier lugar todavía me ponía tensa, pero no había nada que hacer.

Por la mañana, me dediqué a tareas administrativas, como responder a agencias de turismo y clientes, confirmar las reservas a partir del jueves y revisar los turnos de trabajo. Poco antes de la hora del almuerzo, fui al salón para hacer la conferencia para el evento del próximo sábado, dejando una lista de lo que aún faltaba y enviándola al departamento de compras.

Era fundamental tener todo organizado para ofrecer el mejor servicio al cliente.

Estaba volviendo a la tienda de vinos cuando un coche rojo se detuvo en la entrada y la puerta del conductor se abrió sin mucha delicadeza. De ella bajó Valeria Cortés, una turista española que siempre visitaba la bodega cuando estaba en Brasil. Nunca concertaba cita, lo que, junto con su estilo llamativo, con ropa de colores vivos y sandalias de cuero, decía mucho de su marcada personalidad.

—¡Elisa, querida! ¡Qué alegría verte otra vez! ¡[4] —dijo al verme desde lejos.

Le dediqué una sonrisa amable y me acerqué rápidamente.

— Valeria... qué sorpresa. No sabía que ibas a venir — respondí al abrazarla, diciendo que estaba sorprendida por su llegada inesperada.

Ella se apartó sutilmente, pero no quitó las manos de mis hombros mientras me observaba la cara. En español, respondió que había sido un impulso, como era habitual en su forma de ser. Y que le apetecía beber el vino tinto que había probado en su última visita.

Fuimos juntas a la sala de degustación mientras ella me contaba animadamente cómo estaba siendo su viaje a Brasil. La señorita Cortés tenía una energía realmente contagiosa, sin mencionar lo mucho que le gustaba registrar todo en sus redes sociales. Si no me equivocaba, era una influencer famosa en Europa.

Mientras la atendía, Valeria hacía muecas para sus historias, incluso filmándome a mí también. No me gustaba mucho exponerme, pero era inevitable en mi profesión, ya que, al igual que

ella, a muchos clientes les gustaba filmar y publicar la explicación del vino.

Cuando se fue, no lo pensé dos veces y corrí a almorzar. Me sentía un poco mareada por el hambre. Me reuní con Clara y Débora, la otra dependienta de la tienda, para comer en el comedor.

— ¿Lo sabéis? —preguntó Débora en voz baja, mirando a ambos lados.

—¿De qué? —preguntó Clara, a quien le encantaban los chismes.

— Parece que el nieto del jefe y la modelo se fueron ayer, pocas horas después de llegar del hospital.

La noticia cayó en mis oídos como una piedra en agua parada. No pude simplemente ignorarla, pero intenté disimular. Clara no se molestó en hacerlo, moviendo el tenedor en el aire.

— ¿Cómo es eso? Cuéntame mejor esa historia.

— Nadie lo entendió bien, sobre todo porque los empleados de la mansión son como tumbas, ¿no? No dejan escapar nada — continuó Débora, susurrando—. Pero me enteré de que el patrón estaba furioso. No fue nada bueno.

Escuché en silencio, fingiendo que no me importaba, cuando mi mente solo podía pensar en lo que podría haber pasado. El señor Pedro estaba enamorado de su nieto, aunque no estuviera de acuerdo con su estilo de vida. Entonces, solo podía ser algo relacionado con la presencia de esa novia.

Admito que sentí curiosidad. Y sumando todo lo que había pasado entre Lucca y yo últimamente, tenía la conciencia tranquila de que no era por mi culpa.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 7

ELISA MÜLLER

Por la tarde, me dirigí a la sala de barricas, donde me reuniría con el enólogo y el departamento de marketing para acordar cómo haríamos la promoción y otros detalles relacionados con la nueva cosecha.

Me encantaba el ambiente, con paredes de piedra para mantener la temperatura más baja, luces suaves y amarillentas, hileras de barricas de roble y un marcado aroma a vino y madera.

Marco Rinaldi explicaba con evidente pasión las diferencias de esa cosecha, aportando ideas que ya había comentado con el chef como posibles maridajes durante las catas

— El queso de cabra con mermelada de pimiento rojo refuerza la frescura del vino. Puede aportar un toque agridulce y picante durante las visitas guiadas —sugerí basándome en la información técnica que él había revelado, y con la boca salivando por probarlo.

— Excelente idea, Elisa. Se la transmitiré al chef —sonrió, con la mirada fija en mí.

Asentí, bajando la mirada hacia la copa, de donde emanaba un aroma delicioso. No era la primera vez que Marco me miraba tan intensamente y todas las veces me sentía un poco incómoda.

—¿No vas a probarlo? —preguntó, aún atento cuando el resto del personal se distrajo.

— Estoy tomando unos medicamentos —inventé, sabiendo que pronto tendría que anunciar mi embarazo. Al trabajar directamente con alcohol, no podría posponer el hecho de no probarlo sin contar la verdad.

— ¿Estás bien, chica? —Asentí con la cabeza y él continuó—: Si necesitas algo, aquí estoy.

La reunión terminó poco después. Recogí mi tableta rápidamente, sin querer quedarme sola con Marco otra vez.

— ¡Buenas tardes! —La voz firme resonó en la sala.

Todos se volvieron para ver a Pedro Benvenutti aparecer entre los barriles. Caminaba ligeramente inclinado, apoyado en su bastón. Vestía la habitual bombacha, cinturón pampa, pañuelo y sombrero panamá. La mirada penetrante de quien, aunque cansado, aún tenía autoridad.

— Señor Pedro, ¡qué sorpresa! Estábamos preocupados —dijo Marco primero.

Pedro hizo un gesto para saludar a todos, luego se llevó la mano al sombrero e inclinó ligeramente la cabeza en señal de reverencia.

—Estoy bien, solo ha sido un susto. —Sus ojos se encontraron con los míos, suavizándose ligeramente, en una mezcla de respeto y algo no dicho—. Elisa, ¿tienes un minuto?

Oír mi nombre me heló la sangre.

—Claro, señor —dije con la voz lo más firme posible.

Los demás lo entendieron y se retiraron, incluido Marco, que nos miraba como si quisiera entender por qué el dueño de la bodega quería estar a solas conmigo.

El señor Pedro se acercó a uno de los barriles y lo observó en silencio, de espaldas a mí. Por mi parte, pasé el pulgar por las yemas de los otros dedos, nerviosa al imaginar lo que podría querer de mí.

¿Habría hablado Lucca de nosotros antes de irse? ¿Me despediría el señor Pedro?

—¿Me lo traes? —pidió el anciano, refiriéndose a una copa limpia que estaba a unos pasos de distancia.

—Sí, señor... —Me acerqué al barril con la copa en la mano. A continuación, toqué el espigão, como llamábamos al pico metálico, similar a un grifo, donde se podía probar el vino sin abrir todo el barril.

— Gracias, bambina —me agradeció en voz baja. Y la forma en que se refirió a mí no pasó desapercibida para mí.

Llevó la copa a los labios y la saboreó con calma.

—Este vino... —comenzó, pasando el dedo por el borde de la copa— ¿de qué añada es?

—De 2019, señor. Uno de los más elogiados por nuestros clientes.

Asintió pensativo, como si intentara grabarlo en su memoria.

— Es cierto... —Esbozó una sonrisa nostálgica mientras su mirada se perdía en la lejanía—. Carlo trabajó como un loco para reinventar este sabor. Pasó noches y noches estudiando, trabajando, probando...

—Lo consiguió —afirmé, algo indeciso sobre qué decir. Me dolía el corazón por la nostalgia con la que hablaba de su hijo fallecido.

—Sabes —dijo el señor Pedro, rompiendo el silencio nostálgico—, últimamente la memoria me juega malas pasadas, pero aún recuerdo el olor y el sabor como si fuera ayer.

Le dediqué una sonrisa reconfortante y le toqué el brazo sutilmente.

—Usted sigue conociendo esos vinos como nadie, señor Pedro. Y estoy seguro de que tiene mucho que enseñar.

Él me miró en silencio y luego asintió lentamente.

— Escuché sus comentarios durante la reunión... —dijo en voz alta y me puse tensa.

— ¿Estaba detrás de las barricas observándonos? —La pregunta salió con un tono casi divertido al entrecerrar los párpados.

Él se encogió de hombros, sin importarle.

—Lo veo todo, chica... Me enteré de la reunión y quise ver cómo va el rendimiento de mis empleados.

Tragué saliva, incómoda, esperando que no me hubiera juzgado inferior a lo que realmente era.

— Sabes mucho de todo esto, ¿verdad, Elisa? —Me miró por encima de la copa.

— No tanto como me gustaría, señor. Pero me esfuerzo al máximo. Me encanta trabajar con vinos, y aún más me encanta Benvenutti... —dije, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

Dejó la copa sobre el reposacopas, sin prisa por decir nada más.

— ¿Te ves haciendo esto para siempre?

— ¡Bah! Si dependiera solo de mí, sin duda —la amplia sonrisa en mis labios confirmaba mi entusiasmo—. Pero, por desgracia, no depende de mí, ¿verdad?

Échó la mano libre en el bolsillo y se miró las botas de cuero marrón.

— ¿Y si te digo que depende?

Abrí mucho los ojos.

— ¿Qué quiere decir con eso? —pregunté, confundida.

Entonces me miró, su rostro se suavizó.

— Si quiero enseñarte todo lo que sé sobre la bodega, ¿quieres aprender?

— Por supuesto... —La respuesta salió de mis labios antes de que pudiera controlarme. Y entonces, el recuerdo de lo que estaba omitiendo me hizo marchitarme.

— ¿Qué pasa? —Se dio cuenta.

Respiré profundamente, sin entender aún adónde quería llegar con esa conversación. Sin embargo, sentía la obligación moral de contárselo para que él pudiera decidir si invertía su tiempo en mí o no.

— Señor Pedro, tengo que contarle algo —dije en voz baja, mirando al suelo, muy avergonzada.

Me tocó la barbilla con cuidado, haciéndome mirarlo.

— Sea lo que sea lo que tengas que decir, hazlo con la cabeza alta, chica. Nadie, ¿me oyes? Nadie tiene derecho a hacerte sentir menos que la gran mujer en la que te estás convirtiendo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y tragué saliva. Excepto mi familia, nadie me había dicho palabras tan alentadoras. Intenté sonreír, pero sé que no me llegó a los ojos.

Me reproché haberle ocultado algo tan importante e traté de ser fuerte. Toqué su mano, arrugada y manchada por la edad y el trabajo en el campo, y lo respeté aún más.

— Todo lo que quiero es aprender de usted —comencé, sintiendo un nudo en el pecho por tener que renunciar a algo tan increíble en ese momento—. Pero estoy embarazada y no quiero hacerle perder el tiempo.

Sus ojos bajaron lentamente hacia mi vientre y, al darse cuenta de lo que eso significaba, esbozó una sonrisa que, por un instante, alivió mi angustia.

— ¿Embarazada? —repitió, como si no lo creyera—. ¡Eso es genial! Una nueva vida siempre es bienvenida y merece ser celebrada. —Y, sin que yo lo esperara, me envolvió en un fuerte abrazo—. ¡Felicidades, chica! Pronto tendremos un niño corriendo por los viñedos.

La sinceridad de su reacción me emocionó. Se me hizo un nudo en la garganta, me picó la nariz y me ardieron los ojos.

Estar entre sus brazos me recordó cómo era ser abrazada por mi propio abuelo, donde siempre encontré protección, cariño y seguridad. Recibir eso del señor Pedro, que por ironía del destino era mi jefe y bisabuelo de mi hijo, me produjo un sentimiento ambiguo: consuelo y culpa.

«¿Y quién es el padre del niño?», preguntó al alejarse. Y me sentí como si me hubieran lanzado una bomba a la espalda.

Debería haberle contado lo de nuestro parentesco, pero no podía. No cuando ni siquiera su propio padre lo sabía. No cuando el

señor Pedro podría pensar que lo había hecho por su dinero. Así que me callé.

—Es mi hijo, señor. —Me llevé la mano al vientre y él siguió mi gesto con la mirada—. Solo mío.

Pedro tragó saliva, su rostro se contrajo y se puso serio.

—¿Alguien te ha hecho daño, bambina? —quiso saber, con la autoridad de quien no iba a dejar pasar eso.

Negué con la cabeza.

—Solo el corazón, señor. Pero no puedo quejarme, de una decisión mal pensada me ha salido algo muy bueno. Y estoy feliz por ello —le aseguré, acariciándome el vientre.

No parecía satisfecho, pero su ceño se suavizó al darse cuenta de que no había sufrido ningún tipo de violencia. Pedro Benvenutti era un hombre de buen corazón, tan apegado a la tradición y la moralidad como yo. Sabía que una situación como la mía no era precisamente algo que admirara. Por eso, carraspeé y continué, desconcertada:

—Entonces, señor, se lo agradezco mucho. Pero, como le he dicho, no quiero hacerle perder el tiempo.

Mi negativa provocó su reacción inmediata, al apoyarse con fuerza en el bastón y mirarme fijamente.

— ¿Es cierto lo que me ha dicho sobre querer ocuparse de la bodega en el futuro?

— Sin duda. Me gustaría mucho —le aseguré con toda la certeza que había en mi corazón.

— Entonces prepárate, porque serás la mejor administradora que esta región haya visto jamás.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 8

ITALIA

LUCCA BENVENUTTI

Chiara se quitó el cinturón de seguridad y me miró cuando aparqué delante de su edificio en Milán. Acabábamos de llegar de Brasil.

— ¿Seguro que no quieres pasar la noche conmigo? —murmuró en italiano.

Asentí con la cabeza brevemente.

— Hoy no soy buena compañía. Necesito descansar, y tú también.

Ella me observó durante unos segundos, me tocó la barbilla con la punta de los dedos y pegó sus labios a los míos. Esperé a que mi cuerpo reaccionara y, al no sentir nada, levanté la mano hasta sus hombros y la aparté lentamente.

— Gracias por haber venido conmigo. Y perdona por haber sido así —dije, desanimado.

Chiara esbozó una sonrisa forzada.

— No te preocupes. Quiero que estés bien.

Asentí brevemente y ella se marchó.

La observé caminar hasta la entrada del moderno edificio, en el barrio de *Porta Nuova*. Un lugar contemporáneo, completamente diferente al estilo histórico de la ciudad. Me quedé unos segundos después de que ella se perdiera entre los edificios, sintiéndome vacío por dentro, incapaz de sentir ninguna emoción.

Puse el coche en marcha y conduje por las calles llenas de rascacielos. Durante mucho tiempo, soñé con vivir allí, en el centro de la sofisticación y el control. Sin embargo, ahora, pensar en volver

a mi apartamento no me parecía una buena opción. Ya era suficiente con el vacío que sentía.

Paré en un bar cualquiera en el camino. No presté atención a mi alrededor, pero sabía que, al igual que toda la zona, era un lugar refinado.

«Una grappa invecchiata[5] », le pedí al camarero, desabrochándome el primer botón de la camisa que me ahogaba.

No tardó en colocar el posavasos delante de mí y servirme la bebida destilada, equivalente a una cachaça de lujo en Brasil. Murmuré algo parecido a un agradecimiento, pero no sé si me oyó. ¡Que le den!

A diferencia de lo habitual, no aprecié el aroma. Me bebí la copa de un solo trago. Bajó caliente, seco e intenso. Irradiando calor y un sabor fuerte por todo el cuerpo. La segunda fue mejor, trayéndome el confort y el torpor que tanto había deseado desde que salí de la bodega.

Miré el fondo del vaso vacío y me reí de la ironía. Los restos de la uva, es decir, las cáscaras, las semillas y los tallos, pasaban por la fermentación y, después, se destilaban y permanecían muchos meses envejeciendo en barricas de roble. Entre tantas bebidas diferentes, había elegido precisamente la que tenía un proceso de producción similar al de la bodega.

El camarero sirvió la tercera copa. Observé cómo la bebida ámbar se concentraba en el fondo del vaso, guiándome hacia el campo que insistía en olvidar.

La ira con la que dejé la bodega se había enfriado durante las horas de vuelo y había dado paso a un profundo dolor por mi abuelo. No tenía derecho a utilizar a mi padre para fundamentar sus argumentos. No cuando sabía que yo no había superado la trágica pérdida de él y de mi madre.

Poco a poco, la bebida fue adormeciendo el dolor, la nostalgia, la razón. Ya había perdido la cuenta de cuántas copas me había tomado. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en las manos, con

los codos apoyados en la barra. Bajé la guardia, renunciando a pensar en las expectativas que se tenían sobre mí y en lo mucho que no las quería, aunque eso significara romper con el único familiar que me quedaba y al que quería, a pesar del dolor.

Y entonces, imágenes del día en que llegué de vacaciones a la bodega bombardearon mi mente.

Estaba emocionado por haber vuelto, había dejado todo organizado en el trabajo para pasar unas semanas con mi abuelo y, tal vez, disfrutar de la última semana en alguna playa del noreste de Brasil.

El viejo Pedro me esperaba de pie en la escalera del porche, elegante como siempre, apoyado en su bastón oscuro. Apenas aparqué el coche, lo abracé con fuerza, levantándolo del suelo.

—Vuelve a la tierra*, chico.*

— Te echaba de menos, viejo gruñón —le respondí, de buen humor, mientras lo bajaba.

— El gruñón es tu pasado —me dio un golpe con el bastón en la pierna.

— ¡Ay! ¡Eso duele! —Me incliné, pasando la mano por el lugar.

— Es bueno que te mantengas alerta. Ahora ve, lleva tus cosas a la habitación. El almuerzo está listo.

Hice lo que me pidió. No, no me lo pidió. Me lo ordenó. Típico del viejo Pedro Benvenutti. A continuación, me encontré con un festín en el comedor rústico, con muebles de madera maciza oscura y una lámpara de araña de la época de mi abuela.

—Tienes que modernizar esta casa, abuelo —comenté, al sentarme a su derecha, donde me esperaba.

— Ya la he reformado y está muy bien así. No me gustan esas cosas modernas que insistes en traer de la gran ciudad —respondió con el ceño fruncido.

— No voy a discutir, sobre todo porque es usted quien vive aquí. Pero una mentalidad tan rígida no es buena para los negocios.

La bodega necesita combinar lo tradicional y lo conceptual.

— Si realmente te preocuparas por nuestros negocios, no estarías aventurándote por el mundo. Estarías con los dos pies bien plantados aquí, en nuestra tierra*. — Frunció el ceño y golpeó con el dedo índice el revestimiento de la mesa.*

— Mira, acabo de llegar y no quiero discutir. — Abrí la botella de Merlot de la cosecha pasada y vertí un poco en su copa mientras continuaba: — Usted conoce mis motivos para no querer asumir sus negocios, pero eso no significa que no pueda aportar ideas de lo que veo ahí fuera, abuelo. De lo que está de moda, de lo que la gente quiere consumir... De lo que realmente se vende y pone dinero en el bolsillo.

Murmuró lo suficientemente bajo como para que no lo entendiera, pero era un hombre inteligente, así que sabía que tenía razón.

— Ya hablaremos de eso, vamos a comer...

— Huele muy bien —asentí, sabiendo que, por el aroma, Nora había mandado preparar uno de mis platos favoritos.

La confirmación llegó cuando, al quitar la tapa de acero inoxidable, el pollo al primo canto desprendió el aroma de la carne asada a la brasa, lo que aumentó mi apetito. Como acompañamiento, polenta frita y ensalada de radicchio con bacon.

— ¡Norinha, eres increíble! —dije en voz alta, para que me oyera desde la cocina.

No tardó en aparecer, mientras yo servía el plato de mi abuelo.

— Espero que esté rico.

—Estoy seguro de que lo estará —le aseguré.

Bastó con el primer bocado para sentirme realmente en casa. La grasa, el crujiente y el toque amargo combinaban perfectamente con el vino. El plato era de origen italiano, pero la preparación y el sabor eran totalmente brasileños.

La mirada confiada, con una sutil sonrisa en el rabillo de los ojos mientras comía, decía que el viejo Pedro Benvenutti estaba feliz de que yo estuviera allí. Yo también lo estaba.

Después de la copiosa comida, él se fue a descansar y yo me puse a responder los mensajes de Pietro y algunos correos electrónicos sobre el avance de la reforma para la apertura del hotel.

Cuando me cansé, mi abuelo aún no se había despertado y no quise molestarlo. Salí de la oficina, decidido a caminar por los viñedos y enterarme de las novedades.

Por el camino, algunos antiguos empleados me saludaron al reconocerme, otros se mantuvieron concentrados en su trabajo.

«Me alegro de que haya llegado, jefe», me saludó el enólogo cuando pasé por la sala de barricas.

Le estreché la mano en un gesto amistoso.

—Me alegro de verte, Marcão. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Nos quedamos unos minutos charlando mientras me acompañaba por la zona de producción, contándome con orgullo las mejoras. Era bonito ver que la bodega tenía empleados realmente comprometidos, dispuestos a hacer que las cosas funcionaran.

Me despedí y me dirigí a la parte elevada, desde donde se podía ver el campo abajo. Metí las manos en los bolsillos y me quedé observando a los trabajadores en la vendimia, todos equipados con guantes y sombreros de ala ancha para protegerse del sol. Fue entonces cuando, entre el follaje y los trabajadores, alguien en particular captó mi atención.

Era de estatura media a alta, caminaba entre los viñedos, pero no parecía formar parte de los recolectores, ya que su sombrero no era el adecuado para la cosecha. Parecía más bien alguien que había tenido que improvisar para resolver una necesidad rápida.

Entonces se detuvo frente a uno de ellos, como si fuera a decir algo, cuando una brisa más fuerte fue suficiente para arrancarle el accesorio de protección. Su largo cabello se despeinó,

desenrollándose en un movimiento de cascadas doradas casi hipnóticas, en medio del verde de la plantación.

La contemplación se vio interrumpida por el viento implacable, que desordenó los mechones rubios. La mujer aceleró la conversación, recogió el sombrero del suelo y se dio la vuelta, caminando hacia mí. Solo entonces pude ver su rostro. La piel pálida y enrojecida en las mejillas, los ojos claros. Desde lejos no pude distinguir si eran azules o verdes. Los labios rosados de forma natural, el semblante serio.

«¡Qué chica tan guapa!», murmuré, sin poder apartar los ojos de aquella belleza de rasgos alemanes.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, sabiendo que las vacaciones en la bodega podrían no ser tan monótonas como había imaginado.

Más de cerca, me di cuenta de que la mujer era la chica de la tienda de vinos, si no me equivocaba. Llevaba trabajando allí algún tiempo y ya la había visto en visitas anteriores. Solo que no recordaba su nombre y que era tan guapa.

La observé desde lejos durante un rato más, hasta que entró en la tienda y salió poco después acompañando a un grupo de diez clientes para la visita guiada.

Un pensamiento me atravesó y contuve la risa al darme cuenta de lo furioso que se pondría mi abuelo al descubrir lo que estaba a punto de hacer, pero qué más daba...

Me uní al grupo, quedándome ligeramente rezagado, sin llamar demasiado la atención. Ella me vio, me reconoció, pero no se dirigió a mí, tal vez pensando que, como heredero de la bodega, podría estar evaluando su trabajo.

¡Ah! Estaba... Sí que lo estaba...

Y verla trabajar era una tentación aparte. Mis ojos observaban atentamente cómo contaba el origen de la bodega, se humedecía los labios secos, sonreía de forma amistosa, aunque más bien tímida. Cómo usaba términos técnicos, servía las copas a los clientes y se

pasaba el dedo índice por el lado de la mejilla para quitarse los pelos que insistían en molestarla.

Las mujeres guapas no eran algo raro en mi día a día, pero de alguna manera, me vi atrapado por esa mujer delicada y firme a la vez.

No hice ningún esfuerzo por ocultar lo mucho que la deseaba y lo mucho que estaba dispuesto a invertir. Por su parte, ella me miraba de reojo o me ignoraba, en un intento por mantenerse concentrada. Seguí conteniendo la risa, desviando la mirada hacia el suelo o cualquier otra cosa que no fuera imaginar esa boca rosada pegada a la mía.

«Esta marca es conocida por el equilibrio entre dulzor y acidez», explicó al grupo, sosteniendo la copa. «Al principio parece suave, pero basta un segundo para revelar capas más intensas, dejando un sabor marcante».

Los clientes lo degustaron y se distrajeron comentando entre ellos. Aproveché para acercarme, con una mano en el bolsillo delantero y la otra sosteniendo mi copa.

—Elisa... —murmuré su nombre escrito en la placa de su uniforme.

Solo entonces me miró directamente y pude contemplar de cerca sus ojos azul claro, brillantes e intensos. Las largas pestañas, con rímel negro, las mejillas sonrosadas, los labios carnosos, los dientes blancos.

¡Jodidamente guapa!

—Cuidado... —Mi voz salió baja, entre alerta y deseo.

— ¿Con qué? —me desafió.

— Hablas con tanta pasión que podrías acabar convenciendo a los clientes de que quieran probar no solo el vino de la casa...

Ella jadeó, sorprendida, y abrió mucho los ojos antes de recomponerse.

— Mira —gruñó entre dientes, dándome la espalda a los visitantes para asegurarse de que solo yo la oyera—, respétame. Estoy trabajando.

Solté una risa pícara, de esas que conquistan sin necesidad de mucho.

—Y estás preciosa tan seria y concentrada.

Ella entrecerró los párpados.

— Si crees que era un cumplido, estás equivocado. Vuelve a donde estabas, me estás distrayendo.

Me incliné un poco más, inhalando su suave aroma a campo con menta y algo que no lograba descifrar. Quizás, el toque especial con el que su piel transformaba el perfume.

— Yo lo llamo apreciación. Al igual que hago con un buen vino... Analizo los detalles, observo, siento el aroma... y, si tengo suerte, lo pruebo sin prisas, para descubrir cada capa.

Sus ojos brillaron y ella intentó no parecer afectada.

— Apuesto a que tienes mucho que hacer lejos de aquí. ¿Por qué no vas a buscar a tu abuelo?

Esbocé una lenta sonrisa.

— Estoy exactamente donde debo estar, girassol. Y como buen apreciador, sé cuándo se trata de una edición limitada. — Di un sorbo a la copa, mirándola por encima del cristal, y continué: — En tu caso, solo cinco minutos de degustación no son suficientes.

— ¡Eh, amigo! ¿Estás bien? ¡[6] — La voz del camarero me devolvió a la realidad.

Levanté la cabeza lentamente. Su imagen se veía borrosa ante mí. Fue como despertar de un buen sueño sin haber dormido. Quería mandarlo a la mierda, pero, en cambio, solo respondí:

—Sí, no te preocupes.[7]

Me sirvió la bebida una vez más antes de alejarse. Bebí ese trago lentamente, ardiendo un poco menos, pero aún así revelando

el poder de la bebida con más del 55 % de alcohol.

Los recuerdos de Elisa venían vívidos a mi mente. De cuánto tuve que gastar todo mi repertorio de piropos para conquistarla. De cómo esperaba ansioso el final de su jornada laboral para poder tenerla en mis brazos, lejos de la vista de otras personas. Otras veces, me quedaba observándola desde lejos o fingía tener que hacer algo cerca de ella solo para estar cerca. De nuestras cenas. De la despedida...

Después de volver al trabajo, todo fue tan ajetreado con la inauguración que apenas tuve tiempo para pensar en mí. Sin embargo, bastó con verla en la sala de la mansión para sentirme extraño, con el corazón acelerado y la boca seca.

La discusión con mi abuelo tomó proporciones inesperadas que, lamentablemente, dejaron mi situación con Elisa en segundo plano. Solo ahora, con la cabeza más fría, recordé su mirada tensa cuando me dijo que necesitaba hablar conmigo. Saqué el celular del bolsillo, buscando su nombre en la agenda de *Whatsapp*. Entonces recordé que la había bloqueado.

Desbloqueé el contacto, maldiciéndome por haber sido tan idiota. Si antes había algunos mensajes que decían *«necesito hablar* contigo» y un registro de llamadas perdidas, ahora ni siquiera aparecía su foto. Al parecer, ella también me había bloqueado.

Le envié un mensaje de prueba, solo: *«Hola, Girassol*». Lo envié, pero no llegó. Apreté los dientes, dando el último sorbo antes de llamar por una llamada normal. Sonó una vez, pero enseguida se cortó. Lo intenté de nuevo, esta vez ni siquiera se completó.

No tenía sentido. Si quería hablar conmigo con tanta urgencia, ¿por qué me bloquearía?

Quizás nunca obtuviera esa respuesta. Y, quizás, dolía aún más admitir que la quería.

Dejé el vaso sobre la barra. Había hecho mi parte al devolverle la llamada. Si todavía quería hablar conmigo, sabía dónde encontrarme.

Con esa certeza, pagué la cuenta y me fui.

A partir de ahora, nada más importaba salvo mi imperio. Y eso era en lo único en lo que me iba a centrar.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 9

MESES DESPUÉS

LUCCA BENVENUTTI

Era tarde cuando aparqué en el garaje subterráneo del edificio. Cogí la maleta del asiento del copiloto y me dirigí al ascensor, decorado con adornos navideños.

Había llegado diciembre y yo apenas me había dado cuenta, demasiado centrado en el trabajo.

Las puertas del ascensor se abrieron en mi piso. Me dirigí al apartamento, tecleé el código y, cuando entré en la sala oscura, me invadió una melancolía. Dejé la maleta sobre el sofá y recorrí con la mirada la habitación, demasiado grande para mí solo.

Me desabroché los primeros botones de la camisa mientras caminaba hacia el aparador, pensativo, y me serví una doble dosis de whisky con un cubito de hielo. El vacío pesaba. Con él, la constatación: no me gustaba quedarme en casa para no tener que enfrentarme a la soledad, que pesaba aún más con la llegada de las fiestas de fin de año.

Era una época nostálgica, que me provocaba sentimientos ambiguos. Siempre la pasaba con mi abuelo en la bodega. Los dos nos apoyábamos y nos dábamos fuerzas para afrontar el dolor de la pérdida. Y ahora, después de nuestra discusión, me sentía fuera de lugar.

El problema era que siempre habíamos sido testarudos y no nos habíamos vuelto a hablar desde aquel fatídico día. Mientras él probablemente seguía centrado en la bodega, yo hacía lo mismo con mi cadena de hoteles. Con dos en pleno funcionamiento y dos en construcción, no tenía tiempo para sentir nostalgia durante el día. Sin embargo, bastaba con que mi mente dejara de trabajar para que la nostalgia apareciera, lo que últimamente ocurría con mucha frecuencia.

Devolví el vaso vacío junto a la botella y luego me fui a mi habitación. Necesitaba un baño para ordenar mis pensamientos. Distraído, crucé el umbral de la puerta y encendí la luz, encontrándome con el cuerpo de una mujer sobre la cama.

— ¿Qué haces aquí? —La pregunta salió más brusca de lo que imaginaba. No recordaba que ella vendría esta noche.

Chiara dejó el móvil a un lado y me miró. Su expresión serena dio paso a un ceño fruncido.

— ¿Cómo que qué hago aquí? Soy tu prometida. A veces duermo en tu casa, ¿recuerdas? —Su voz sonó cargada, en italiano.

Me toqué la sien mientras recorría con la mirada su escultural cuerpo, adornado con la camisola roja. Me esforcé por sentir deseo por ella o algo que justificara seguir insistiendo en ese compromiso aparente. Los hoteles iban bien, su carrera también, así que ya no tenía sentido que siguiéramos juntos. No cuando se estaba volviendo insoportable mirarla.

Sus ojos aprensivos e irritados me seguían por la habitación mientras me quitaba la camisa, sin romper nuestra conexión visual.

No podíamos seguir así.

—Tenemos que hablar... —le dije en su idioma, sentándome en el borde del colchón.

—Lucca... —murmuró, tensa.

— Necesito que me escuches. — Le toqué la rodilla y ella se calló, tragando saliva. — Hace tiempo que no funcionamos bien juntos. — Exhalé profundamente y continué: — Creo que es mejor que terminemos nuestro compromiso.

Se puso rígida, revolviéndose entre las sábanas.

— No puedes hacer eso. — Había una ira gélida en su tono cuando bajó y se detuvo frente a mí.

— Ya lo estoy haciendo, Chiara.

Su rostro se sonrojó. Se pasó los dedos por el cabello suelto y me miró con ira.

—Me has utilizado, Lucca —me acusó, nerviosa.

Exhalé un profundo suspiro y me levanté, metiendo las manos en los bolsillos delanteros.

—Fue un acuerdo tácito en el que ambos participamos muy conscientes de nuestro papel. No te hagas la víctima.

— Intenté amarte —gritó, perdiendo el control—.

—Y yo siempre dejé claro que no cumpliría tus expectativas — mantuve un tono tranquilo, aunque no había margen para la discusión.

Chiara dio vueltas en círculos, como si intentara organizar sus pensamientos, antes de detenerse frente a mí.

— Es por esa zorra que te buscó en la bodega, ¿verdad? — gruñí.

Saqué las manos de los bolsillos, irritado por la forma en que se había referido a Elisa.

— No permito que se refieran así a ti. Por lo tanto, exijo que tú también la respetes.

— ¡Soy tu prometida, Lucca! —gritó.

— Eras mi prometida. Y aunque lo siguieras siendo, eso no te da derecho a hacerlo. —Me pasé la mano por la cara, irritado. A continuación, respiré hondo, manteniendo el control de mis emociones—. No tengo nada que ver con ella.

Su rostro parecía un tomate, su respiración era como la de un toro enfurecido. Aun así, Chiara tragó saliva. Sabía que todo lo que había dicho era cierto.

—Vi cómo te miró ese día. Había mucho más que una simple empleada —me acusó.

Era mi turno de retroceder. Pensar en Elisa me llenaba de una forma extraña, demasiado intensa, que me hacía buscar distancia.

—Y te dije que estuve con ella antes de involucrarme contigo. Pero eso fue todo.

— ¡No te creo! —replicó en voz alta.

—No puedo hacer nada al respecto. —Me humedecí los labios, siendo blanco de su mirada furiosa—. Tomé mi decisión, Chiara. Nuestro compromiso termina aquí.

La frase pareció golpearla como una bofetada, ya que retrocedió dos pasos. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no dejó que cayesen.

—Hay mucho en juego, Lucca —dijo, más firme de lo que parecía—. Nuestra reputación, mi carrera, tu hotel...

— Soy consciente de ello. Pero tú eres una gran modelo, no necesitas ni a mí ni a ningún hombre para tener tu lugar bajo el sol. Además, la repercusión de la ruptura hará que tu nombre sea muy popular en Internet. Yo tengo más que perder que tú.

— ¿Y aún así quieres hacerlo? —preguntó ella, casi incrédula.

—Sí.

Chiara me miró fijamente durante unos segundos y, al ver que no cambiaría de opinión, cogió el abrigo que estaba tirado en el sillón, las sandalias que había en el suelo y salió de la habitación sin mirar atrás.

Solté un suspiro de alivio al verla desaparecer por el pasillo, y solo entonces me di cuenta de que nuestro compromiso era, en realidad, una carga invisible para mí. Fue bueno profesionalmente, no podía negarlo. Sin embargo, exigía emocionalmente lo que yo no estaba dispuesto a dar.

Entré en la ducha pensando en lo que haría después.

Tenía que volver a la bodega, ver a mi abuelo y, tal vez, las fiestas de fin de año serían el momento perfecto para ello.

Otra decisión importante tomada esa noche.

Salí de la ducha con la toalla enrollada en la cintura, recordándome cambiar la contraseña de la cerradura y quitarle a Chiara el acceso sin restricciones a mi apartamento. Encendí la

televisión y me tiré en la cama, mientras cogía el móvil para resolverlo.

Cuando terminé, respondí algunos mensajes y, distraída, entré en la aplicación de *Instagram*. Pulsé la foto de Pietro, la primera de *las historias*. Nunca entraba en la aplicación, ni perdía el tiempo con la vida de los demás. Pero la suya, a veces, la veía porque casi siempre estaba relacionada con el marketing del hotel de Florencia. Esa vez no fue diferente, estaba en el vestíbulo con una pareja de clientes famosos.

Fui tocando la pantalla con el dedo, sin paciencia para esperar a que expiraran los segundos, cuando terminaron sus *historias*, y la de la siguiente persona me hizo detenerme al reconocer el lugar de fondo. *Valeria Cortés,* una influencer famosa en Europa que ya había hecho campañas para mí, sonreía al llevarse la copa de vino a los labios, en un *boomerang* hecho en la zona de degustación de la bodega de mi abuelo.

De repente, me sentí ansioso por ver las siguientes *historias*. Por suerte, había muchas barritas en la parte superior de la pantalla, lo que me llenó de expectación. Me salté las cuatro primeras sin interés, solo vi fotos de ella y del paisaje. Era nostálgico, pero yo estaba más interesado en la posibilidad de ver a Elisa, aunque no lo admitiera en voz alta.

A medida que pasaba sin encontrar nada relevante, la frustración fue compartiendo espacio con la expectativa.

Hasta que apareció...

En segundo plano, casi de espaldas, sus mechones rubios ocultaban gran parte de su rostro. La imagen, cortada por encima de los pechos, mostraba una sonrisa mientras hablaba con alguien fuera del encuadre.

Bastó con ese pedacito de Elisa para que mi corazón se acelerara y se me secara la boca.

— Girassol... — el apodo salió de mis labios en un susurro.

De repente, empecé a pasar las *historias* embelesado, ansioso por cualquier cosa de Elisa, aunque fuera el dorado de su cabello. Para mi frustración, no había nada más. Ni en las redes de Valeria, ni en las de la bodega, ni en las de Elisa, que eran privadas.

Fue como untarle miel en la boca a un niño para luego hacerle comer un jiló.

Inquieto, dejé el móvil sobre la cama y me detuve ante la inmensa ventana de cristal con vistas a la zona más noble de Milán. Siempre me imaginé viviendo allí, realizado profesionalmente, pudiendo disfrutar de las mujeres más bellas y con el control absoluto de mi vida. Pero nunca pensé que me sentiría tan infeliz.

De repente, todo me pareció solitario. Sin sentido, sin propósito. El éxito, que tanto había ambicionado, ya estaba en mis manos. Pero ¿de qué servía, si dentro de mí solo había vacío?



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 10

ELISA MÜLLER

Aparté la vista del ordenador, inclinando el cuerpo hacia atrás mientras me estiraba y suspiraba.

— ¿Cansada? —preguntó el señor Pedro antes de sorber el mate.

Solo entonces me di cuenta de que todavía estaba en su oficina.

—Un poco... —Me toqué la zona lumbar, sintiendo un ligero pinchazo en el lado derecho.

— Vamos a terminar por hoy —dejó la calabaza a un lado, se apoyó en el bastón para levantarse y caminar hasta la mesa auxiliar a pocos metros—.

Miré el reloj en la esquina derecha de la pantalla, aún faltaba poco más de una hora para terminar mi jornada laboral.

— Puede irse, yo me quedaré un rato más.

Se acercó a mi mesa, que estaba al lado de la suya, me tendió un vaso con agua y yo lo acepté.

— No es una petición, muchacha —su tono amable contrastaba con la orden—. Ya has trabajado mucho esta semana, como lo has hecho desde que te comprometiste a aprender sobre la bodega.

— Pero...

Hizo un gesto de negación con la boca, interrumpiendo mi argumento.

— Nada de eso... estás embarazada y necesitas cuidarte a ti misma y a este niño. —Miró mi vientre—. Estoy un poco perdido en el tiempo, ¿de cuántos meses estás exactamente?

Me recosté en el respaldo del mullido sillón, acariciándome el vientre.

—Casi seis meses —dije con una sonrisa.

— ¡Vaya! El tiempo pasa rápido.

Asentí con la cabeza, mirando el fondo del vaso.

— A veces ni puedo creer que pronto podré tener al bebé en mis brazos.

— ¿Y realmente no querías saber el sexo? —preguntó, volviendo a su mesa.

— Preferí esperar a descubrirlo en el parto —respondí, un poco molesta.

Algo dentro de mí sabía que esa decisión era como una defensa. De una manera muy ilusa, tenía la esperanza de vivir un cuento de hadas, uno en el que el príncipe lanzaba fuegos artificiales al descubrir el sexo del bebé junto con la madre.

Él siguió observándome, pero esta vez su mirada parecía un poco perdida.

—Recuerdo cuando María se quedó embarazada de Carlo —contó con aire nostálgico—. Me volví loco al descubrir que era un niño, tío.

Acompañé su sonrisa al ver la emoción con la que lo recordaba.

— En aquella época, trabajaba como un condenado, de sol a sol, para asegurarme de que nunca les faltara nada. Hacía todo lo posible por estar con ella, cuidarla, ver crecer su barriga. —Hizo una pausa, como si los recuerdos no le dieran tregua antes de continuar —. Tuve muchos defectos en mi juventud, pero fui un buen marido y un buen padre. —Su expresión se endureció. — Hay que ser muy desvergonzado para no reconocer a tu propio hijo.

Mi sonrisa dio paso a un nudo en la garganta. Aunque respetaba mi decisión, de vez en cuando salía a relucir su lado tradicional.

— Lo siento, Elisa. No quería hacerte daño. Es solo que... no consigo entender por qué un hombre no elige a su familia.

Tragué saliva con dificultad. Si supiera que, en realidad, su nieto ni siquiera tuvo la oportunidad de elegir.

—Está bien... —Cogí el bolígrafo que había sobre los papeles y lo giré entre los dedos—. A veces, las decisiones de otras personas nos obligan a tomar decisiones que no queremos.

Él asintió con la cabeza.

— Lo entiendo muy bien... Me arrepiento de cosas que dije, pero no haría nada diferente.

— ¿Cómo es eso? —Levanté una ceja.

Él cruzó los brazos, como si el tema le incomodara.

— Lucca no se fue en las mejores circunstancias. Dije cosas duras, soy consciente de ello. Pero no haría nada diferente, él necesitaba oírlas.

Por un momento, sentí un gran deseo de saber cómo había sido esa conversación, pero nunca insistía en el tema cuando hablaba de su nieto. Escuchaba y me quedaba callada, sintiendo cómo todo resurgía dentro de mí. Y sabía que si abría la boca, posiblemente no podría ocultarlo.

— Pero no creas que lo he olvidado —cambió de tema—. Apaga esta máquina, recoge tus cosas y ve a descansar. —Abrí la boca para protestar, pero él me lo impidió, tratando de ser amable—. No seas terca. Solo quiero verte aquí de nuevo a principios de semana.

Finalmente, acepté. Estaba realmente cansada. Como llegaría más temprano, aprovecharía para pasar por la panadería. Sería bueno salir de la rutina y convertir la cena del viernes en un bocadillo que llevaba varios días deseando.

— Si es así, entonces me voy. Pero antes, quiero asegurarme de que has tomado tus medicinas —le dije, acercándome con la

bandeja en la que había dejado las cajas separadas e identificadas con diferentes colores y los horarios escritos en letras grandes.

Hizo una mueca. Odiaba que le recordaran la medicación, pero entendía que era por su bien. Al final, aceptaba mi ayuda e incluso le gustaba.

Después de asegurarme de que los había tomado correctamente, guardé todo en la mesita de noche y me despedí de él con un abrazo.

— Cuídate. Si necesitas algo, llámame.

— Cuídate. Y cuida bien de ese chico.

Me despedí y salí de la mansión en dirección a la tienda, pensativa.

De supervisora de atención al cliente, me habían ascendido a coordinadora de atención al cliente y producción. Lo cual era estupendo, teniendo en cuenta que dominaba ambos procesos. Ahora estaba aprendiendo una visión más administrativa de la función, lo que exigía mucho de mí y del señor Pedro.

Además del aprendizaje, el cambio de puesto había mejorado mi salario y reducido el trabajo los fines de semana, aunque tenía que compensar esas horas durante los días laborables. Normalmente, salía un poco más tarde para no tener que ir a la bodega los fines de semana, solo cuando surgían emergencias.

—Mamá está ansiosa por un baño bien calentito, mi amor... — le decía a mi barriga mientras caminaba de la oficina a la tienda.

La agradable brisa del atardecer de diciembre traía el aroma de los viñedos y los grandes árboles frutales cercanos a los edificios. Se acercaba el final del año, faltaba menos de una semana para Navidad y Año Nuevo.

Había defendido mi trabajo de fin de carrera y estaba esperando a que el título estuviera listo para matricularme en el posgrado en Gestión Empresarial y Experiencia del Cliente. Ahora, más que nunca, necesitaba profesionalizarme.

— ¿Ya te vas, chica? —La voz de Marco me sacó de mi contemplación de la brisa.

Con el nuevo cargo, había aprendido algunas cosas sobre el trato con las personas, entre ellas, Marco Rinaldi. Si aquella tarde en la sala de barricas me había dejado cohibida, ahora aprendía a mirarlo con la cabeza alta, dejando claro que no aceptaría ningún tipo de acercamiento no deseado.

— Sí, me voy. ¿Algún problema?

— Ninguno... —Se acercó, cruzando los brazos—. ¿Tienes algún compromiso para el fin de semana?

Cambié el peso de una pierna a otra y seguí acariciándome la barriga, como si no me diera cuenta de lo que quería.

— Sí, tengo. — Sonreí para suavizar la negativa—. Voy a descansar, a cuidar de mí y de mi bebé.

Marco apretó la mandíbula, pero no discutió, y aproveché para alejarme.

—Hasta el lunes.

Llegué a la tienda cuando Clara se despedía de un grupo de visitantes. Ella había asumido mi antiguo puesto y estaba feliz por ello. Me acerqué lentamente con una sonrisa cordial y reafirmé lo que ella había dicho sobre agradecerles la visita.

—Volveremos pronto —respondió uno de los clientes, sonriendo con ese brillo habitual en los ojos, causado por el alcohol.

De pie junto a Clara, observé cómo el grupo se alejaba, se subía al coche y desaparecía por la carretera, mientras me venían a la mente los recuerdos de cómo le había contado lo del embarazo.

Estaba en la puerta de su casa, esperándola para ir al trabajo. Me sentía tensa, preocupada por todo lo que estaba pasando al mismo tiempo y por cómo se vería mi ascenso vinculado al embarazo.

Iba a esperar hasta que la empresa anunciara el cambio de puesto, pero en cuanto al bebé, Clara merecía saberlo por mí, antes

que por otras personas.

—¡Buenos días! —me saludó emocionada al entrar en el coche.

— ¡Buenos días! Tengo que contarte algo —le dije antes de que tuviera tiempo de dudar.

Me miró fijamente, cerrando la puerta sin apartar los ojos de mí.

— ¿Qué ha pasado? —Su expresión pasó de alegre a curiosa.

Me pasé la lengua por los labios, mirando más allá del parabrisas.

— ¡Estoy embarazada! — anuncié en un hilo de voz.

— ¿Qué? —La pregunta resonó en el coche, incrédula.

Bajé la mirada y me toqué el vientre. Luego la miré con una sonrisa nerviosa, sin saber cómo iba a reaccionar.

— Eso es... Tengo un bebé aquí.

Clara parpadeó varias veces, sorprendida. De repente, abrió los brazos y se abalanzó sobre mí.

—¡Felicidades, Elis! ¡Es increíble!

Me quedé paralizada un segundo para comprender su reacción. Luego sonreí y le devolví el abrazo.

— ¡Voy a ser tía! —Se rió mientras se apartaba y me observaba—. ¿Cómo te sientes al respecto?

Me acomodé en el asiento, miré hacia adelante y encendí el coche.

— Todavía un poco asustada. Pero me gusta la idea de que pronto tendré un bebé corriendo por ahí.

Ella negó con la cabeza y bajó la visera para arreglarse el pelo que se le había soltado del peinado.

—No me lo esperaba, pero confieso que ahora solo puedo pensar en cuántas ropitas y juguetes voy a poder comprar para mi sobrino.

Su entusiasmo me hizo sonreír. Entonces, se produjo un largo segundo de silencio, como si solo entonces se diera cuenta de la pregunta del millón.

— No me dijiste que estabas saliendo con alguien... — comentó, como tanteando el terreno.

Suspiré, mordiéndome el interior de la boca.

—Por desgracia, esa es la parte mala de la noticia.

No tuve que extenderme para que ella lo entendiera y su expresión se tensara.

— Me dio curiosidad, claro. Pero no tienes que contármelo si no quieres.

—Gracias —le agradecí, sintiendo un gran alivio—. Es importante para mí contar con tu apoyo.

Clara me tocó la pierna.

— Siempre has sido la persona más correcta que he conocido. Y estar en una situación así, sé que te está haciendo daño. Así que cuenta conmigo para todo, amiga. Siempre estaré aquí para ti.

Desde entonces, se había convertido en la fan número uno de mi bebé.

El recuerdo se desvaneció al oír el profundo suspiro a mi lado, que me trajo al presente.

—¿Cansada? —le pregunté.

—Un poco. —Movió los hombros y giró la cabeza—. Gracias a Dios que es viernes. —Le dediqué una pequeña sonrisa y ella me miró fijamente—. ¿Ya te vas?

Asentí con la cabeza y cogí las llaves del bolso.

—El señor Pedro me ha dejado salir antes, pero he venido a ver cómo están las cosas por aquí antes de irme.

Su mirada preocupada se posó en mi vientre, tocándolo con cuidado.

— ¿Están bien?

Asentí con la cabeza y puse la mano al otro lado.

— Sí, no se preocupe. — Ella frunció el ceño y torció los labios, sabiendo que había algo que no le estaba contando. Me reí de lo bien que me conocía y continué: — Solo es un dolor lumbar. Hoy he estado mucho tiempo sentada.

Clara se inclinó, tocando y hablando con el bebé.

— Mamá solo trabaja, abuelita... Tiene que cuidarse —dijo con voz infantil, haciéndome sonreír.

— Nada de eso —moví el dedo índice hacia los lados, cambiando de tema—. ¿Quieres que te lleve?

Enderezó la postura y sacó el móvil del bolsillo del delantal.

— Todavía faltan 20 minutos para mi horario.

Eché un vistazo a la sala de degustación y a la tienda. Todo estaba organizado. Ella y Débora seguían exactamente el mismo ritmo que cuando trabajábamos juntas, lo cual era genial.

— Mira a ver si Débora necesita ayuda. Si no, coge tus cosas y nos vamos. Tienes que empezar a sacar tus horas positivas del banco.

Clara fingió poner mala cara.

— Si mi jefa lo dice, ¿quién soy yo para llevarle la contraria?

Asentí con la cabeza y entré con ella solo para confirmar que todo estaría en orden para el fin de semana. Su padre trabajaría hasta un poco más tarde para compensar las vacaciones colectivas que la producción tendría desde el lunes hasta la primera semana de enero.

Un rato después, nos dirigimos juntas a mi coche mientras le enviaba un mensaje a mi madre para que no se preocupara por la cena.

—Marco no oculta la forma en que te mira —comentó Clara, abrochándose el cinturón—. Volvía con los clientes cuando os vi hablando.

— Creo que iba a invitarme a salir —me encogí de hombros y encendí la radio.

— ¿En serio? —Clara giró la cabeza para mirarme—. ¿De verdad va a decidir invertir a lo grande?

La posibilidad me causó una sensación desagradable.

— Dios no lo quiera. No estoy buscando una relación. Además, el embarazo avanza y lo último que necesito ahora mismo es alguien por quien preocuparme.

Clara se quedó en silencio, lo que, casi siempre, era preocupante.

— Veo cómo te sale humo por las orejas... —la provoqué.

Ella frunció los labios y se rascó la cabeza.

— Respeto mucho tu decisión de no decir quién es el padre del bebé, ya lo sabes... Pero, ¿nunca has pensado en darle una oportunidad a Marco? Así podría ayudarte.

Exhalé un profundo suspiro, sin apartar la vista de la carretera.

— No necesito a un hombre para que me ayude a cuidar de mi hijo, amiga. —Mi voz sonó firme, pero suave—. He tomado la decisión de criarlo sin su padre, y eso es lo que voy a hacer.

Me miró incómoda, pero no insistió en el tema.

—Me gustaría ir con vosotros a comprar el ajuar mañana —dijo, un poco triste.

—Siento mucho que tengas que trabajar, amiga. Pero la próxima vez iremos juntas, ¿qué te parece?

Clara asintió y empezamos a hablar sobre la ropa. Me había regalado un kit de cuna blanco con detalles amarillos nada más enterarse del embarazo. Fue el primer regalo y no podría haberme emocionado más.

El resto del camino pasó rápido, entre charlas, risas y canciones.

— Tengo que pasar por la panadería. ¿Quieres que te deje en casa primero? — le ofrecí al entrar en la zona urbana de la ciudad.

Ella lo pensó por un momento.

— Voy contigo. Es bueno que también compre algunas cosas para el desayuno de mañana.

Acepté y conduje hasta la panadería. Después de apagar el motor, cogí mi bolso del asiento trasero y, al rodear el coche, caminé junto a Clara hacia el interior del establecimiento.

Durante el corto trayecto, algunas miradas se volvieron hacia mí. Estaba un poco más acostumbrada a ser objeto de cuchicheos, miradas, dedos acusadores y comentarios maliciosos, como ejemplo de lo que no se debe hacer. Había sido así desde que ya no pude ocultar mi embarazo. Lo afrontaba con la cabeza alta, no le debía nada a nadie, pero, por supuesto, me sentía incómoda.

Entramos en la panadería llena. Clara se dispersó entre los estantes, yo me puse en la cola, esperando mi turno, distraída respondiendo a los mensajes de *Whatsapp*.

— Estoy en la panadería, mamá. Llego enseguida. — Envié el audio.

— ¡Hola, Elisa! ¿Y tú? —preguntó la dependienta, simpática.

Levanté la cabeza y la busqué con la mirada antes de señalar el escaparate.

— Hola, Glenda. Por favor, quiero...

— Deberías tener vergüenza. — La acusación fue tan afilada como un cuchillo, cortando mi voz por la mitad.

Giré el cuerpo, con el corazón ya acelerado, buscando quién había dicho eso.

La mujer tenía alrededor de cincuenta años, era demasiado delgada, las profundas ojeras y la piel flácida la hacían parecer más vieja. El cabello, teñido de rubio amarillento y descuidado, estaba recogido en un moño apretado, con mechones erizados en la frente. El vestido negro, de tela pesada, contrastaba con el crucifijo que

colgaba de su pecho como símbolo de la «moral». En los pies, unos zapatos de tacón bajo gastados, de color negro ya grisáceo, típicos de alguien que quería parecer elegante, pero que no se había cambiado los zapatos viejos en mucho tiempo.

Entrecerré los ojos y señalé con el pulgar en mi dirección.

— ¿Me está hablando a mí?

Ella se rió, un sonido seco e irónico, y miró a su alrededor. La gente nos observaba incrédula. Al mismo tiempo que quería estrangular a la mujer, quería cavar un agujero en el suelo y desaparecer.

— ¿Y a quién más podría estar dirigiéndome? —Me miró con malicia—. Fingías ser una buena chica, pero engañaste a toda la ciudad. No eras más que una mujer despechada y disimulada que se involucró con un hombre con edad para ser tu abuelo por su fortuna.

Fue como una puñalada por la espalda. Me quedé sin aire. La cabeza me daba vueltas. Me ardían los ojos. Los susurros a mi alrededor se alejaron. Me apoyé en el escaparate, tratando de respirar, y me toqué el vientre, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón.

— Yo... —mi murmullo se perdió, sus palabras resonaban en mi mente.

Me apoyé en el escaparate y me toqué el vientre, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón.

— ¡Tenía que ser Carmen, la sermoneadora! —La voz furiosa de Clara cortó el aire. Cruzó la panadería a zancadas, con los ojos chispeantes—. ¡Serpiente malquerida!

— ¡Cuidado con cómo me hablas, chica! —replicó Carmen.

En un segundo, Clara tenía su brazo alrededor de mí, sosteniéndome mientras seguía peleando con la mujer.

— Tu techo es de cristal, víbora. No sé cómo no te inclinas con el tamaño de esa rama en tu cabeza.

— ¡Respétame! —La mujer levantó la barbilla.

— Respeta un carajo. ¿Quieres respeto? Respeta tú primero, moralista de fachada.

— Amiga, ya basta —le pedí en un hilo de voz, tocándole el antebrazo.

— ¡Ahora esta vieja me va a escuchar! —Clara dio un paso adelante, con una sonrisa afilada—. ¿Qué se cree? ¿Que puede ofenderte a ti y a muchas otras chicas de la ciudad sin que haya consecuencias? —Abrió mucho los ojos y mostró los dientes, en una sonrisa que daba miedo—. Pues hoy se ha encontrado con alguien que está deseando descargar el estrés de la semana.

— ¡Cuidado con lo que dices, chica! —amenazó Carmen—. Haré que mi hijo te arreste.

Clara juntó las manos en un seco aplauso, empeorando el ambiente.

— ¿Qué hijo? ¿El que sale en plena noche y todo el mundo sabe con quién?

Carmen se quedó sin aliento. En segundo plano, la gente cotilleaba.

— ¡No tienes pruebas! —replicó, pero había miedo en su mirada.

— No las necesito —Clara entrecerró los ojos, riendo, perversa—. Al igual que todo el mundo sabe la página que se le olvidó cerrar el otro día, cuando fue a la lotería.

La mujer se quedó sin aliento y, por un momento, pensé que se iba a desmayar.

—Clara... —la regañé en voz baja, dándole un codazo en las costillas.

Ella no se inmutó y desvió la mirada hacia el escaparate.

— Mira, tienen esos panecillos rellenos que te encantan. —Miró a la dependienta—. Glenda, dame doce panecillos de estos, la mitad en cada bolsa, por favor.

Todavía no podía creer lo que acababa de pasar. No vi a Carmen marcharse, pero en cuanto lo hizo, los murmullos se convirtieron en risas abiertas mientras sentía que mi palidez daba paso al aire que volvía a mis pulmones.

Clara me ayudó a recordar el pedido y luego nos dirigimos a la caja. Tenía muchas ganas de bajar la cabeza, pero recordé lo que el señor Pedro había dicho sobre afrontar las cosas con la cabeza alta. Y eso fue lo que hice.

Saqué la tarjeta de la cartera y se la entregué al dueño de la panadería.

—Débito, por favor, *señor* Jurandir.

— Claro, chica. — Tecleó el importe en la máquina y me miró mientras acercaba la tarjeta—. No le hagas caso a Carmen, nadie piensa esas cosas de ti.

— Sí, Elis... Todos te conocen desde pequeña, sabemos que nunca harías algo así. Y mucho menos el señor Benvenutti —dijo una de las clientas.

Después del pitido de la máquina que indicaba que la compra había concluido, cogí mis bolsas y los miré.

— Solo mi conciencia me basta, y está tranquila. Buenas noches.

Salí de la panadería sintiendo el cuerpo tembloroso. A mi lado, Clara me observaba atenta:

— ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

— Gracias por lo que hiciste ahí dentro. Me quedé paralizada.

Ella juntó sus bolsas en una mano y me abrazó con la otra.

— ¡Claro! Las amigas están para eso. — Se apartó, buscando mi mirada. — ¿Y qué clase de madrina sería si no defendiera a mi ahijado?

— O ahijada... —le respondí, y ella puso una cara graciosa.

— Puede ser, pero sigo apostando a que será un niño. —Sonrió—. ¿Estás bien para conducir? Puedo dejarte en casa y seguir yo sola.

Chasqueé la lengua.

— Ni hablar. Estamos bien —me pasé la mano por el vientre. Después de guardar las cosas en el asiento trasero, ajusté el cinturón para que no me apretara el vientre y encendí el coche, acordándome de algo. — ¿Qué se olvidó de cerrar Carmen-sermón antes de ir a la lotería?

Clara se mordió la boca.

— La página de la bergamota prohibida —dijo, conteniendo las ganas de reír.

Necesité un segundo para entender lo que eso significaba. Solo entonces se permitió reír y compartimos carcajadas incontroladas hasta quedarnos sin aliento.

— ¿Cómo sabes eso?

— La chica de la lotería es amiga de mi prima. Y me dijo que se llevó un buen susto cuando cogió el móvil de Carmen-sermón para ayudarla a pagar una factura y encontró a una mujer con dos hombres en la lista de contactos recientemente cerrados.

***

Todavía en la cama, estiré los brazos y las piernas, bostezando. Ni siquiera podía creer que hubiera llegado el sábado. Me senté en el borde del colchón, con los pies en el suelo, miré mi barriga y sonreí acariciando la piel redondeada, satisfecha con lo mucho que crecía cada día.

— Buenos días, mamá —dije con voz infantil, llena de cariño —. ¿Has dormido bien, mi amor? Tenemos que levantarnos, hoy es el día de comprarte ropa.

Un ligero temblor amplió la sonrisa en mi rostro. De alguna manera, sabía que, además de reconocerme, el bebé ya entendía cuándo era hora de levantarme y acostarme. Durante el día,

alternaba movimientos con momentos de tranquilidad. Cuando llegaba a casa y me sentaba en el sofá, conversando con la familia, se movía mucho y seguía así hasta la hora en que finalmente me dormía.

—Mamá está deseando cogerte en brazos y llenarte de besos —continué en el mismo tono, poniéndome de pie.

Tiré de la manta y empecé a doblarla para dejar la cama lista. Entonces, la tela negra que conocía bien rodó sobre el colchón. Dudé un segundo y luego la cogí con cuidado, como si estuviera ardiendo. Tragué saliva antes de acercarla a la nariz e inspirar profundamente.

Ya no tenía el olor que tanto me gustaba. Ahora, la sudadera era lo único que me quedaba para recordar al padre de mi bebé. Poco a poco, había conseguido librarme de ese hábito, pero en los momentos en que bajaba la guardia y las emociones se apoderaban de mí, me veía sedienta de ese consuelo, jurando que sería la última vez.

Nunca lo era.

Anoche, en la oscuridad de mi habitación, los recuerdos de lo ocurrido en la panadería pasaban como una película por mi mente, aprovechándose de la vulnerabilidad de mis hormonas y de la situación en la que me encontraba.

Me recriminaba, pero no podía parar. La fragilidad solía aparecer cuando estaba a punto de dormir o cuando vaciaba mi mente.

A veces sentía rabia. Otras, nostalgia. Rabia por la distancia, por no tenerlo con nosotros. Nostalgia por lo que vivimos, poco, lo sé, pero lo vivimos. Recordaba su sonrisa, su tacto, su olor... La forma en que me hacía sentir la mujer más hermosa del mundo, aunque sabía que sería pasajero. Y entonces, la imagen de su novia me venía a la mente, derribando el castillo de ilusiones que había creado.

Bastaba con recordarles a los dos para sentir odio. Enrollé el abrigo de cualquier manera y lo tiré al fondo del armario. No iba a arruinar un día especial por él.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 11

LUCCA BENVENUTTI

El sol brillaba con fuerza a media mañana cuando el avión aterrizó en Caxias do Sul, el aeropuerto más cercano a la bodega. Una sonrisa se dibujó en mis labios antes de que notara el calor que abrazaba mi piel, trayéndome de vuelta la comodidad de estar en casa.

Había tomado la decisión de pasar la Navidad en Brasil hacía unos días. Desde entonces, adelanté lo que tenía que hacer en el trabajo y decidí venir por sorpresa. Mi abuelo no lo sabía. Y esperaba no tener que irme enfadado, como la última vez.

Desde la zona de desembarque, me dirigí a la empresa de alquiler de coches. Mientras la empleada terminaba los trámites, revisé los mensajes de mi móvil, solo para comprobar que todo estaba en orden con mis hoteles. Luego, tomé la carretera hacia Boa Esperança do Sul.

Entre las curvas de la sierra y el verde de la flora gaúcha, seguí sintiendo cómo me latía con fuerza el corazón en el pecho cuando los vastos viñedos que se perdían en el horizonte anunciaron que estaba llegando. Justo delante, un portal de bienvenida, sencillo pero orgulloso, con el nombre de la ciudad escrito con letras de hierro forjado, rodeado de jardineras con flores.

Estaba ansioso por volver a ver a mi abuelo, pero también tenía la expectativa de reencontrarme con Elisa y entender lo que estaba pasando, sobre todo conmigo cuando se trataba de ella. Era como si mi cuerpo intentara avisarme de que algo fuera de lo normal estaba pasando y que debía prepararme para lo inesperado.

El coche siguió por la avenida principal de la pequeña ciudad. Cualquier cambio allí se notaba. Prueba de ello era la forma en que muchos vecinos miraban el coche de lujo, con cristales tintados. Me pareció gracioso y seguí lentamente por la vía. Al ser fin de semana,

muchos niños seguían jugando en las calles, por lo que existía el riesgo de un accidente mortal.

Y así, pasé observando el movimiento. Gente charlando en la acera, otros apoyados en sus bicicletas, una carreta justo delante y las tiendas de ropa y comestibles en el famoso centro.

Fue entonces cuando reconocí las cascadas doradas que contrastaban con la luz del día.

Inconfundible.

Elisa estaba de espaldas dentro de una tienda de ropa, parecía levantar alguna prenda que no pude ver desde lejos. A su lado, una mujer de mediana edad y una señora sonreían, pareciendo estar de acuerdo con lo que ella decía.

Antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, aparqué el coche, bajé y lo rodeé a zancadas hasta llegar a la acera. Mis pies me llevaban como un imán al encontrar el polo opuesto. En mi pecho, la emoción por la felicidad de volver a verla.

—Elisa... —la llamé, lo suficientemente alto como para que ella me oyera.

Y entonces, el mundo pareció ralentizarse, como si hubiera sido arrastrado a un universo a cámara lenta.

Primero, sus hombros se tensaron, luego dudó.

La anciana le tocó el brazo y solo entonces Elisa se volvió lentamente hacia mí, con movimientos pesados, como si luchara contra algo invisible.

Mi sonrisa se abrió instintivamente al encontrar el delicado rostro que tantas veces recordé con cariño. Pero la expresión que me devolvió la mirada no era la que esperaba: los ojos azules muy abiertos, los labios ligeramente entreabiertos y el rostro tomado por el puro terror.

Mi mente se enredó, tratando de descifrar la razón. Antes de que pudiera hacerlo, mi mirada bajó lentamente por su cuerpo,

hasta fijarse en su vientre redondeado, resaltado por el vestido claro. En sus manos, una diminuta prenda de ropa de bebé.

Fue como recibir un puñetazo sin saber de dónde venía.

Di un paso atrás, con el aire atrapado en mis pulmones. El corazón me latía tan fuerte que parecía vibrar en mis oídos.

Me quedé inmóvil, con la mente confusa, como si cada pensamiento se hubiera convertido en un laberinto sin salida.

Ella tragó saliva.

Y entonces, el mundo entero desapareció, hasta que solo quedó un espacio suspendido en el que solo existíamos ella y yo.

—Hija, ¿estás bien? —La voz, que imagino que era la de su madre, resonó lejana al tocar el brazo de Elisa, pero fue suficiente para sacarme de mi burbuja—. ¿Quién es ese chico?

El gesto despertó a Elisa de su letargo. Parpadeó, dejó la tela a un lado y miró a las mujeres.

—Tenemos que irnos.

Las dos abrieron los ojos, asustadas por la reacción inesperada, al igual que la vendedora que las acompañaba.

— Cálmate, *bambina*. ¿Qué ha pasado? —preguntó la señora, mirándola a ella y luego a mí.

—Me he acordado de un archivo que tengo que enviar antes del mediodía a la universidad, abuela. Por favor, vámonos. —Había urgencia en su voz.

— Elisa, tenemos que hablar —le pedí, sintiendo el latido en mis oídos.

— No tengo nada que hablar contigo —respondió sin mirarme.

—Líli, por favor. —Le toqué el codo con la punta de los dedos, pero ella se soltó, irritada.

— ¡No me toques! —gritó. Sus ojos me fulminaban—. Y no me llames Líli.

— Elisa...

Se dio la vuelta, entrelazó su brazo con el de la anciana y la animó a caminar hasta el toldo estacionado un poco más adelante de mi coche.

Mi primer impulso fue ir tras ellas, insistir. Sin embargo, el murmullo de los comerciantes que salían de sus tiendas, junto con las miradas curiosas de las vendedoras, me detuvieron.

Las ciudades pequeñas eran una desgracia en esos momentos.

Me metí en el coche, apoyé los puños sobre el volante y respiré hondo, buscando un mínimo de racionalidad en ese momento, mientras su coche se alejaba.

¿De cuántos meses estaría? ¿Existía la posibilidad de que ese hijo fuera mío?

La posibilidad me llenó de algo que no supe explicar. ¿Esperanza?

¿Era por eso que me había buscado aquella vez? Y si era algo tan importante, ¿por qué no me devolvió la llamada cuando vio mi mensaje antes de bloquearme?

Pero, ¿y si no era eso? ¿Y si había estado con alguien desde que estuvimos juntos? Era lo más probable, ¿no? Elisa era guapa, inteligente, independiente...

Mi cabeza era un lío. Y antes de perderla de vista, encendí el coche y mantuve una distancia segura. Estaba nerviosa al volante, no quería que ese giro inesperado acabara en tragedia.

Todo en mí gritaba que aclarara esa historia, que entendiera lo que estaba pasando.

Minutos después, aparcó delante de una verja en una calle paralela, poco transitada. Las luces de su coche se apagaron, pero necesitó la ayuda de su madre para salir, lo que indicaba que estaba muy alterada.

Pisé el acelerador a fondo, a tiempo para acercarme antes de que ella pudiera entrar en la casa. Paré en medio de la calle y bajé del coche a zancadas. El corazón me latía a mil por hora.

— Elisa... —la llamé en voz alta.

— ¡Ya te he dicho que no tengo nada que hablar contigo! —gritó, luego se llevó la mano al vientre, hizo una mueca y se retorció —. ¡Ay!

En medio segundo estaba a su lado, sosteniéndola, pero ella me rechazó.

— ¡No me toques! —gruñó, pero pronto la furia fue sustituida por una mirada perdida hasta que su cuerpo se relajó.

—¡Elisa! —gritaron las dos mujeres al unísono en el instante en que la cogí en brazos.

—Mi hijo... —su voz era un suspiro desesperado, sus ojos intentaban enfocar... —no dejes que le pase nada a mi bebé...

— Tranquila, te llevaré al hospital —le aseguré, volviendo al coche.

Su madre abrió la puerta trasera y dio la vuelta corriendo, entrando y ayudando a Elisa a subir mientras yo la colocaba en el asiento trasero.

—Me va a estallar la cabeza... —murmuró, seguido de un gemido de dolor.

— Respira... llegaremos enseguida. — Cerré la puerta y volví al volante.

No había tiempo para pensar ni sentir... solo para actuar.

CAPÍTULO 12

LUCCA BENVENUTTI

Cuando llegamos al hospital de la ciudad, la madre de Elisa corrió a pedir ayuda. Abrí la puerta trasera, le toqué la cara sudorosa y la hice mirarme. Estaba débil, roja, con la mirada perdida.

— Ya hemos llegado. — Le metí las manos por debajo de la espalda y los muslos. — Solo necesito que te quedes conmigo y respires hondo, ¿vale?

— Mi bebé... —murmuró con un hilo de voz, tocándose el vientre.

—Va a estar bien. Te lo prometo...

La llevé en brazos al interior del hospital, donde un empleado acababa de coger la silla de ruedas.

—Póngala aquí, señor —le indicó, pero yo lo ignoré y seguí caminando con determinación por el pasillo.

—Necesita un médico ahora mismo. ¿En qué sala está? —Mi voz resonó con firmeza en el silencio del lugar.

De repente, se abrió una puerta y apareció una señora con bata blanca.

—¿Qué está pasando? —preguntó, identificando de inmediato a la embarazada en mis brazos.

No dudé. Fui rápidamente hacia allí, entré con Elisa en brazos y la acosté en la camilla.

—La necesita ahora —dije, con tensión palpable en mi voz. De reojo, vi a la madre y a la abuela entrar en la consulta.

— De acuerdo, vamos a evaluarla. Pero solo se permite un acompañante. Necesito que el resto salga y rellene el formulario en recepción.

— Yo me quedo —dijo la madre de Elisa.

Apreté los dientes. Por mucho que quisiera quedarme, sabía que no tenía derecho. Así que, aunque a mi pesar, ayudé a su abuela a caminar hacia el pasillo y cerré la puerta detrás de nosotros.

La anciana se sentó, retorciéndose las manos, preocupada. Por mi parte, fui al coche, cogí el bolso de Elisa y me dirigí a la recepción para rellenar el formulario, por suerte fue rápido. Al terminar, volví al pasillo, donde su abuela seguía igual, muy tensa. Incapaz de estar quieto, empecé a caminar de un lado a otro, tan nervioso que podría haber cavado un agujero en el suelo. Todo mi cuerpo estaba en alerta.

Los minutos pasaban, pero para mí parecían horas. Tenía el pecho oprimido. Quería derribar esa puerta, coger la mano de Elisa y asegurarme de que estaba bien.

Dejé de caminar y acerqué el oído a la madera, en busca de alguna señal. La doctora hablaba en voz baja, la voz de Elisa estaba amortiguada. Lo que se oía era el sonido de un aparato que imaginé que era un ecógrafo. Era fuerte, rítmico, lo que, por un instante, me hizo cerrar los ojos y pensar en el bebé.

El bebé.

Tragué saliva y volví a dar vueltas en círculos. Me sudaban las manos, respiraba aceleradamente y tenía la boca seca.

Durante esos meses lejos, no imaginé que Elisa pudiera estar embarazada, y mucho menos que me sentiría tan conmocionado al descubrirlo. Y, por más que intentara engañarme a mí mismo, la duda me consumía: ¿y si ese bebé fuera mío?

Era tan extraño pensar que nunca me había imaginado siendo padre, pero ante esa posibilidad, lo deseaba más que nada. Sin embargo, aunque todo apuntaba a que podía ser mío, en el fondo, temía que no lo fuera. Que Elisa no solo estuviera embarazada de otro, sino que además fuera feliz con él.

Un sabor amargo se extendió por mi boca, junto con la sensación de estar partido por la mitad por una cuchilla fría y

afilada. Negué con la cabeza, sin querer pensar en esa idea, porque sabía que mi deseo de ser padre de ese bebé era mucho mayor que la razón.

Elisa era la única mujer con la que me veía haciendo eso.

¿Incoherente con todos los planes que había hecho para mi vida lejos de Brasil?

Que así sea. Pero me pareció lo correcto y quería, más que nada, saber que la vida que llevaba dentro también tenía un poco de mí.

— Te vas a marear así, chico. — La voz de la anciana me sacó de mis pensamientos. Golpeó ligeramente la silla a su lado. — Siéntate aquí.

Un poco incómodo, me acerqué. Al acomodarme, separé las rodillas, incliné el torso y apoyé los codos en los muslos.

—Eres el nieto de Pedro Benvenutti, ¿verdad? —preguntó, analizándome.

—Sí —respondí, todavía tenso por la falta de noticias—. ¿Cómo se llama usted?

— Inácia —reveló, recostándose en el respaldo—. ¿Está de paso o ha vuelto definitivamente?

—He venido a pasar las fiestas de fin de año con mi abuelo — entrelacé los dedos, mirando al suelo.

Ella se quedó en silencio, como si intentara desvelar un secreto.

— ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en la ciudad? —quise saber.

La miré, pensando si ella también estaba haciendo el mismo cálculo que yo.

—En junio de este año —revelé.

Inácia me analizó, moviendo ligeramente la cabeza en un «ah» concluyente.

— ¿Era usted con quien mi nieta salía y volvía tarde, verdad? —Su tono era más una constatación que una pregunta—. Fue así durante unas semanas.

— Sí, era yo... —admití, bombardeado por flashes de mis encuentros con Elisa, de sus sonrisas, sus caricias, nuestros encuentros sexuales...

Luego, el recuerdo de la última vez, en el coche, sin condón. Mi desafortunado comentario sobre lo desafortunados que éramos. El arrepentimiento...

— ¿Sabe quién es el padre de ese bebé? —Mi voz sonó baja, casi temerosa de que la respuesta no fuera la que quería oír—.

— Elisa no se lo ha contado a nadie. Y ahora entiendo por qué... — Su tono también era bajo, pero firme.

Una pizca de esperanza me invadió, trayendo una tímida sonrisa a mis labios mientras movía ligeramente la cabeza hacia un lado al observarla.

— Este hijo es mío, ¿verdad?

Inácia se calló, pero sus ojos me respondieron. Ella también pensaba que sí.

Respiré hondo, con los pensamientos revueltos en mi mente. ¿Por qué Elisa no me lo había contado? ¿Qué habría estado pasando durante todos esos meses en silencio? ¿Lo sabía mi abuelo? Y ahora, ¿qué haría si realmente tenía un hijo al otro lado del océano?

Las preguntas seguían surgiendo en mi mente cuando se abrió la puerta y apareció Maristela, como descubrí que se llamaba la madre de Elisa. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba frente a ella.

—¿Cómo está? —pregunté, angustiado.

La mujer todavía estaba tensa, pero su expresión parecía un poco más relajada.

—Elisa tuvo un pico de presión alta— explicó, pasándose las manos por la cara.

Mis músculos se tensaron aún más. Ya había leído que la hipertensión en mujeres embarazadas podía ser peligrosa.

— ¿Hay riesgo de que evolucione a algo más grave?

Ella negó con la cabeza.

—La doctora dijo que fue un caso aislado, probablemente por estrés. Pero con medicación y reposo se le pasará.

Un largo y aliviado suspiro pareció quitarme un peso de encima. Cerré los ojos y di las gracias antes de volver a abrirlos.

— ¿Puedo verla?

Maristela suspiró y volvió a negar con la cabeza.

—Mi hija te ha pedido que te vayas. Y yo, como madre —y por su bien y el de mi nieto— también te pido que lo hagas.

Me dolió. Sin embargo, no podía correr el riesgo de empeorar el estado de salud de Elisa y del bebé.

— Está bien, pero ¿me puede dar su número de teléfono?

Ella dudó por un instante, intercambió una mirada con la madre que estaba detrás de mí y finalmente accedió, dictándome el número. Después de marcarlo, pulsé para llamar y enseguida sonó la melodía de su teléfono.

— Este es mi contacto. Llámeme si hay algún cambio o si Elisa necesita algo.

Maristela asintió en silencio. Me despedí de las dos y obligué a mis piernas a llevarme fuera del hospital. Cada paso era pesado. Cada pensamiento, una tortura.

Ahora, más que nunca, tendría que ser cauteloso en mis próximos pasos.

***

ELISA MÜLLER

—Tienes que calmarte, si no, la medicación no hará efecto —me aconsejó una enfermera después de tomarme la tensión.

Relajarme era lo único que intentaba hacer, pero me resultaba imposible cuando mi mayor temor se había hecho realidad: Lucca había vuelto.

Esperé a que se retirara antes de soltar un largo suspiro y mirar a Maristela, sentada en una incómoda silla a mi lado.

—Mamá, llévate a la abuela a casa. No puede quedarse tanto tiempo ahí fuera —le pedí, con más culpa aún sobre mis hombros.

Ella se negó, con una mirada cansada que la delataba.

— Ya sabes cómo es tu abuela, ¿no? Dijo que solo se irá si está contigo.

—Qué terca... —murmuré, encogiéndome de hombros, frustrada porque aquel prometedor sábado se había echado a perder sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Maristela también exhaló y me miró, midiendo sus palabras:

— Sé que no te gusta hablar de ello, pero ese chico es... ¿el padre de mi nieto?

El escalofrío en la espalda fue inevitable, pero aun así no pude negarlo. Un ligero movimiento de cabeza en silencio fue mi respuesta.

— ¡Dios mío! —exclamó mientras se ponía de pie y se llevaba la mano a la cabeza. A continuación, se acercó y me preguntó en un susurro: — ¿El nieto del hombre más rico de la ciudad, hija mía? Ahora sí que la gente va a hablar...

No había juicio en su tono, sino auténtico asombro.

— Él es solo el 50 % de la biología de mi bebé, mamá. Nada más que eso.

Se acercó, se aseguró de que no hubiera nadie cerca y apoyó el costado de su muslo en la cama, a mi lado.

—El chico es el padre de ese bebé, hija. Tiene derecho a saberlo —declaró, en voz baja y firme.

Cerré los ojos por un segundo, me dolía recordar aquella época. Después de respirar hondo, le conté:

— Al principio, no se lo conté a nadie, porque quería hablar primero con él. Intenté contactarlo varias veces, pero no me devolvió ni las llamadas ni los mensajes. Y un tema como este no es algo que quisiera decir por *Whatsapp.* Entonces, cuando Lucca regresó a la bodega y tuve la oportunidad de contárselo, descubrí que estaba comprometido. —Sus ojos se abrieron como platos, mostrando su sorpresa—. No sabía que tenía otra mujer cuando nos involucramos, mamá.

—Lo siento mucho, hija —dijo, lamentándose, mientras me tocaba la mano—. Podrías habérmelo contado.

No hizo falta decir nada más para que yo comprendiera que estaba recordando el pasado.

Negué con la cabeza, tocando la sábana clara.

— Solo quería olvidar y ser la mejor madre que mi hijo pudiera tener.

— Pero ahora que te ha visto embarazada, ¿qué piensas hacer?

— Seguir con mi vida —declaré.

— Pero Elisa...

— No, mamá. Lucca ha dejado claro que su lugar no está aquí y, si su prometida no ha venido con él, seguramente lo estará esperando en Italia. Así que está decidido.

Ella suspiró, prefiriendo no seguir con el tema.

Volví a acomodarme en la almohada, acariciándome la barriga y pensando en todo lo que había pasado en las últimas horas. En cómo se aceleró mi tonto corazón al oír la voz de Lucca, en el pánico que sentí mezclado con la nostalgia. En cómo, a pesar de sentir

rabia por él todos los días, aún recordaba con cariño nuestros momentos juntos.

Era tan incorrecto querer revivir eso, aun sabiendo lo mucho que me habían engañado...



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 13

LUCCA BENVENUTTI

Conduje aturdido, sin prestar atención al camino. Mi mente bullía con imágenes del impacto al ver a Elisa embarazada. Mi nostalgia dio paso a la sorpresa y al miedo de que algo le pudiera pasar a ella o al bebé.

Solo me di cuenta de que había llegado a la bodega cuando pasé por las puertas de hierro. El coche circulaba a baja velocidad y el camino me despertó recuerdos del pasado.

De mi abuelo más joven, mi padre en la mediana edad y yo de niño, montando a caballo por los campos, comiendo uvas del viñedo, haciendo travesuras, todo lleno de barro, lo que ponía los pelos de punta a mi madre y a mi abuela.

La emoción que, hasta entonces, había mantenido reprimida, solo necesitó ver la gran casa para desbordarse en forma de la primera lágrima. Una época en la que era tan feliz y no lo sabía. La familia unida, los almuerzos juntos como si todos los días fueran domingo.

Cada pedazo de tierra me trae recuerdos y nuevas preguntas sobre el futuro.

Todavía tenía que tener una conversación franca con Elisa, pero si ese hijo era mío, quería que pudiera tener al menos una parte de la infancia que yo tuve. Un padre presente, consejero, cariñoso, terco...

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, recordando con cariño al hombre que fue un gran ejemplo para mí.

Me sequé la cara y aparqué en la entrada de la mansión. Subí las escaleras sin prisa, como si cada paso despertara un recuerdo y una sensación. Al llegar al balcón, se abrió la puerta de la sala y

apareció mi abuelo, con su traje de siempre, apoyado en su bastón oscuro.

Me detuve. Se hizo el silencio. Nuestras miradas se cruzaron.

Él me analizaba de la misma manera que yo lo hacía con él. El fondo de mis ojos ardía. La emoción me invadió al recordar cómo me había ido aquella noche.

— ¿Todavía puedo entrar? —Mi voz sonó baja.

«Esta casa siempre será tuya, hijo mío», respondió él, en el mismo tono, invitándome a un abrazo.

Una vez más ese día, sintiéndome más emotivo de lo habitual, me acerqué.

Acerquéme a él y lo abracé con fuerza, tirándole el sombrero.

— Te extrañé, abuelo —murmuré, con la voz entrecortada y ahogada.

— Yo te extrañé aún más, muchacho —confesó, dándome una palmada en la espalda con la mano abierta.

Nos quedamos así un rato, reconectando como era necesario. Al separarnos, se secó la cara discretamente, lo que yo también hice al agacharme para recoger su sombrero y se lo puse al revés en la cabeza.

—Qué chico más molesto —murmuró, ajustándoselo.

La escena me hizo sonreír, sabiendo que, poco a poco, las cosas entre nosotros volverían a la normalidad.

— ¿Dónde está tu novia? —La pregunta sonó un poco dura para el ambiente hasta entonces ligero.

— Hemos roto.

Me miró, sorprendido.

— ¿Han roto? ¿Por qué? —Frunció el ceño, desconfiado—. ¿No estabas tan segura de lo que hacías? Hasta el punto de marcharte de aquí sin mirar atrás.

Apreté la mandíbula.

— Usted sabe que no me habría ido si no hubiera dicho esas cosas. — Me mantuve firme, él también. Y continué: — Tenía razón cuando dijo lo de los valores de Chiara. No fui ningún inocente al proponer ese compromiso sin sentimiento, lo sé. Pero la certeza de que estaba cometiendo una tremenda estupidez llegó cuando, al descubrir algunas mierdas que ella había hecho, no sentí nada, salvo el deseo de mantenerme alejado de ella.

—¿Y qué hizo? —¿No ocultó su curiosidad?

—Nada que le incumba.

No es que sintiera vergüenza o ira. Simplemente no sentía nada, y eso era lo más aterrador.

Mi abuelo era inteligente y no insistió. En cambio, volvió al interior de la casa.

— Me sorprendió saber que estabas en la ciudad.

— ¿Ya lo sabía?

Fui tras de usted, inspirando el aroma de la madera antigua, tan típico de allí. Y que me traía tantos recuerdos.

— ¡Bah! Todos los empleados ya se han enterado de la discusión con Elisa en la tienda del centro.

Vivir en una gran ciudad, donde la gente apenas se conocía, a veces me hacía olvidar que en una ciudad pequeña era todo lo contrario. Y que cualquier noticia se convertía en chisme.

—¿Cómo está? —Había verdadera preocupación en su tono.

— Elisa tuvo un episodio de estrés, lo que le subió la tensión. Pero creo que se pondrá bien.

Aún no podía aceptar el hecho de que su recuperación estuviera ligada a nuestra distancia.

De repente, se detuvo en medio de la sala y me miró fijamente.

— ¿Esto pasó cuando te vio?

Asentí, sintiendo el peso de su mirada desconfiada. Se quedó en silencio durante unos segundos, pensativo, hasta que preguntó:

— ¿Hay algo que tengas que decirme, chico?

Metí las manos en los bolsillos y exhalé profundamente.

— Quizás sí, abuelo. Pero primero necesito entender lo que está pasando, y te prometo que serás el primero en saberlo.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 14

ELISA MÜLLER

Cuando salí del hospital el día anterior, me encontré a mi abuelo, que casi nunca mostraba emociones, tenso, esperándome junto a mi abuela en la recepción del hospital. Probablemente había llegado después de que Lucca se marchara.

El domingo fue como cualquier otro, salvo por la atención redoblada que me prestaban mi madre y mi abuela. El tensiómetro que antes estaba en la habitación de mis abuelos ahora tenía un nuevo lugar provisional: la mesita de noche de mi cama.

Cuando por fin conseguía olvidarme de esa preocupación, la señora Inácia aparecía muy recelosa en la puerta de la habitación, queriendo saber cómo estaba. Sería una desagradecida si dijera que todo ese cariño no me hacía querer aún más a esa familia.

Era casi el final de la tarde. Estaba en la sala viendo una película con ellos cuando la voz de Clara resonó, llamándome desde la puerta. Me levanté y caminé hacia allí. Al verme, sonrió, pareciendo aliviada. Clara me había enviado un mensaje ayer, pero con el trabajo, no había podido visitarme.

—¿Cómo están? —preguntó mientras me abrazaba y luego me tocaba la barriga.

— No te preocupes, hemos vuelto a la normalidad —sonreí.

—Eso está bien... —Parecía aliviada—. ¿Vamos a dar un paseo? ¿A tomar un helado o a sentir el viento en la cara? Hoy hace un calor horrible.

Solo con pensar en una bola de helado con sabor se me hizo la boca agua.

— Vale. Solo tengo que cambiarme de ropa.

— Te espero.

Entramos en casa, ella charló un rato con mi familia mientras yo me cambiaba los pantalones cortos por un vestido lila holgado y unas sandalias cómodas. Me puse un pintalabios rosa, mi perfume habitual, me solté el pelo y cogí el bolso.

—¿Vamos? —la llamé al aparecer en la sala.

Clara se despidió, le dije que no tardaría mucho y salimos de casa caminando tranquilamente mientras ella hablaba de un cliente guapo que había visitado la bodega el día anterior. Las calles tenían poco tráfico, pero mucha gente aprovechaba el cálido atardecer para charlar, los niños corrían, algunos jugaban en bicicleta, otros con la pelota.

—¡Amiga, imagínate un frigorífico de dos puertas precioso! Medía unos dos metros, fácilmente... Pelo castaño, hombros enormes, dos grandes ojos azules que parecían devorarnos por completo —dijo, abanicándose.

—Has descrito a Henry Cavill —bromeé.

Ella se ri, haciendo una mueca.

— Claro. Henry Cavill no le llega ni a la suela de los zapatos...

Me reí, mirando a ambos lados antes de cruzar la calle de la heladería.

— ¿Y no le hiciste ninguna foto para que yo la viera? —seguí insistiendo.

— Sabes que soy profesional, ¿no? Hice mi trabajo fingiendo no estar impresionada. Pero puedes verlo en las cámaras de seguridad o, con suerte, él publicó algo y la bodega lo repitió.

Cogí el móvil para mirar, pero por desgracia no había nada. Seguimos hablando hasta que entramos en la heladería, pedimos y nos sentamos en la plaza, observando el ajetreo de la ciudad.

— La gente no deja de mirarte —comentó Clara antes de llevarse la primera cucharada de helado a la boca.

—Justo ahora que se habían olvidado de mí —refunfuñé, repitiendo su gesto.

Se calló, un silencio vacilante inusual en mi amiga. Sabía lo que se estaba preguntando.

— Puedes decirlo... —la animé.

Ella volvió la cara y me miró.

— Yo... no quiero meterme en asuntos que no me incumben, amiga.

Tomé otra porción de helado, actuando como si no me molestara. Clara no lo había dicho, pero en sus ojos se veía claramente lo mucho que quería hablar de Lucca.

—Eres la madrina de mi bebé, chica. Si hay alguien que tiene libertad para preguntarme cosas que se refieren a él, esa eres tú.

Bajó ligeramente el cucurucho de helado, desviando la mirada antes de volver a mirarme.

—Todo el mundo está hablando del regreso de Lucca y de lo que pasó entre vosotros ayer... —comenzó, sin saber cómo entrar en la pregunta que quería hacer.

—No esperaba verte aquí tan pronto, pero bueno... me equivoqué.

Volvió a tomar el helado.

— Lo vi desde lejos cuando llegó. El abrazo con *el* que Pedro lo recibió fue muy bonito. No sé qué pasó para que se pelearan y Lucca se fuera, pero ese afecto dejó claro que las cosas iban bien entre ellos.

Escuché en silencio, sin querer admitir que todavía me interesaba la vida del padre de mi bebé. Pero el contacto frecuente con mi jefe, que ahora se estaba convirtiendo en un buen amigo, me mostró lo mucho que sufría por la ausencia de su nieto.

—Me alegra saber que están bien —dije, removiendo el helado con la mente en otra parte.

— Mira, sé que debes de tener la cabeza hecha un lío. Así que no te voy a preguntar nada, ¿vale? Pero quiero que sepas que estoy aquí si quieres hablar... de cualquier cosa.

Intenté sonreír.

— Gracias, eso es importante para mí.

Me prometí a mí misma que nunca le contaría lo de la paternidad de Lucca. Así que, aunque Clara fuera una buena amiga, prefería ocultárselo.

—Cuéntame más sobre cómo fue la visita de ayer —le pedí, y ella empezó a hablar con su estilo relajado.

El tiempo pasó entre conversaciones y risas que me daban la falsa sensación de no tener un enorme elefante a mis espaldas.

— Dame tu basura, déjame tirarla, amiga —me pidió Clara cuando terminamos el helado.

Negué con la cabeza, me levanté y me puse la mano en la espalda.

— Yo lo tiro, no te preocupes. Necesito estar un rato de pie. Me está empezando a doler la espalda.

Me miró con recelo, también se levantó y me tocó la barriga, como le gustaba hacer.

— Entonces vamos juntas... La niñera no va a abusar de la mamá de este precioso bebé y dejarla hacerlo todo sola. —Puse una mueca y ella puso los ojos en blanco—. Sabes, al final ha sido bueno no haber podido comprar el ajuar ayer. Vamos a coordinar los días libres porque quiero ir contigo y llenar a este precioso bebé de regalos.

— Vas a malcriar a mi hijo —fingí quejarme.

Ella movió el hombro con desdén.

—Lo haré y no podrás hacer nada al respecto.

Me reí, fingiendo dramatizar.

—Ay, Dios mío, estoy perdida...

Ella se divirtió y caminamos hasta el contenedor de basura a pocos metros. De repente, se me erizaron los pelos de la nuca, señal de que algo no estaba bien. Miré a mi alrededor y vi una camioneta

negra pasando a baja velocidad. Tragué saliva, con el aire atrapado en los pulmones.

— ¿Estás bien, chica? — Clara miró en la misma dirección, sin entender.

— Sí... — Le di la espalda a la calle—. De hecho, se está haciendo tarde, creo que es mejor que nos vayamos.

— Tienes razón. Mañana nos levantamos temprano —asintió, saludando con la mano.

Caminamos de vuelta. Esa sensación de estar siendo observada desde la distancia me ponía nerviosa. Faltaban pocos metros para llegar a mi casa, empezaba a respirar aliviada cuando el ruido de la camioneta destruyó todo el autocontrol que había estado esforzándome por mantener.

— ¿No es el coche de Lucca? —preguntó Clara, dándose cuenta entonces de lo que me estaba poniendo tan tensa.

—Sí... —respondí en un hilo de voz, acelerando el paso.

Una lucha injusta, ya que en pocos segundos se detuvo justo delante y bajó la ventanilla.

— ¡Buenas tardes, chicas!

No respondí, seguí caminando sin mirarlo. Clara fue más educada y le devolvió el saludo.

— Elisa, ¿cómo estás? —insistió él.

— Mucho mejor contigo lejos —seguí caminando.

—¿Podemos hablar? —preguntó, con tono suave pero firme.

— No tengo nada que hablar contigo.

— Creo que sí. Y puedo ser muy persistente cuando quiero, ya lo sabes.

Clara intentaba no demostrarlo, pero, como su propio nombre indicaba, era demasiado transparente en sus emociones.

— No me iré hasta que me des la oportunidad de hablar — insistió Lucca.

— Amiga, la gente está mirando... — señaló lo obvio.

Además, otras personas empezaban a salir de sus casas para ver qué estaba pasando.

Respiré hondo, sintiendo cómo me subía la ira. Iban a hablar de todos modos, solo tenía que tener la inteligencia emocional para saber cómo sería menos peor. Y, gracias a Dios, llegué a la entrada de la puerta.

— Haz lo que quieras. Yo no voy a hablar contigo —me volví hacia Clara—. ¿Quieres entrar y esperar a que se vaya?

— Lucca no parece alguien que vaya a rendirse fácilmente — murmuró, viéndolo bajar del coche.

— Es su problema. — Abrí la puerta y entré, mirándola. — ¿Vienes o no?

— No me voy a perder este espectáculo en directo. —Mi amiga se ri y viene conmigo.

—¡Elisa! —la llamó, y yo la ignoré, cerrando la puerta con las manos temblorosas y dándole la espalda.

— ¡Vete! —Fue lo último que dije antes de entrar en la sala y desaparecer de su campo de visión.

—No te librarás de mí tan fácilmente. Y sabes que tenemos que hablar —dijo en voz alta.

En el sofá, mi abuelo frunció el ceño.

—¿Qué es este desastre en la puerta de mi casa? —preguntó, levantándose.

Cerré los ojos por un instante, dándome cuenta de que había llevado esa discusión al peor lugar posible: cerca de mi familia.

—Abuelo, no es nada —le toqué la muñeca, impidiéndole acercarse.

—¡Elisa! —exclamó Lucca, aún más alto.

— ¿Cómo que no es nada? Hay un adulto gritando en la puerta —respondió Armando, dirigiéndose al garaje y obligándome a

seguirlo, temerosa—. Esto no es un antro para gritar así, chico. Vuelve a la tuya si no quieres acabar con un ojo morado.

La sorpresa dio paso a una sonrisa casi sarcástica en el rostro de Lucca, como si la posibilidad de recibir una paliza de un anciano fuera cómica.

—Lo siento, señor. No quería estar así, pero necesito hablar con su nieta.

— ¿Y quién te crees que eres para obligarla a hacer lo que no quiere?

— Yo nunca haría eso —respondió Lucca rápidamente.

— Entonces, vuelve a tu casa —dijo mi abuelo con firmeza, acercándose a la puerta.

— Lo siento... —Lucca exhaló el aire de sus pulmones, midiendo sus palabras—. Pero necesito saber si...

Mi corazón se aceleró ante la idea de que mi abuelo descubriera quién era el padre de mi hijo de esa manera. Y antes de que Lucca terminara la frase, me adelanté:

— ¡Basta! ¡Yo iré!

— ¿Adónde vas, chica? —preguntó mi abuelo.

— A hablar con él.

— ¿En la calle? Ni hablar. Él entra, vosotros habláis aquí. Si te vuelves a encontrar mal...

— Yo la cuido —declaró Lucca con firmeza.

Asentí, con el corazón latiéndome a mil, y me acerqué para abrir la puerta.

—Estoy bien, abuelo. Tranquilo.

— Hija... —dijeron mi madre y mi abuela al unísono, preocupadas al aparecer en la puerta de la sala.

— Tranquilas. No tardaré. — Apreté los dientes, abriendo con fuerza el metal que nos separaba, y pasé junto a Lucca, que me

observaba atentamente. — Vamos, nadie más tiene por qué presenciar esta ridícula escena.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 15

ELISA MÜLLER

Dentro del coche, avanzando rápidamente por la carretera, el silencio era casi palpable, solo roto por mi respiración aún descoordinada. Estaba furiosa por cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

Además, el bebé estaba creciendo y comprimiendo mis órganos, lo que solo empeoraba el desafío que se había convertido respirar. Para colmo, el maldito olor del perfume de Lucca se deslizaba entre las ventanas cerradas, bombardeando mis recuerdos. *No puedes ser débil, Elisa.* Me obligué a recordar.

Abrí la ventana y volví la cara hacia el viento, necesitando urgentemente librarme de esa sensación claustrofóbica.

—¿Estás bien? —Su voz llenó mis oídos, poniéndome los pelos de punta.

— Estaría mucho mejor si te mantuvieras alejado y ni siquiera recordaras que existo.

Odiaba ser grosera, pero en su caso, era casi una respuesta involuntaria de mi cuerpo. Sentía tanta rabia por verme en esa situación.

— Lamento que tenga que ser así —Lucca me miró de reojo por un instante antes de volver a mirar la carretera—, pero no voy a renunciar a esta conversación.

Suspiré, ajustándome el cinturón al sentir la habitual presión indeseada en la parte baja del abdomen. Él siguió el movimiento, despertando otra oleada eléctrica, aún más fuerte, en mi columna.

— ¿Adónde me llevas? —Cambié de tema, tratando de no parecer afectada.

— A algún lugar donde podamos tener un poco de privacidad.

— ¿A la bodega de su abuelo? ¿En serio? —No pude contener la ironía.

— Sé lo que estoy haciendo. No te preocupes —mantuvo un tono bajo y firme.

Lucca tomó la carretera que yo conocía bien, la que llevaba a lo alto de las tierras de su familia. Un lugar poco transitado, sobre todo tan cerca del amanecer del domingo.

Él estaba tenso, *nosotros* lo estábamos. Y por más enfadada que estuviera con él, estar tan cerca en ese mismo coche me despertaba buenos recuerdos, de cuando era lo suficientemente ingenua como para no tener ni idea de que era la otra.

Ese pensamiento hizo evaporarse cualquier rastro de nostalgia que se resistía a abandonarme. Lucca no merecía mi compasión.

Poco después, detuvo el coche frente al mirador donde habíamos estado juntos varias veces y donde también habíamos tenido sexo en la despedida. Bajé del coche apresuradamente, sin querer contemplar el sol bajo en el horizonte, casi desapareciendo por completo. Tampoco los dolorosos recuerdos del pasado.

Me adelanté unos pasos, dando la espalda al padre de mi bebé. Como gesto de defensa, me toqué el vientre y cerré los ojos, concentrándome en el sonido del follaje para mantenerme fuerte.

— No estarías aquí si este hijo no fuera mío. —Su voz dura y herida rompió el silencio—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Apreté los párpados y me di la vuelta.

— ¿En serio, después de todo lo que has hecho, quieres empezar a reprochármelo?

Lucca cruzó los brazos y frunció el ceño.

— ¿Y qué hice exactamente?

— ¿Qué has hecho? — Solté una risa irónica mientras daba un paso hacia él—. ¿No te acuerdas? — Él siguió analizándome en silencio, y yo continué: — Empecemos por ver en mí la oportunidad

ideal para ser un perfecto canalla. La pobre tonta de pueblo y el heredero inteligente que ha viajado por el mundo.

Su mandíbula se tensó y relajó los brazos a los lados del cuerpo.

— Nunca te había visto así, Elisa.

— No intentes convencerme, ahora es demasiado tarde.

— No tengo que convencerte de nada. Tú me ocultaste un hijo —lo acusé, despertando en mí una ira inmensa.

—Y tú me engañaste —elevé el tono.

— Nunca lo hice. —Avanzó, con el sonido de la rama seca rompiéndose bajo sus pies.

—¡Mentiroso! —grité—. ¿Vas a negar que estabas comprometido?

— No, no lo niego.

Su cruda sinceridad me hizo retroceder, como si me hubiera dado un puñetazo. Jadeé. Me ardían los ojos, pero me negué a llorar delante de él. En ese momento, solo quería hacerle daño de la misma forma que él me había hecho daño a mí. Entonces, todo se apagó y una ira incontrolable me nubló la vista.

— ¡Desgraciado! —Me abalancé sobre él, golpeándole el pecho con los puños cerrados y la voz alterada—. Me convertiste en una mujer sucia, me hiciste sentir asco por mí misma...

Su imagen se difuminaba, mi voz temblaba, la rabia me consumía.

—¿Qué estás diciendo? —Me miraba atónito, como si intentara encontrar una línea de razonamiento en mis acusaciones. No paré, imprimiendo en cada golpe la rabia que sentía por todo ese tiempo. Me agarró los brazos. Sin fuerza, solo lo suficiente para intentar controlarme. —Elisa, para...

Yo me debatía, le insultaba, descargaba todo lo que había guardado desde el día en que le encontré con aquella mujer. Él me

sujetó, aunque confundido, se aseguró de que no me hiciera daño y esperó a que parara para decirme:

— Yo no era el prometido de Chiara en aquella época...

Me quedé paralizada cuando la frase resonó dentro de mí como un grito en la silenciosa madrugada.

— Pero ustedes... —mi voz falló— ¿ya tenían... una relación?

Él lo negó, bajando mis brazos con cuidado a los lados del cuerpo.

— Nunca salimos juntos ni tuvimos sentimientos afectivos. Era solo por negocios. Para ella y para mí. Y sucedió poco después de que me fuera.

Abrí la boca para intentar decir algo, pero no salió nada. Parpadeé repetidamente, incrédula, sin poder creer algo así. Y, para asegurarse, concluyó:

— Nuestro compromiso fue pura conveniencia.

—¿Ah, sí? —La pregunta se me escapó de los labios al fijarme en la forma tajante con la que se había referido a ello.

Lucca asintió, pasándose las manos por las sienes.

— Lo terminé poco antes de volver a Brasil.

Tragué saliva, sofocando esa estúpida chispa que insistía en encenderse.

— ¿Por qué? —Mi voz era como un susurro, la cabeza me daba vueltas.

— Porque no era lo que quería. Porque sentía que había algo mucho más importante que dependía de mi regreso. Y tenía razón... — La última frase sonó como una acusación velada.

Suspiré, alejándome y dándole la espalda para pensar mejor. En el horizonte, el sol ya había desaparecido y no tardaría en llegar la noche, iluminada solo por los faros de la camioneta y las luces a lo lejos.

— No respondiste a mis llamadas ni contestaste a mis mensajes. — Era mi turno de poner las cartas sobre la mesa.

El sonido de las hojas secas al romperse demostraba lo nervioso que él también estaba con esa conversación. Hubo un instante de vacilación, que él pronto rompió con una voz que parecía arrepentida.

— Pensé que... —dejó de hablar, avergonzado.

— ¿Que...?

Lucca soltó un profundo suspiro.

— Que te habías enamorado y me buscabas por eso.

Primero, abrí los ojos como platos. Segundo, tragué el bocado que tenía en la garganta. Tercero, dejé que la risa, al principio irónica, se convirtiera en una carcajada nerviosa que incluso fue bienvenida para aliviar la tensión que sentía.

Él me miraba sin entender.

—¡Qué arrogante eres! —Me recuperé, aún sin poder creerlo —. Cuando nos despedimos, te dije que no me había enamorado.

— Pero demostrabas todo lo contrario —replicó, acercándose.

Puse los ojos en blanco, todavía con una mezcla de irritación y enfado.

— No es posible que esta conversación esté sucediendo de verdad... —murmuré, atándome el pelo en un moño, molesta por los mechones que se pegaban a mi piel caliente.

Lucca siguió mis movimientos, atento. Su mirada cálida e intensa tenía el poder de ponerme los pelos de punta. ¡Maldita sea! Cerré los ojos y lo ignoré, aferrándome a lo que era importante en ese momento.

—Olvidemos el pasado. Lo que pasó, pasó —dije, sin saber muy bien hasta qué punto podría convertir eso en realidad.

Él negó con la cabeza mientras se daba la vuelta y caminaba hacia el árbol más cercano, se apoyaba en él y flexionaba la pierna

hacia atrás. Su rostro mostraba su tristeza, como si también se diera cuenta de lo mucho que nuestras vidas se habían convertido en rehenes de un gran malentendido.

—No se puede fingir que no pasó nada, Líli.

El sonido de ese apodo, ahora real, ya no solo uno de los recuerdos constantes que tenía, me golpeó de lleno, llevándome de vuelta a las tardes que pasamos juntos, muchas de ellas en ese mismo mirador, en ese coche, al atardecer. Parecía la oportunidad de revivir esos momentos, exactamente iguales, con la diferencia de que ahora tenía una gran barriga que dejaba claro *que íbamos a tener un hijo.*

—Ya te he dicho que me llames Elisa. —Mi voz sonó más firme de lo que realmente me sentía.

Lucca cruzó los brazos y levantó una ceja.

— Oblígame —me desafió.

Puse los ojos en blanco y volví al asiento del copiloto. Al darse cuenta de mi intención, se acercó a mí y se adelantó para abrir la puerta.

—¿Sientes algo? —preguntó preocupado mientras me ayudaba a subir al coche alto.

Solté un suspiro de alivio al relajar la espalda en el suave asiento.

— Estoy bien... Solo que la barriga se me está poniendo pesada.

Sus ojos se fijaron en mi vientre, donde crecía nuestro bebé, como si aún se estuviera acostumbrando a la idea de que iba a ser padre.

— ¿Puedo tocarla? —preguntó en voz baja, refiriéndose a la barriga.

Me mordí el interior de la boca, de repente más tensa por esa proximidad. Me humedecí los labios y asentí con la cabeza. Mis ojos siguieron sus movimientos como si estuvieran en cámara lenta. Dio

un paso adelante, quedando junto a la puerta. Las piernas ligeramente separadas, los pies bien firmes en el suelo, potenciando su altura y su presencia imponente. El viento trajo su perfume y me contuve para no demostrar lo bien que me sentaba ese aroma.

Sus ojos, que hasta entonces me analizaban atentamente, se desviaron hacia mi cuello y mi pecho hasta llegar a mi vientre, resaltado por el vestido claro. Su mano subió sin prisa hasta posarse en el lado izquierdo, extendiendo una ola de calor por mi cuerpo. Contuve la respiración, él también. Nuestras miradas se conectaron de nuevo.

¿Cuántas noches sufrí en silencio, en la oscuridad de mi habitación, abrazada a su vieja sudadera, por desearlo así, cerca, asumiendo el papel de padre? Se me hizo un nudo en la garganta y me ardían los ojos. De repente, el ligero temblor en mi vientre me asustó.

—¿Lo has notado? —murmuré.

Lucca me miró sin entender, negando con la cabeza. Le agarré la muñeca y le puse la mano exactamente donde se movía el bebé. Al sentirlo, una gran sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos brillaron.

— ¿Es... el bebé? —susurró, emocionado.

Asentí, él se rió como un niño con un juguete nuevo y se inclinó hacia mi vientre.

— Hola, hijo... soy tu papá.

Mi corazón latía con fuerza, las ganas de llorar me hacían morderme el labio. Lucca siguió hablando con mi vientre mientras yo cerraba los ojos e intentaba mantenerme emocionalmente distante, evitando que se diera cuenta de lo mucho que me afectaba todo aquello, sobre todo esa cercanía.

La verdad es que había estado tratando de ignorarlo, pero sus brazos eran más fuertes, lo que hacía que la camisa se ajustara a sus enormes músculos. Para empeorar mi infructuosa lucha, se había

dejado crecer la barba, lo que ahora le daba un aire más maduro, aunque su seductora sonrisa seguía siendo muy descarada.

Lucca se calló, pero no quitó la mano de mi vientre, como si necesitara eso para comprender que era realmente real. Me miraba con atención, como si estuviera entrando en un nuevo universo. Y realmente lo estaba.

Nos quedamos así, en silencio, sintiendo el momento durante un rato, tal vez pensando lo mismo: *¿cómo lo haríamos a partir de ahora?*

— ¿Ya sabes el sexo de nuestro bebé? —Su voz me hizo abrir los párpados.

Nuestro.

Durante mucho tiempo, me convencí de que era solo mío. Y ahora, era *nuestro* hijo.

— No quise saberlo —afirmé, tocando el otro lado de mi vientre.

—¿Por qué? —Se extrañó, frunciendo el ceño.

— Porque, de alguna manera, soñé con un cuento de hadas, Lucca. Y cuando la vida real no se mostró igual, quise descubrir el sexo cuando viera su carita por primera vez.

Tragó saliva con dificultad.

—Lo siento mucho —dijo en un hilo de voz—. Si pudiera volver al pasado, haría las cosas de otra manera. —Bajó la cabeza, con una expresión entre triste y rebelde—. No quería perderme ni un solo día de la vida de nuestro bebé.

Moví las yemas de los dedos, sin saber aún cómo actuar en esa nueva situación entre nosotros. De repente, pasé de sentir un odio latente hacia él a una sensación de resignación al saber que todo no había sido más que una sucesión de malentendidos.

Él puso su mano sobre las mías, acariciándome las palmas.

— A partir de ahora, quiero participar en todo, Elisa —dijo, atento a mis reacciones.

— Pero tú no vives en Brasil.

Él negó ligeramente con la cabeza, como si no hubiera margen para la discusión.

— Ya me he perdido gran parte de la llegada de mi hijo, no aceptaré perder nada más.

Asentí, poniéndome en su lugar. Y también le di mi opinión.

— No te lo impediré, pero no aceptaré que le hagas daño. Así que, si de verdad quieres estar presente en su vida, que sea de verdad. No aceptaré que solo estés presente en vacaciones o en los momentos felices.

— No lo dudes.

Su determinación era como un ataque al muro que había construido para defenderme. Si Lucca se esforzaba de verdad por ser un padre presente, sabía que mi estúpido corazón correría peligro.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 16

LUCCA BENVENUTTI

Dicen que los hombres solo se convierten en padres de verdad —los que asumen su responsabilidad, claro— cuando nace el bebé. En mi caso, parece que todo se hizo realidad cuando sentí la primera patada.

Ayer, después de dejar a Elisa en casa, aproveché para hablar con su abuelo. El señor Armando se enfureció al enterarse de la paternidad. Ni siquiera el hecho de explicarle los malentendidos de nuestra historia fue suficiente para calmar su ira. Me insultó, quiso pegarme, amenazó con matarme, pero no fue más que una reacción natural de protección hacia su nieta. Sin duda, aún le llevaría un tiempo acostumbrarse a la idea de tenerme presente como padre de su bisnieto o bisnieta.

Después, me despedí de ella y del bebé, aunque no quería irme, y me fui a casa, ansioso por contárselo a mi *nonno*. Aun así, respeté lo acordado con Elisa: daríamos la noticia juntos.

Ahora, de pie en el balcón, el frío viento de la mañana me golpeaba la cara, en contraste con el calor del chimarrão que calentaba mi cuerpo. Los efectos del *jet lag* todavía me dejaban un poco perdido en el tiempo, pero el calor —que esta vez no provenía de la bebida— llenaba mi pecho de una manera nueva, como si estuviera encontrando mi lugar.

— ¿Estás tomando chimarrão dulce, chico? ¿Qué sonrisa tan tonta es esa? — La voz de mi abuelo me hizo girarme y lo vi venir desde la sala, ligeramente inclinado mientras se apoyaba en su bastón.

— Dulce, no. Especial, sin duda —respondí, dejando a un lado la calabaza antes de acercarle una silla.

— Soy viejo, pero no estoy muerto —murmuró, negando con la mano el asiento y el mate que le ofrecí. Luego me miró fijamente

—. ¿Qué es lo que no me estás contando, chico? ¿Descubriste lo que estaba pasando y que yo sería el primero en saberlo?

— Sí. Hoy mismo lo sabrá. — Volví a mirar hacia el campo y vi que los primeros empleados llegaban a la bodega—. ¿Qué hay de nuevo por aquí?

Se acercó a la columna y apoyó el hombro en ella.

— Han pasado muchas cosas desde que te fuiste con la italiana. La principal es que pretendo cumplir lo que prometí de no dejar que nadie se haga cargo de la bodega cuando yo me vaya.

Apreté los dientes. Últimamente había estado pensando en eso, pero con el descubrimiento del embarazo, dejó de ser importante por el momento.

— Abuelo, ¿no crees que es demasiado pronto para hablar de eso?

— No. Lo he decidido y he elegido a mi sucesor.

Conociendo bien al hombre que tenía delante, no me sorprendía que lo hubiera hecho. Y fuera quien fuera, no permitiría que eso sucediera sin estar completamente seguro de su capacidad.

— ¿Lo conozco?

Él asintió. Y cuando estaba a punto de revelar quién era, el rugido del motor que se acercaba me distrajo. Bastó con identificar el toldo plateado levantando el polvo en el aire para que todo se desmoronara dentro de mí. En silencio, mi abuelo también siguió el recorrido hasta que Elisa aparcó junto a mi camioneta.

Me extrañó que hubiera venido tan pronto. Quizás la misma ansiedad que me consumía también le había robado el sueño o ya quería contárselo a mi abuelo antes de ir a la tienda, donde trabajaba.

Bajó arreglándose la blusa del uniforme específico para embarazadas, que resaltaba las curvas de su vientre. Sostenía el bolso a un lado del cuerpo como si fuera un escudo mientras caminaba decidida hacia la terraza. Sin embargo, había algo en la

tensión de sus hombros que delataba su incomodidad. Bajé las escaleras sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza en mi pecho a cada paso que daba para encontrarla a mitad de camino, de espaldas a mi abuelo.

—Buenos días, Líli. —Mi voz sonó más baja y ansiosa de lo que esperaba—. ¿Cómo está nuestro hijo?

— Buenos días, Lucca. Está bien —sonrió sin convicción, evitando mi mirada.

— Tranquila, a mi abuelo le gustará la noticia —susurré, sonriendo para tranquilizarla. Estaba seguro de que se pondría muy contento al saber que tendría herederos.

Elisa suspiró y nos dirigimos juntos al balcón.

— ¡Buenos días, Elis! ¡Hoy has llegado temprano! ¿Cómo está el niño? —La recibió con más cariño del que solía tratar a los demás empleados.

—¿Hoy? —pregunté, mirando de uno a otro. Algo no encajaba.

El segundo de silencio que siguió fue más pesado que cualquier respuesta. Entonces, él le puso la mano en el hombro y la invitó:

— Vamos a hablar dentro.

Poco después entramos en la casa, ellos delante y yo detrás, pensativo mientras caminaba hacia la oficina. Al cruzar el umbral, el olor a madera antigua me golpeó de inmediato, trayéndome recuerdos que intentaba enterrar. No había entrado allí en meses.

Lo primero que noté fue la mesa extra colocada al lado de la suya, con algunos cuadernos, un portalápices de colores, una agenda y una taza femenina. No hacía falta nada más para que las piezas encajaran en mi mente, pero el hecho de que ella hubiera colocado su bolso sobre la mesa, como si ese fuera su lugar, completó mi certeza.

Se me encogió el pecho.

— ¿Es Elisa tu elegida, abuelo? —La pregunta rompió el silencio.

Ella se tensó. Él no dudó.

— Elisa es el tipo de chica que siempre he dejado claro que aprecio: dedicada, honesta y trabajadora. Todo lo que la bodega necesita para el futuro. —Le tocó ligeramente el hombro, y el gesto me pareció una sentencia—. Así que sí. Le estoy enseñando todo lo que sé y, en mi ausencia, si tú no te encargas de la bodega, quiero que sea ella.

Entonces comprendí por qué estaba tan tensa. No era solo por la noticia de nuestro hijo...

El sabor era amargo. Una mezcla de orgullo y pérdida. Mi mirada se dirigió instintivamente a su vientre, tratando de encajar las piezas y comprender ese nuevo escenario. La duda invadió mi mente sin pedir permiso: *¿La dulce, sincera e ingenua Elisa que conocí y con la que viví momentos tan especiales habría sido capaz de hacer todo eso a propósito?*

No por el hijo, porque sabía que yo también había sido responsable de su llegada. Pero descubrir que, en mi ausencia, ella estaba a punto de hacerse cargo de la bodega, fue inesperado.

Me acerqué a la ventana, necesitando espacio para pensar. Cualquier cosa mal dicha por mi parte podría empeorar la situación. Con la mirada perdida en los viñedos, rechiné los dientes, incapaz de creerlo.

¡No! Elisa no era así.

Ya había aceptado a ese bebé. Nunca me había visto como padre, pero de repente, no solo lo veía, sino que ansiaba su llegada. La más mínima posibilidad de dar marcha atrás me destrozaba y me llenaba de un miedo que nunca pensé que sentiría. Cerré los ojos, tocándome las sienes mientras los recuerdos de nosotros dos me venían a la mente. De lo sincero, real... genuino que fue.

Pero antes de que pudiera ordenar mis pensamientos en una frase coherente, Elisa se detuvo a mi lado, volví la cara y ella me

miró con firmeza y el dedo en ristre.

— No te atrevas a acusarme —dijo con tono cortante—. Cuando tu abuelo se ofreció a enseñarme, tú ya estabas comprometido y yo había decidido criar a mi hijo sola.

— Elisa, cálmate —le dije, tan tranquilo como me lo permitía el momento, mientras le tocaba los brazos con cuidado—. Si te pones nerviosa, no le hará bien al bebé.

— ¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó mi abuelo, desconfiado, mientras le traía un vaso de agua.

La ayudé a sentarse en la silla más cercana y él le entregó el vaso. Después de asegurarme de que no le haría ningún daño ni a ella ni al bebé, era hora de dejar todo claro y deshacer los malentendidos.

— Abuelo, Elise y yo vamos a... —comencé a decir, pero ella levantó la mano, interrumpiéndome.

— Déjame hacerlo a mí. Yo decidí ocultárselo a todos, ahora debo contarlo —pidió.

Me callé, asintiendo y admirando su valentía.

Se volvió hacia mi abuelo, se pasó las manos por la cara y respiró hondo.

— ¿Recuerda cuando me preguntó por el padre y le dije que el bebé era solo mío? — Él asintió con la cabeza, mirándonos a mí y a ella, y Elisa continuó: — No me enorgullece contarlo, señor Pedro, pero poco antes de eso, me involucré con su nieto y... — Su voz se apagó, como si la vergüenza de decirlo en voz alta la paralizara.

—Y el niño es mío, abuelo —concluí, asumiendo la responsabilidad—. Me acabo de enterar.

Sus ojos eran como rocas, sin mostrar ninguna emoción al recorrer con la mirada a los dos. Elisa se pasó las manos por el pelo, profundamente molesta.

— Lo siento mucho, señor Pedro. No quería que fuera así. Y mucho menos que se sintiera engañado.

En ese momento, al verla tan frágil ante tantas revelaciones, comprendí lo mucho que me había dejado llevar por la conmoción. Elisa nunca sería capaz de involucrarse en una situación tan incómoda como esa por voluntad propia.

Me acerqué, preocupado, le toqué la muñeca y examiné su rostro, algo pálido.

—Lo siento —murmuré.

Ella se humedeció los labios, una lágrima gruesa le cayó por la mejilla y se la secó rápidamente, asintiendo con la cabeza. La abracé con cariño, el primer abrazo después de tanto tiempo. Lentamente, sus brazos me rodearon y su cuerpo tembló.

«Todo está bien... estamos juntos en esto», le aseguré, besándole el cabello.

Sentir nuestros cuerpos unidos de nuevo, con tanto afecto, me produjo una sensación inédita de plenitud. Por un momento, el mundo se apagó y era como si solo existiéramos nosotros dos.

El sonido del bastón golpeando el suelo de madera nos sacó de nuestra burbuja. Sin soltarla de mis brazos, me volví para mirar a mi abuelo y encontré una amplia sonrisa en su rostro rojo y arrugado.

«¡Por fin!», exclamó, sorprendiéndonos a los dos.

—¿Por fin? —preguntamos al unísono.

Se acercó, caminando con la dificultad de un anciano y la alegría de un niño.

«Ya estaba cansado de guardar este secreto», reveló, abrazándonos.

— ¿Lo sabías? —Elisa expresó en voz alta la pregunta que tenía en mi cabeza, y mi abuelo sonrió.

—Conozco a los míos, muchacha... Cuando vino de vacaciones, Lucca tenía planes de quedarse poco tiempo. Pero, de repente, se quedó, se quedó y se quedó... Se fue con esa mirada triste, sin darse cuenta de que ya estaba enamorado. Y, poco

después, apareciste embarazada sin querer decir quién era el padre. Solo tuve que unir las piezas.

Ella y yo nos miramos, incrédulos. Elisa sonrió, alejándose suavemente de mi abrazo. Extrañé su calor y cómo encajaban nuestros cuerpos.

— ¿Entonces eso significa que el viejo Pedro Benvenutti hizo todo esto a propósito? —la provoqué.

Él se encogió de hombros.

— Casi todo. Habría elegido a Elisa aunque no estuviera gestando a mi bisnieto. Pero confieso que saber que todo quedará en familia me hace más feliz.

Elisa soltó un profundo suspiro y se tocó la barriga.

— ¿Te encuentras bien? —le pregunté, preocupado.

— Tengo el cuerpo tenso —dijo mientras se recostaba y se acomodaba en el borde de la silla—. Demasiadas emociones en poco tiempo.

— ¿Te has tomado la tensión en casa? —insistí, atento al color de su rostro.

— Estaba normal. —Se llevó el vaso a los labios de nuevo.

— ¿Has comido?

Suspiró de nuevo, pasando la mano por el vientre en un gesto automático. Casi protector.

— Solo he tomado café.

— ¡Bah, chica! Entiendo que estabas nerviosa, pero no puedes dejar a mi bisnieto sin comer... — exclamó mi abuelo, que hasta entonces había estado escuchando en silencio. En un arrebato, salió por la puerta gritando a la ama de llaves. — Nora, prepara un festín para el desayuno, ¡Elisa solo se levantará después de comerlo todo!

La reacción exagerada nos arrancó una sonrisa a ella y a mí. Me acerqué a su silla, con la mirada fija en la suya, el corazón

acelerado. ¿Cómo era posible sentir por Elisa lo que nunca había sentido por otra mujer?

Ella era la única capaz de desestabilizarme, de sacarme del vacío, de hacerme desear lo que nunca imaginé.

De repente, el ambiente de la sala cambió. Ella lo sintió, tratando de contener la respiración. Quería besarla, abrazarla, sentir nuestros cuerpos conectados de nuevo, recibir la intensidad que ella me transmitía. Atrapada en esa burbuja, Elisa se humedeció los labios. Me obligué a reaccionar. Iba a ir con calma, dándonos tiempo a los dos para entender lo que nos estaba pasando.

— ¿Puedo? —Hice ademán de tocarle la barriga.

Elisa asintió, apretando el vaso con más fuerza, sin conseguir ocultar su tensión.

Me agaché a su lado y moví los dedos lentamente sobre la blusa de su uniforme. Fingí no darme cuenta cuando contuvo la respiración, al igual que yo, recordando las veces que la desnudé.

Era una mierda no tener aún la intimidad que quería —y que necesitaría (re)conquistar— para cuidar de Elisa y de mi hijo como se merecían y como yo deseaba.

Levanté lentamente la tela de su blusa hasta dejar al descubierto su vientre y toqué su piel clara, casi lechosa. Mis movimientos eran tranquilos, a diferencia de la mirada brillante con la que ella me observaba. Al sentir el calor de mis dedos, se contrajo y el bebé dio una patada, arrancándonos una sonrisa a ambos.

«Con esa fuerza, va a ser un niño», dije, todavía un poco aturdido por sentir una vez más a mi hijo.

—Todo el mundo está apostando por un niño —respondió, con la misma expresión que yo.

— ¿Tú qué crees?

— ¿En serio? Quería una niña, pero creo que será un niño muy activo —dijo acariciando el otro lado.

Me quedé en silencio un rato, simplemente sintiendo el momento y observando la escena.

«Nunca pensé que volver a Brasil significaría vivir este momento», le confié con el corazón en la mano.

Elisa me miró fijamente, como si ponderara las palabras.

—Aunque no lo admita, siempre he soñado con vivir momentos como este... El bebé merece tener a su padre presente.

— Y tú mereces tener a alguien a tu lado que te ayude a pasar por esto.

Mis palabras la paralizaron.

— No quiero precipitarme, Lucca. Por ahora, solo serás el padre de mi bebé.

— Por ahora... — Dejé claro que no iba a rendirme y cambié de tema: — ¿Ya has pensado en los nombres?

— Tengo algunas ideas —respondió ella, entendiendo mi estrategia, pero prefirió fingir que no.

Y como si supiera el momento perfecto para regresar, el sonido de la bastón al acercarse anunció la llegada de mi abuelo, que se detuvo en la puerta al vernos.

— Vengan, la mesa está lista. Me alegro de que se estén llevando bien, porque irán juntos al evento de entrega de premios, en representación de la bodega.

Me levanté, frunciendo el ceño mientras ayudaba a Elisa a ponerse de pie.

— ¿Cómo que vamos juntos? Ya habíamos confirmado su presencia, *señor* Pedro —preguntó ella.

— Ya he ido a muchos. Ha llegado el momento de que la nueva generación de la bodega ocupe mi lugar.

Nuestras miradas se cruzaron mientras ella se dirigía a la puerta. Él parpadeó y se encogió de hombros al darse cuenta de que yo sabía lo que estaba haciendo.

—Viejo tramposo[8] ... —le provoqué y él se rió.

— Solo estoy asegurando el futuro de esta familia...

El desayuno fue ligero, poco a poco Elisa se fue relajando y comiendo bien. Me quedé con ellos un rato más, observando desde lejos la forma entusiasta en que mi abuelo le enseñaba cosas prácticas como la planificación de la cosecha y la proyección financiera. Elisa era aplicada, inteligente y aportaba comentarios relevantes.

Tenían una conexión bonita de ver, como si fueran nieta y abuelo. Y tenía que reconocer que ella parecía ser una buena opción para gestionar la bodega.

En esa escena, vi a mi padre, a mí mismo y, ahora, a mi hijo. Todavía no podía verme dirigiendo la bodega, no cuando todo lo que representaba era la pérdida, la de mi padre y, por consiguiente, la de mi abuelo.

Quizás no estaba preparado para eso, para la finitud de la familia que tanto amaba. Paradójicamente, saber que un hijo estaba en camino y que Elisa podría ser una excelente administradora me trajo una sensación nueva: la de que, tal vez, volver a mis orígenes no significaba anular un pasado feliz, sino darle un nuevo comienzo.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 17

ELISA MÜLLER

— ¿Estás segura de que está bien? —pregunté, un poco insegura, alejándome de la cámara para que Clara viera todo el resultado.

Me estaba arreglando en la habitación del hotel en Caxias do Sul, donde se celebraría la entrega de premios a los mejores vinos de la región. Ella estaba en casa, dándome opiniones y consejos a distancia.

Había elegido un vestido de fiesta negro, largo, de tela fluida, con escote hombro a hombro y que resaltaba mi barriga. En el pelo, un peinado hacia arriba, dejando algunos mechones a los lados de la cara. Un maquillaje cuidado, pero ligero. Para terminar, unos tacones medios y cómodos.

— ¡Amiga, estás increíble! Ese vestido te queda perfecto y estoy segura de que a Lucca le va a encantar.

—Ahora no quiero ni pensar en él... —comenté, dirigiéndome a la cama para buscar mi perfume en la maleta antes de volver al tocador y coger el móvil.

Lo último que necesitaba era ponerme aún más nerviosa.

— Ajá... ya sé. — Al fondo, ella atravesaba la sala de su casa y se sentaba en el sofá. *— Quien vea esta carita, ni se imagina que ha conquistado al apuesto heredero de la bodega.*

—¡Chica! —la regañé, sintiendo cómo se me calentaba la cara.

Ella se echó a reír.

— Chica, digo yo... Luego enséñame la táctica, a ver si consigo ligarme a algún guapo de las bodegas vecinas —se burló, divirtiéndose a mi costa.

Como había sido desde el principio, Clara se mostró comprensiva al descubrir lo de Lucca. Me acogió, me respetó, pero no perdía la oportunidad de hacer bromas de vez en cuando.

El sonido de los golpes en la puerta resonó, interrumpiendo nuestra conversación.

— Ha llegado. Tengo que irme —avisé.

Nos despedimos. Me rocié perfume detrás de las orejas, en el cuello, en el escote, entre los pechos y en el vestido. Luego cogí el bolso, me dirigí a la puerta y respiré hondo antes de abrirla.

Contuve el aliento al ver lo perfecto que estaba Lucca. Llevaba un esmoquin elegante que resaltaba aún más la imponencia de sus hombros y brazos anchos. Su cabello, mojado y peinado hacia atrás, resaltaba la intensidad de sus ojos marrones claros. ¡Guapo! Y extremadamente fragante.

Al verme, esbozó una amplia sonrisa que me hizo flaquear las piernas.

— ¡Estás deslumbrante! —me elogió, mostrando un ramo de rosas rojas que llevaba a la espalda.

Mis ojos siguieron las flores a cámara lenta, como si el mundo se estuviera ralentizando y solo quedáramos él y yo. Lo cogí, levanté la mirada y encontré la suya, mirándome con devoción.

Contrólate, Elisa. Mi mente me lo recordó y me obligué a salir de ese momento.

— Gracias. Son preciosas. — Aspiré profundamente el aroma de las rosas, fingiendo referirme solo a su olor, cuando en realidad era su perfume el que embriagaba mis sentidos. — Solo un segundo —pedí, volviendo a la habitación y dejando el ramo sobre el sillón—. Cuando volvamos, las pondré en agua.

Él asintió, tocándome la espalda mientras nos dirigíamos al ascensor, que no tardó en llegar al piso.

Lucca estaba tranquilo, con expresión segura, tal y como lo recordaba de las veces que habíamos salido juntos. Por mi parte, yo estaba tensa, tocando el bolso de asa fina como si fuera un escudo capaz de protegerme de él y, sobre todo, de mí misma.

—¿Lista para ser presentada como la futura gerente de Benvenutti? —me susurró al oído, lo que me puso aún más tensa.

— No. Es la primera vez que participo en un evento así, y más aún con una responsabilidad como esta —respondí con sinceridad.

Lucca me tocó la mano libre, con la punta de los dedos, en un gesto cariñoso y sin pretensiones que me hizo estremecer y se extendió hasta la nuca.

— No te preocupes —me aconsejó, arreglándome un pequeño pliegue en la manga estructurada de mi vestido. Nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir su aliento mentolado contra mi cara—. Solo sé tú misma y prepárate para los flashes.

Tragué saliva y, cuando abrí la boca para responder, las puertas del ascensor se abrieron en el concurrido vestíbulo. Le di las gracias mentalmente, era una lucha inútil intentar resistirse a su encanto.

—¿Lista? —Me ofreció el brazo.

Asentí, aceptando su compañía. Juntos, cruzamos el campo iluminado que conducía al salón. De fondo, resonaban versiones clásicas de canciones de la región. Entre sonrisas ensayadas y vestidos de gala, autoridades, productores, *sumilleres,* enólogos e inversores circulaban o conversaban con la prensa local. Algunos posaban para los flashes en la alfombra roja, otros concedían entrevistas a la prensa local.

—¿Quieres ir allí? —preguntó Lucca, dándose cuenta de mi observación.

— ¡Ni hablar! No tengo ningún talento para poner morritos al fotógrafo —rechacé, de buen humor, y él se rió.

— No lo necesitarías. Eres hermosa incluso cuando estás seria —me elogió, con ese tono descarado que me llenaba de recuerdos.

Mentiría si dijera que no me gustaba. Por eso fingí que la respuesta no me había afectado, pero él notó mi incomodidad y cambió de tema: — ¿Una bebida?

— Agua, por favor.

Su mirada bajó hasta mis pies, fijándose en los tacones.

— ¿Quieres sentarte? Te lo traigo.

Negué con la cabeza.

— Voy contigo.

Caminamos tranquilamente hacia el camarero encargado del carrito de bebidas no alcohólicas, que estaba parado en un rincón estratégico mientras los demás circulaban con bandejas y botellas de vino en cubiteras.

— Aquí tienes —Lucca me tendió el vaso de agua.

Le di las gracias y bebí un poco mientras lo observaba de reojo, hablando con el camarero que le servía el whisky. La elegancia con la que se comportaba, el bronceado que resaltaba su sonrisa matadora, incluso cuando no era su intención, el enorme reloj en su muñeca... Malditas hormonas del embarazo que me provocaban ese absurdo deseo de tener sexo.

— ¿Líli...? ¿Estás bien? — Su voz resonó en la distancia, sacándome del momento en que desabrochaba los botones de esa camisa y sentía el calor de su pecho desnudo.

Me aclaré la garganta, tratando de ser discreta.

— Sí... Estaba aquí pensando en lo que quiero cenar. — Solo me di cuenta de la ambigüedad de mis palabras cuando terminé de hablar, y enseguida abrí mucho los ojos. Él se dio cuenta y esbozó esa maldita sonrisa que me inundaba las bragas. ¡Mierda, Elisa! Me pasé la mano por la barriga e intenté ser convincente, añadiendo: — Este bebé me vuelve loca de hambre...

Bajó la mirada lentamente hacia donde yo me tocaba y luego la subió sin prisa, provocadoramente.

— Puedo imaginar tu... —hizo una pausa intencionada— hambre...

La incómoda conversación se interrumpió cuando vi a Marco acercándose por detrás de Lucca. Vino tan rápido y decidido que ni siquiera tuve tiempo de buscar una salida, como mucho, poner los ojos en blanco y tragarme un gruñido. Lucca pareció notar mi incomodidad, pero fue interrumpido antes de que pudiera decir algo.

— Elisa... Estás deslumbrante esta noche. — La voz del enólogo me hizo endurecerme. Antes de que pudiera reaccionar, Lucca se volvió hacia él lentamente, con los ojos duros, cargados de una ira fría y cortante.



LUCCA BENVENUTTI

— ¿Quién te ha dado esa libertad con Elisa? —Mi tono resonó grave y áspero. Los puños cerrados a los lados del cuerpo y la vena que latía en mi sien eran testigos de lo mucho que ese cumplido malicioso había bastado para hacerme hervir la sangre.

Marco abrió mucho los ojos, como si realmente esperara que yo creyera que no me había reconocido de espaldas. A continuación, esbozó una sonrisa forzada.

—Era un cumplido inocente, no sabía que ahora estaba prohibido... —se defendió.

— No te hagas el tonto, Marco. Tú sabes cuándo una mujer no está interesada.

Mi mano se deslizó hacia la cintura de Elisa. Un gesto de posesión, sí, pero qué leches, era necesario en ese momento. Ese

cabrón tenía que saber cuál era su lugar.

No era la primera vez que notaba el interés del enólogo por la madre de mi hijo, pero sí la primera en la que quería hacerle tragar saliva.

En esos pocos días, ya había observado desde lejos la forma en que él se le acercaba, forzaba acercamientos innecesarios y lo incómoda que ella se sentía con eso. Y, por mucho que me costara, dejé que ella lo resolviera sola. Pero, por desgracia para él, hoy no estaba tan solidario.

—Lucca... —susurró ella, con un hilo de voz.

— No pasa nada, girasol. — Deslicé la mano hacia su vientre redondeado mientras apartaba la mirada de ella y volvía a mirarlo a él, que me fulminaba con la mirada. Que le jodan otra vez. Ella era mía, y el bebé también. Y, dejando eso claro, continué: — Marco ya lo ha entendido y dejará de ser desagradable contigo. ¿No es así?

Él tragó saliva y se ajustó el nudo de la corbata. Entre nosotros, chispas invisibles. Finalmente, se obligó a reaccionar.

— Por supuesto... Y Elisa —la llamó mientras se preparaba para marcharse—, perdona por cualquier inconveniente.

Me llevé el vaso de whisky a los labios, satisfecho al verlo levantar la mirada hacia mí antes de dar media vuelta y alejarse. Medio segundo después, Elisa dio un paso hacia un lado, girándose para quedar frente a mí. Su cuello se sonrojó.

— ¿En serio acabas de hacer eso? —preguntó, irritada.

— ¿Defenderte de ese cabrón? —Metí la mano que tenía en su vientre en el bolsillo, echando de menos el contacto cálido y la sensación de ser una familia.

— ¡No necesito que me defiendas!

Ponerse nerviosa la hacía aún más hermosa. De repente, los celos dieron paso a la excitación de momentos antes de que el enólogo de medio peldaño nos interrumpiera.

— Claro que no... — Me llevé la copa a la boca, ocultando una sonrisa llena de intenciones.

— ¿Te estás burlando de mí? —Se llevó la mano a la cintura e inclinó suavemente la cabeza hacia un lado.

Le acaricié la barbilla con la mano, acercando nuestras caras hasta sentir su aliento rozando mi rostro.

— Nunca haría eso, girasol. — Mi pulgar se deslizó lentamente por su labio inferior, con los ojos fijos en sus voluminosos contornos. — En este preciso momento, solo puedo preguntarme si ese pintalabios rojo seguiría siendo tan resistente si quisiera quitártelo con la boca.

Ella jadeó, el brillo de sus ojos cambió de desafío a lujuria. Y entonces, como si la racionalidad la hubiera invadido, me tocó el pecho y se apartó, respirando con dificultad.

— Deberías dejar de usar ese encanto barato. Ya te he dicho que seguirás siendo solo el padre de mi hijo.

Esbocé una sonrisa.

— Ya te conquisté una vez, girasol. No dudes de mi capacidad para volver a hacerlo.

— No —respondió, menos convincente de lo que le hubiera gustado.

Aproveché la oportunidad, deslizando la punta de mi pulgar desde su hombro hasta detrás de su oreja, sintiendo cómo se le erizaba la piel involuntariamente.

—Te gusta decir que no... —susurré, haciendo una pausa estratégica, agudizando su expectativa—. Pero apuesto a que ese mismo escalofrío surge cuando recuerdas lo que soy capaz de hacer con la boca.

Estoy seguro de que sus recuerdos la llevaron a las veces que la chupé, al igual que me pasaba a mí al recordar su sabor en la punta de la lengua. Intentando contener el jadeo, dio un paso atrás y se tocó la nuca, fingiendo arreglarse el peinado, intacto.

—Será mejor que dejes de hacer eso... —murmuró en voz baja.

Bajé la mirada hacia mis zapatos lustrados mientras bebía el último sorbo de la copa. Si dependiera de mí, ese sería el comienzo de nuestra noche...



ELISA
MÜLLER

ELISA MÜLLER

La mano izquierda de Lucca descansaba firme en mi cintura mientras la derecha levantaba el trofeo a la Mejor Bodega del Año, posando para los flashes de los periodistas. A su lado, yo lo abrazaba, con la diferencia de que mi mano izquierda levantaba el premio a la Mejor Experiencia Enoturística.

Mis piernas aún temblaban, mi mente aún estaba aturdida por haber ganado dos premios. ¡Y había sido increíble!

Para recibir el primero, subimos juntos al escenario, pero él dio el discurso cuando le cedí mi lugar. La bodega era de su familia, así que no tenía sentido que yo tomara la iniciativa. Fue bonito verlo hablar con tanta elocuencia, con una elección precisa de palabras y la postura segura que un hombre en su posición debe tener.

Sin embargo, la segunda vez, Lucca simplemente se colocó a mi lado, esbozó una sonrisa segura y extendió la mano en un gesto

sutil hacia el micrófono. Y allí, ante tantas personas importantes del mercado del vino, abrí mi corazón en un emotivo discurso, dando las gracias en nombre del señor Pedro por el logro. Él, sin duda, habría hablado de los empleados, aunque sin citar nombres, y así lo hice yo, incluyéndome a mí misma y sintiéndome muy orgullosa de mi trabajo.

«Tienen una química increíble juntos», comentó una periodista. «¿Cuándo será la boda?».

La pregunta hizo que mi sonrisa se congelara. Lucca, por su parte, se sentía cómodo, tocándome la barriga y respondiendo con buen humor.

— Nuestra historia comenzó al revés. Pero algún día, si tengo suerte, conseguiré derretir ese corazón de hielo.

Los periodistas y fotógrafos se rieron, satisfechos con la respuesta. Respondí a otras preguntas, luego pedí permiso y expliqué que me iba a retirar. Me molestaba el rumbo que estaba tomando la conversación, pero además me dolían los pies, el vestido me apretaba... lo único que quería era quitarme esa ropa y acostarme.

Lucca me ofreció el brazo, pero lo rechacé, sosteniendo la copa de bronce con base de madera con una mano y el bolso con la otra, aferrándome al premio como si eso fuera capaz de mantenerme alejada del hombre que estaba volviendo a jugar con mis sentimientos.

— ¿Estás bien? —preguntó, respetando mi decisión aunque su mirada intentaba descifrarme.

— No. No estoy bien —suspiré profundamente. Lo miré fijamente y su mirada de reojo me hizo continuar: — Tienes que dejar de pensar que podemos ser pareja.

—¿Por qué? —Levantó ligeramente los hombros, despreocupado.

— ¿En serio?

Dejé de caminar y giré la cara para mirarlo.

—Sí —respondió simplemente.

Cambié el peso de una pierna a otra, con las yemas de los dedos sobre el metal frío como un recordatorio de que debía mantenerme fría y distante.

— Las cosas entre nosotros no se resolverán por arte de magia, Lucca —declaré, con tono dolido.

El músculo de su mandíbula se contrajo ligeramente y solo entonces se puso serio.

—Quizás si te permitieras relajarte, sí se resolverían.

Fue mi turno de ponerme tensa. Sin darme cuenta, solté una risa irónica.

— ¿Cuántas veces tendré que recordarte que vives en otro país? ¿Que tu vida no está aquí? Que...

— Que te escondes detrás de nuestro pasado para engañarte a ti mismo, porque no quieres convencerte de que un futuro feliz conmigo es posible —me interrumpió y la frase me dejó sin palabras por un instante.

En lugar de demostrarlo, volví a caminar, dejándolo atrás.

— No has escuchado nada de lo que te he dicho.

Me siguió en un silencio pesado durante el camino hasta el vestíbulo. Por suerte, alguien acababa de bajar a la planta baja y las puertas del ascensor aún estaban abiertas. Entré sin mirarlo, él se colocó a mi lado, pulsó el número del piso y las puertas se cerraron.

Solo estábamos nosotros dos allí, pero el espacio de repente se volvió estrecho, el aire denso, como si estuviera abarrotado. A medida que pasaban los pisos, mi cuerpo seguía rígido, los ojos fijos en nuestro reflejo en el metal de la puerta. El peso de los objetos en mis manos parecía mucho mayor de lo que realmente era.

De repente, él metió la mano libre en el bolsillo y soltó un profundo suspiro.

—He oído exactamente lo que has dicho. Y tienes razón en cada palabra. —Su tono era suave, casi como una confesión—. El

problema, Elisa, es que desde que te dije todas esas cosas, mi vida ha dado un giro inesperado. Me ha hecho enfrentarme a algunas verdades para las que aún no estaba preparado.

—¿Qué quieres decir con eso? —Solo entonces me permití girar la cara para mirarlo.

—Que cada momento que pasamos juntos me gusta más la idea de formar una familia.

Nos perdimos en la inmensidad de nuestras miradas. El marrón de sus iris brillaba con fuerza, como si tuviera una conexión directa con mi corazón. La Elisa de hace unos meses se habría quedado en las nubes con esa declaración. Pero la Elisa de hoy no se dejaba engañar tan fácilmente.

Agradecí mentalmente cuando las puertas se abrieron en mi piso, rompiendo nuestra conexión. Exhalé el aire de mis pulmones, salí del ascensor y cogí la llave de acceso a la habitación de mi pequeño bolso. Lucca me miraba en silencio, con la mandíbula apretada.

—Buenas noches —dije en cuanto se abrió la puerta.

Tardó medio segundo en responder, como si estuviera pensando en alguna salida, y casi le di las gracias cuando solo dijo:

—Buenas noches.

Empujé la puerta y, cuando me dispuse a cerrarla, su voz me detuvo.

— Elisa... — Levanté la vista y lo encontré con una expresión indescifrable, señalando ligeramente su vientre. — Cuídate y, si necesitas algo, llámame.

Asentí y cerré la puerta, sintiendo cómo me latía el corazón en los oídos. La respiración irregular. El fondo de los ojos ardiendo.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 18

ELISA MÜLLER

Obligué a mi cuerpo a ir al baño. Me quité la ropa y el maquillaje, y luego dejé que el agua caliente relajara mis músculos sin poder olvidar esos ojos penetrantes. Al salir del baño, me puse una camisola holgada y me metí bajo las sábanas. Dejaría las flores para cuando me despertara.

Era casi medianoche, pero mi cabeza seguía a mil. Sus palabras sobre ser una familia se repetían en *bucle* en mi mente. Solo yo sabía cuántas noches había pasado dando vueltas en esa cama, abrazada a su sudadera, sintiendo su olor e imaginando cómo sería criar a nuestro hijo como pareja.

Y ahora, con esa posibilidad tan cerca, tenía miedo. Miedo de que me engañaran una vez más, aunque la primera vez hubiera sido un malentendido. Pero me aterrorizaba pensar que podría pasar por todo eso otra vez. La sensación de verlo irse y volver con otra, de sentirme abandonada, de volver a ser el tema de conversación en la ciudad cuando las cosas empezaban a calmarse.

Cogí el móvil para intentar distraerme, fracasando estrepitosamente al recibir las fotos que Clara ya había encontrado en Internet. Él y yo sonriendo felices, intercambiando miradas como durante toda la noche, con los premios en las manos, mi gran barriga sonando como la esperanza de un futuro entre nosotros... Un futuro que me daba miedo.

Entre *zooms* y delirios, pasé todas las fotos, sin darme cuenta del paso del tiempo. Cuando me di cuenta, las sábanas ya estaban arrugadas debajo de mí, la cama parecía pincharme y el sueño estaba a años luz de distancia.

01:43.

Aún no podía dormir.

Irritada por tanto intentarlo y no conseguirlo, me levanté y caminé hasta el balcón de la habitación. La fría brisa de la madrugada me recibió, pero, en lugar de calmarme, solo me puso más ansiosa al recordarme que no tenía la medicina para noches como esa: su sudadera.

«Era lo único que faltaba...», murmuré, irritada.

La sangre se agitó y, tal vez por eso, despertó al bebé, que empezó a dar patadas como diciendo: *«¡Hola, mamá! ¿Es hora de despertarse para jugar?».*

«No, mi amor... es hora de dormir». Le acaricié sobre el camisón de satén blanco, caminando de un lado a otro.

02:27.

Y yo seguía con la misma angustia. Peor aún, mi cuerpo empezaba a ponerse flojo y demasiado caliente. Lo primero que pensé fue en la preocupación por la hipertensión. Pero no había traído la medicina ni el medidor.

— ¡Mierda, Elisa! ¿Cómo has podido olvidarte el bolso sobre la cama?

Apreté los labios, pensando si llamaba o no a recepción. Recorrí la habitación con la mirada, sabiendo que no serviría de nada. El medicamento me lo había recomendado la obstetra. Sin alternativas, miré el móvil sobre las sábanas, indecisa.

Lucca me había dicho que llamara si lo necesitaba, así que...

Caminé hacia el aparato y llamé antes de pensar en lo que estaba haciendo. Contestó al segundo tono.

— ¿Líli? ¿Están bien?

Me mordí el interior de la boca, ¿cómo le diría que necesitaba olerlo para calmarme?

— ¿Elisa? ¿Estás ahí? —insistió, preocupado.

— ¿Puedes... venir aquí?

El ruido de fondo parecía el de sábanas.

— Ya voy... ¿puedes caminar hasta la puerta?

— Sí, estoy bien. Solo... — las palabras se perdieron en el aire. Ahora era demasiado tarde...

Oí ruidos detrás de él, y pasaron unos segundos hasta que dijo:

— Ya estoy.

Mi corazón latía con fuerza, las piernas me pesaban al caminar hacia allí. Y cuando la abrí, entró sin pedir permiso, analizándome, tenso.

— ¿Qué te pasa? —preguntó, con voz baja pero firme, como si intentara identificar mi problema antes de que yo lo dijera.

Respiré hondo al cerrar la puerta, sin saber qué decir para no parecer tan patética. Malditas hormonas que me estaban volviendo loca.

— No he podido dormir todavía. Empecé a sentirme mal... con calor, débil —le conté, apretando los dedos, conteniendo las ganas de llorar—. Me dio miedo que fuera la presión, pero me olvidé el medidor y la medicina en casa.

Lucca exhaló, visiblemente aliviado, y dio un paso hacia mí, aún en guardia.

— Hiciste bien en llamarme. — Apoyó el dorso de la mano en mi mejilla, luego en la cara. — Estás un poco caliente, pero necesitas acostarte, ven.

Me animó con una palmada en la espalda para que me fuera a la cama. Me tumbé bajo su atenta mirada. A continuación, presionó ligeramente con el índice y el dedo medio mi pulso y se quedó en silencio, como si estuviera contando mentalmente mis latidos. Unos segundos después, dejó mi brazo a un lado de mi cuerpo y me explicó con cuidado:

— La presión no está tan alta, pero voy a pedir un medidor en recepción para asegurarnos. Mientras tanto, es bueno hidratarse —

explicó, yendo hacia el minibar. Abrió una botella de agua y me la tendió.

La acepté y empecé a beber despacio, sin apartar la mirada de él mientras se dirigía al teléfono de la habitación, también atento a mí.

Tenía el pelo revuelto, estaba descalzo y solo llevaba unos pantalones cortos. Podría apostar que había salido tal y como se había levantado de la cama. Guapo, verdaderamente preocupado. Me perdí en la observación indecorosa, desviando completamente la atención de mí misma. Lo cual fue bueno, porque ya empezaba a sentirme más tranquila.

—Lo traerán —anunció al colgar, acercándose a mí a continuación y sentándose en el borde del colchón—. Después de despedirnos, ¿pasó algo que te alteró?

Me humedecí los labios, como si lo que pasaba entre nosotros no fuera suficiente.

— No... creo que solo fue el calor —intenté ocultarlo.

Me miró atentamente, acariciándome el vientre.

— El bebé estaba despierto hasta hace unos minutos... creo que se cansó y se durmió —le conté y él esbozó una pequeña sonrisa.

—La voz de papá lo calma... —bromeó, acariciándome de nuevo y sentí que mi corazón latía con fuerza.

El viento de la ventana trajo el perfume de su piel, actuando como un calmante y un estresante al mismo tiempo, si es que eso es posible.

Llamaron a la puerta. Lucca se levantó y volvió poco después con el aparato en la mano y me lo colocó alrededor del brazo.

— Respira hondo y piensa en algo que te calme.

Cerré los ojos e inspiré profundamente. Su olor pareció apagar la ansiedad que sentía unos minutos antes.

—Tu presión está en el límite aceptable para considerarla buena. Vamos a controlarla y, si cambia, te llevaré al hospital. ¿Te parece bien? —dijo, seguro y empático.

Asentí con la cabeza, acomodándome en la almohada.

— No sabía que tenías conocimientos médicos —alivié el ambiente.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Mi abuela era hipertensa. La ayudé a cuidarla muchas veces.

Me puse tensa, incómoda por tocar su dolor.

— Lo siento. Yo...

— No tienes por qué disculparte —sacudió ligeramente la cabeza, con la mirada perdida por un instante—. Le habría gustado saber que iba a tener un bisnieto.

Nuestras miradas se cruzaron y nos quedamos así un rato, en un silencio reconfortante, hasta que el sonido del plástico de la botella nos sacó de nuestro ensimismamiento. Lucca estaba sentado un poco incómodo en el colchón, casi resbalándose por la sábana.

—Ven, acuéstate aquí conmigo —le dije.

De repente, la idea de dormir con la nariz pegada a su pecho se convirtió en todo lo que quería.

— No hace falta, me quedaré en el sillón —negó, preparándose para levantarse.

— ¡Ni hablar! —Le puse la mano en la rodilla, impidiéndole levantarse—. Todavía queda mucho tiempo hasta que amanezca y no voy a dejarte ahí...

Levantó una ceja con desconfianza, pero no se negó.

— Dicen que es peligroso llevar la contraria a una embarazada. Y no me apetece despertarme con un orzuelo en el ojo —bromeó, y yo sonreí.

—Sabia decisión —respondí, de buen humor.

Lucca se levantó, guardó la botella y el medidor, apagó la luz —dejando solo la lámpara de mesa— y se acercó a la cama. Me hice a un lado y le dejé espacio para que se acostara. Cuando el colchón se hundió con su peso, contuve la respiración. La sensación de seguridad fue inmediata. No para protegerme de peligros externos, sino por la reconfortante certeza de que, esa noche, podía confiarle las decisiones a él. Y eso fue como quitarme un peso invisible de encima.

Para una mujer que siempre había tenido que valerse por sí misma, tener a un hombre a su lado que le permitiera relajarse era un alivio profundo y aterrador, como si entregar el control fuera, al mismo tiempo, la mayor de las debilidades y el mayor de los lujos.

Se acomodó en la almohada, frente a mí. Nuestras miradas se cruzaron. Nuestra respiración era el único sonido en la habitación. Su calor me invadió sin ningún contacto físico. Su olor me embriagó.

Su mano subió lentamente por mi brazo fuera de la manta, su pulgar se deslizó lentamente desde mis dedos hasta mi hombro, provocándome escalofríos. Desde allí, pasó por la clavícula hacia la barbilla, donde me sujetó ligeramente y mantuvo nuestras miradas fijas.

Tragué saliva. Mi mente era un torbellino. Mi cuerpo se encendió sin que yo pudiera controlarlo.

—Este es el mayor esfuerzo que he hecho sin mover ningún músculo —murmuró, con su aliento a menta y whisky rozando mi cara, embriagándome.

— ¿Estás poniendo a prueba tus propios límites ahora? — respondí en el mismo tono.

— Créeme, preferiría no estar haciéndolo —deslizó los dedos por mi mejilla hasta enredarse en el pelo cerca de la nuca.

El silencio se hizo de nuevo, ahora cálido, con las miradas conectadas. Su palma irradiaba calor desde allí a todo mi cuerpo.

Dominada por ese momento, fue mi turno de posar la mano en la línea entre los músculos salientes del pecho. Lucca siguió el

gesto, sonriendo al posar la palma sobre la mía, como si hubiera ganado un gran premio. A continuación, cerró los dedos alrededor de los míos, llevando mi mano a la boca y besándola suavemente.

Contuve la respiración.

— Durante todo este tiempo, no quería admitirlo, pero te echaba de menos —reveló, haciendo que mi corazón latiera más fuerte.

Pensé si abrirme o no, y finalmente decidí relajarme esa noche.

— Yo también lo sentí —murmuré, acariciándole la cara.

Él sonrió. Tracé con los dedos los hoyuelos que se formaban con el gesto, la curva de la nariz, los ojos, las cejas.

—Si nuestro bebé se parece a ti, me enfadaré mucho cuando él o ella empiece a llamar la atención en el colegio —murmuré, de buen humor.

Lucca se rió.

— ¿Puedo interpretar tu sincero desahogo como un cumplido?

— ¿Todavía tienes dudas? —Levanté una ceja—. ¿Te has mirado al espejo?

Él siguió con esa mirada tonta y me vi atrapada, como una hormiga hundiéndose en la miel. Incluso quería salir, pero era demasiado agradable.

— ¿Tenemos a Elisa con la guardia baja ahora? —bromeó Lucca, pasando los dedos por mi cabello.

— No debería, pero sí... Estos picos hormonales están a punto de volverme loca.

— ¿Y qué debo hacer con eso?

— Bésame.

Su sonrisa fue desapareciendo poco a poco.

— Elisa... — Se tensó ligeramente, preparándose para alejarse. — Tú misma acabas de hablar de las fluctuaciones

hormonales y...

— Sé lo que te he pedido. —Le agarré del brazo—. Solo necesito...

— ¿Necesitas?

— Sentirme mujer otra vez, apagar un poco este fuego que parece quemarme por dentro.

Tragó saliva, con los ojos brillando lascivamente. Y antes de que se levantara y se marchara, le cogí la mano y la puse sobre mi pecho. Lucca soltó un suspiro profundo, bajando lentamente la mirada hacia el contacto con mi cuerpo.

— ¿Estás segura? — El murmullo grave rasgó su garganta.

— Absolutamente —susurré—. Necesito sentir cómo es ser tuya otra vez.

Cerró los ojos, como saboreando el sonido de mis palabras. Luego los volvió a abrir y vi decisión en sus pupilas dilatadas.

— El condón está en mi habitación —maldijo.

— Bueno, quedarme embarazada otra vez me parece poco probable... — Me encogí de hombros, aunque sabía que él tenía una vida sexual muy activa. Aun así, confiaba en él.

—Estoy sano, me he hecho análisis recientemente —reveló.

— Entonces, no nos preocupemos ahora —mi voz casi sonó como una súplica.

Él esbozó una amplia sonrisa y volvió a poner su pesada mano en mi nuca, con el pulgar jugando justo debajo del lóbulo de mi oreja.

«¿Te sientes bien para sentir aún más calor y deshidratarte de placer?», el susurro obsceno me hizo jadear y cerrar los ojos.

— Me voy a poner mal si no lo tengo...

El gruñido escapó de su garganta, llenándome de promesas.

— Entonces prepárate, porque será a mi manera.

Abrí los ojos a tiempo para ver su rostro acercarse, para luego cerrarlos de nuevo. El choque de nuestros labios no fue violento, pero sí lo suficientemente intenso como para anunciar que no sería suave.

El encaje fue inmediato, como dos mitades que se reencontraban. Lucca no besaba, hacía promesas con esa boca grande que se tragaba la mía en un beso cálido, provocador y lujurioso.

Todavía estaba aturdida, dejando que mi cuerpo recordara y se acostumbrara a la sensación de tenerlo tocándome de nuevo, cuando su gran mano rodeó mi muslo, colocando mi pierna sobre la suya con un tirón cuidadoso, pero preciso. Luego nos giró, colocándome sobre él, y se sentó, dejándome montada sobre la excitación que se acumulaba debajo de mí.

Jadeé, un poco mareada, por el movimiento inesperado y, sobre todo, por el placer. Durante muchas noches me imaginé siendo suya de nuevo, pero ninguna de ellas se acercaba ni remotamente a lo placentero que estaba siendo.

Su brazo rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él. La otra mano se enredó en mi cabello, como si sintiera placer al despeinarlo. Su boca ávida cautivó la mía.

«Me gusta la pureza...», murmuró, cerrando los labios en mi barbilla, dándome tiempo para respirar.

Y cómo lo necesitaba... Por un momento, incluso había olvidado que lo necesitaba para sobrevivir. Mis manos, ligeramente temblorosas, recorrieron sus anchos hombros, con la piel en relieve por los musculosos músculos. Me retorcí, jadeando, al sentir las tiras del camisón bajando por mis hombros, su boca bajando en provocativos besos por mi cuello hasta mi pecho.

—¿Cómo es posible que se hayan vuelto aún más hermosos con el embarazo? —elogió, ronco, cerrando su enorme mano sobre mi pecho derecho.

Abrí los ojos con dificultad, mirándolo ligeramente desde arriba. Una visión deslumbrante. El rostro anguloso, contorsionado por la excitación. Lucca acercó la cara a mi pecho sin romper nuestra conexión visual y cerró los labios sobre el pezón turgente.

Gemí alto, echando la cabeza hacia atrás, cautiva de la ola eléctrica que me dominaba. El calor me entumecía, transformándose en una fina capa de sudor sobre la piel. Me contoneé más, sin preocuparme por contener mis gemidos. Si su olor dominando mi olfato y su piel contra la mía no fueran tan reales, podría pensar que estaba soñando.

Su boca jugaba con un pecho y luego con el otro, alternando con su mano en caricias suaves, otras veces más intensas. Sin dejar de estimularme arriba, su mano libre bajó bajo el montón de tela blanca atrapada bajo mi pecho, apartando las bragas hasta encontrar mi coño.

—Mojadita... —Me mordió el pezón, jugando con la punta del dedo índice, esparciendo mis fluidos. Contuve la respiración con expectación cuando introdujo el primer dedo, uniendo el segundo poco después, rechinando los dientes. —Jodidamente estrecha...

—Lucca... —gemí, moviendo las caderas, empezando a perder la cabeza.

— Eso, girasol... muévete... libera a la mujer que adora el sexo que hay en ti...

Lo hice, y él combinó movimientos lentos y profundos con embestidas aceleradas, sin dejar de chuparme los pechos. Así fue como me corrí por primera vez, entregada a esa mezcla embriagadora que me dejó deliciosamente aturdida sobre él...

— ¿Te parece bien seguir? —preguntó preocupado, dándome un momento para recuperarme.

— Te mato si paras ahora...

Fue suficiente para que me quitara la camiseta por la cabeza, me besara rítmicamente y solo entonces me tumbara sobre las

sábanas. Me quitó las bragas sin prisa y me vi desesperada por sentir su boca en mi coño.

Y él me la dio. Deslizó su lengua relajada sobre mis labios, arrancándome un casi grito mientras tiraba de la sábana con la punta de los dedos.

— No puedo controlarme —me quejé, en medio de mis devaneos.

— Entonces no te controles, girasol. Deja que todo el hotel sepa que eres mía —dijo, y volvió a chuparme con una habilidad devastadoramente placentera. Volvió a usar los dedos y, cuando me di cuenta, estaba disfrutando otra vez, tirándole del pelo y sujetándole la cabeza con los muslos.

Esperó a que me recuperara, sonriendo mientras se quitaba los calzoncillos y se arrodillaba. El pelo revuelto, la cara roja, la mirada descarada, de la misma manera que me cautivó. La polla enorme y dura, apuntando hacia arriba, hacia el ombligo. El temor de estar volviendo a meterme en el mismo lío quiso sacarme del ambiente, pero lo dejé de lado, permitiéndome tener esa noche con el único hombre que me había dado tanto placer.

— Ahora necesito comerte —gruñó, con una voz casi irreconocible.

— Entonces ven... — gemí, apoyando la mano en el colchón para inclinarme y besarlo de nuevo. Él respondió con un beso húmedo, lleno de sonrisas y lujuria.

Lucca se colocó entre mis piernas. Era la primera vez que tenía sexo estando embarazada, así que confieso que estaba un poco asustada, pero él fue paciente y un buen maestro.

— Relájate, girasol... Voy a hacer que sea inolvidable. — Me mordió el labio inferior—. Pero, si por casualidad te duele, avísame.

Asentí y él se colocó, deslizando el glande entre mis pliegues húmedos, jadeé en anticipación. Y, cuando lo puso en la entrada y pasó, sentí cada milímetro invadiéndome y arrebatándome la cordura.

— ¡Joder! Estás más estrecha que antes —gruñó, apretando los dientes.

Gruñí, esbozando una sonrisa tan pícara como la suya al sentir el encaje perfecto y la velocidad empezando a aumentar. Cuando me di cuenta, estaba agarrada a su cuello, nuestras bocas pegadas, respirando irregularmente, mis piernas alrededor de su cintura y él embistiéndome con todo.

— ¡Qué delicia, Líli! ¿Cómo es posible?

— Más, Lucca... más... —gemí en respuesta, sin saber si sería capaz de aguantar.

Él se apartó de mí y yo gemí al sentirme vacía.

— Tranquila, girasol... No ha terminado... —dijo, ayudándome a ponerme a cuatro patas, apoyando la almohada para que estuviera más cómoda.

Volvió a penetrarme, esta vez con más fuerza, facilitado por la posición. Nuestras caderas y muslos chocaban, el sonido erótico se sumaba a los que escapaban de nuestros labios. Lucca rodeó mi cabello con su mano y aceleró aún más, haciendo explotar la ola que se acumulaba en mi vientre. Grité contra la almohada, corriéndome tan fuerte que habría dejado que mi cuerpo se relajara si él no me hubiera estado sujetando.

Lucca rugió, empujando mi cuerpo contra el suyo dos veces más lentamente antes de correrse dentro de mí.

Unos segundos después, se agachó y me mordió la nalga con una risa que llenó mi pecho de algo que no supe explicar.

—Espero no haberte despertado con este terremoto, hijo — bromeó, acariciando mi vientre antes de ayudarme a acostarme sin presionar mi barriga.

— Por ahora está tranquilo... —Me reí también, acariciándolo con la respiración aún entrecortada.

Lucca me miró, todavía de pie al borde de la cama. Desnudo, con los hombros anchos y la polla medio erecta. Toda una visión

para mi pobre corazón.

— ¿Un baño? —preguntó, acariciándome el pie.

Hice una mueca divertida, sintiendo el cuerpo lánguido, pero acepté. Me sorprendió al cogerme en brazos y bañarme, dejándome, como mucho, arreglar la manta cuando volvimos a la cama.

—Estoy ansioso por descubrir el sexo... —comentó, mientras me abrazaba por detrás, algo que nunca esperé de él.

En ese instante, supe que no podía quedarme atada a un miedo que, de ahora en adelante, podría disiparse. Entonces, tomé una decisión.

«Si el bebé colabora, lo descubriremos antes de la cena de Navidad», dije, dejando la frase en el aire.

Lucca se giró, quedando frente a mí, sorprendido.

— ¿Hablas en serio?

Asentí con la cabeza, acariciándole la barba, y él sonrió.

— No podrías darme mejores noticias, girasol. —Me besó con cariño. Y al alejarse me preguntó—: Hablando de Navidad, ¿ya sabes dónde la vas a pasar?

Me perdí en la intensidad de su mirada. Todavía me resultaba extraño estar tan cerca de él.

— En mi casa, como todos los años. —Se quedó unos segundos en silencio, pensativo. Le toqué la cara—. ¿Por qué?

— ¿Qué tal si este año hacemos algo diferente? Pásalo conmigo y con mi abuelo en la bodega.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 19

LUCCA BENVENUTTI

Elisa estaba tumbada para la ecografía. Los ojos fijos en la pantalla, una sonrisa ansiosa en los labios, igual que yo. Nuestras manos unidas, las mías frías. Las suyas, cálidas y ligeramente temblorosas. Mi corazón latía tan fuerte como el sonido de los latidos que resonaban en el aparato.

Era la primera vez que escuchaba los latidos de mi hijo y veía su rostro en la ecografía. Una emoción imposible de describir.

«Esto es jodidamente increíble», murmuré con la garganta embotada.

Elisa y la doctora se rieron, entonces me di cuenta de que había pensado en voz alta.

— Lo siento —me aclaré la garganta—. No pensé que fuera a ser tan increíble...

Se rieron de nuevo, como si entendieran mi comportamiento.

«No te preocupes, papá», dijo la doctora de mediana edad, mientras seguía deslizando el aparato por el vientre prominente, tomando las medidas.

—Mira qué naricita... —murmuró Elisa, emocionada.

Las imágenes no eran nítidas, pero daba para hacerse una idea de cómo sería. Apreté un poco más su mano, compartiendo ese momento inolvidable.

—¿Hoy podemos saber el sexo, doctora? —pregunté, ansioso.

La doctora apartó rápidamente la mirada de la pantalla.

— Ya tenemos una respuesta, pero voy a dejar que lo vean... —respondió, moviendo el aparato a una parte específica del vientre.

Y entonces, de la imagen confusa para los ojos inexpertos, una escena inusual se hizo muy nítida: el cuerpecito acostado y... el

pis *volando* como un arco en la placenta, arrancándonos sonrisas y una felicidad inexplicable.

«Es un niño», murmuró Elisa, con los ojos brillantes por las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Es nuestro niño... —susurré con la voz entrecortada, el corazón acelerado al unir nuestros labios en un beso lleno de emoción. En cuestión de segundos, su sorpresa se transformó en complicidad, soltando el aire y sonriendo contra mis labios. El beso fue rápido, pero lleno de sentimientos. Cuando terminó, acerqué nuestras frentes, acaricié el lado de su mejilla y le sequé la lágrima. — No sabía que necesitaba este regalo hasta que lo tuve delante, girasol. Gracias.

Ella asintió ligeramente con la cabeza, con los ojos fijos en los míos, mientras también se secaba las lágrimas que no me había dado cuenta de que había derramado.

Aún no habíamos hablado sobre nosotros después de la noche en el hotel, pero me sentía cada vez más unido a ella y a mi hijo. Y sentía que, poco a poco, su resistencia iba disminuyendo.

Nos quedamos un rato más en la consulta. La doctora nos dio algunas indicaciones más, a las que presté mucha atención. Ya había perdido mucho en ese embarazo, no quería perder nada más. Y después de todo lo que había sentido en los últimos días, descubrí que no solo quería ser el padre de nuestro hijo.

«Estoy ansiosa por contárselo a nuestra familia», dijo Elisa cuando cerré la puerta de la consulta detrás de ella.

«Estoy seguro de que será inolvidable», coincidí, imaginándome ya la felicidad de mi abuelo al saber que su primer bisnieto sería un niño.

Antes de seguir por el pasillo, deslicé ligeramente mis dedos por su muñeca hasta que nuestros dedos se entrelazaron, como si un imán hiciera imposible la idea de no tocarnos. Era extraño, pero de alguna manera sentía la necesidad de sentir el calor de su cuerpo.

Elisa me miró, se mordió ligeramente el labio inferior, pero no se apartó. Lo cual significó mucho.

— ¿Tienes hambre? —le pregunté.

Estábamos en Bento Gonçalves, donde insistí en que se hiciera una consulta en un lugar con más recursos. Se pasó la mano por el vientre, miró hacia abajo, luego a mí, y esbozó una bonita sonrisa.

— Ahora que lo dices, me acuerdo de que solo he desayunado. Alguien aquí ya quiere almorzar...

Me sentí atrapado en esa escena. Había algo en Elisa que me conmovía profundamente. Si antes su actitud dulce, pero firme, había despertado mi interés y mi deseo, ahora, embarazada, era como si tuviera algo trascendental que me hipnotizaba.

— ¿Todo bien? —preguntó, al notar mi observación.

Asentí, guardándome lo que ella despertaba en mí. Abrí el coche y le abrí la puerta para que entrara, pensativo. Si por Chiara no sentía excitación desde hacía tiempo, con Elisa era todo lo contrario. Todo en ella me atraía, su aspecto, su personalidad, su fuerza, su voz y su olor. Ah, el olor... Ese que, en ese preciso momento, emanaba de su cabello y que yo inspiraba profundamente, de pie a su lado mientras ella se sentaba en el asiento del copiloto.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando me senté al volante y no arranqué el coche, atrapado en su mirada.

Subí la mano tranquilamente hasta su rostro, acaricié su mejilla sonrosada y, sin romper nuestro contacto visual, declaré:

— Quiero intentarlo.

—Lucca... —murmuró ella, tocando mi puño, indecisa entre retirarlo o dejarlo allí—. Estás dominado por las emociones... estás confundiendo las cosas.

Mi corazón latía aceleradamente. Por un lado, estaba tenso con toda esta novedad y el mar de emociones que ella provocaba,

pero por otro, quería vivirlas con toda intensidad. Y eso fue lo que me permití confesar:

—Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida, Elisa. Quiero ser un buen padre para nuestro hijo, un compañero a su altura. Quiero nuestra familia.

Ella parpadeó, se humedeció los labios y se quedó en silencio, como si intentara leerme.

— Odio ser repetitiva, pero fuiste tú quien dijo que tu lugar no está aquí. ¿Y qué pasará después de Año Nuevo, cuando tengas que volver a Europa?

Le acaricié la barriga con la otra mano, sintiendo cómo se movía nuestro hijo, lo que me dio aún más certeza.

— Pensaré en una solución. En los últimos meses, me había estado cuestionando el rumbo de mi vida. Era como si mi inconsciente me estuviera preparando para descubrir lo de nuestro hijo. Y ahora, con cada nuevo descubrimiento entre nosotros tres, siento que tiene aún más sentido.

Ella apartó mis manos lentamente, dejándome aprensivo.

— No me gusta la idea de comprometerme contigo solo porque estoy embarazada. Un hijo no significa que los padres tengan que ser una pareja.

— Si no se gustan, estoy de acuerdo. Pero no es nuestro caso, girassol. El orden de la vida se ha invertido para nosotros, pero poco a poco estamos descubriendo que podemos ser buenos juntos. Nos gustamos, nos llevamos bien... queremos lo mejor para nuestro hijo. ¿Por qué no podemos hacer una prueba?

Ella entrecerró los párpados.

— ¿Prueba?

Asentí, explicando:

— Dejemos que suceda, sin forzar ni resistirnos. Podemos estar juntos cuando nos apetezca, disfrutar del resto del embarazo

como los padres que nuestro hijo se merece, viajar, salir juntos... Y, si más adelante no es lo que queríamos, no pasa nada.

Elisa se mordió el labio inferior, pensativa.

— No puedo prometer que me voy a lanzar de cabeza, porque me conozco y sé que, después de todo lo que he pasado, no lo haré. Pero tampoco voy a privarme de vivir algo que puede ser bonito entre nosotros, ni privar a mi hijo de tener a su padre cerca, al menos por un tiempo.

Me tragué el sapo, entendiendo el mensaje claramente. Elisa aún no confiaba en mí. No le quitaba la razón. Y aun así, haría todo lo posible por nosotros, por nuestra familia.

Le sostuve la cara entre las manos y junté nuestras frentes.

— No te arrepentirás —le prometí, esbozando una sonrisa de confianza y uní nuestros labios. Ella dudó por un instante, con la respiración entrecortada, tensa. Pero luego se relajó hasta suspirar en mi boca, tocar mi nuca con dedos vacilantes y entregarse. Su cuerpo decía más sobre ella que las palabras que se permitía expresar. La besé con todo mi ser, con todo lo que sentía. Y, cuando nos separamos con la respiración entrecortada, sonreí. — Ya sé dónde podemos celebrar esta noticia.

— ¿Dónde? —jadeó, con una hermosa sonrisa y los ojos brillantes.

—Sorpresa...

***

Entrar de la mano con Elisa en nuestro restaurante favorito de Bento Gonçalves fue como revivir nuestro pasado, con la diferencia de que ahora, además de tener a una tercera persona con nosotros, yo veía todo de una manera diferente, más madura, por así decirlo.

Caminamos sin prisa hasta la mesa que a ella le gustaba, en la esquina, con vista a quienes entraban. Su mano estaba fría, ligeramente temblorosa, delatando lo mucho que también estaba afectada.

«Me encanta este lugar», afirmó cuando la ayudé a sentarse.

—Lo sé... —respondí acomodándome en la silla de enfrente, tocando su mano sobre la mesa—. Yo también tengo buenos recuerdos de aquí.

Elisa asintió con la cabeza, luego tomó el menú, mordiéndose ligeramente el labio mientras leía las opciones, y luego me miró.

—¿Qué vas a pedir?

Habíamos venido tantas veces a este restaurante que, por la forma en que se sonrojaba, podría apostar que estaba tratando de lidiar con esa nueva configuración entre nosotros.

— Yo me pongo en tus manos. Lo que pidas, me parece bien —respondí tranquilo.

Ella levantó la vista tímidamente y asintió, volviendo a concentrarse en la lectura. Pronto llegó el camarero, interrumpiendo el cómodo silencio para anotar nuestros pedidos.

—Dos risottos de funghi, por favor.

— De acuerdo. ¿Y para beber?

— ¿Quieres vino? —preguntó ella.

— No. Tomaré lo mismo que tú.

— Hum... —frunció los labios, pensativa—. Entonces, dos zumos de piña, por favor.

El nombre de la fruta me puso en alerta. Le toqué la mano sobre la mesa y ella me miró, sin entender.

—He leído que la piña no es buena para las embarazadas, puede estimular las contracciones antes de tiempo —le dije en voz baja, para que el camarero no nos oyera. Siempre me han parecido despreciables las personas que avergüenzan a otras delante de terceros.

— ¿En serio? —Ella reaccionó sorprendida y yo asentí con la cabeza. Se volvió de nuevo hacia el hombre—. Entonces, cancele la piña, por favor. Puede ser de naranja bien fría.

Él asintió y se alejó. Elisa se acomodó en el respaldo, sin romper nuestro contacto sobre la mesa, se alisó la barriga con la otra mano y me miró.

— ¿Cómo te enteraste de lo del piña?

— Lo leí en Internet. — Me encogí de hombros, como si no fuera gran cosa.

La revelación la sorprendió.

— ¿Lo buscaste? —Levantó una ceja.

— Quizás me haya pasado algunas noches leyendo sobre embarazadas y recién nacidos desde que descubrí que iba a ser padre.

***

De pie junto al sillón del salón, con una mano en el hombro de Elisa y la otra sosteniendo la copa de vino, observaba lo que hacía mucho tiempo no veía: la casa tan animada.

Ella posó su mano sobre la mía y levantó la mirada, encontrando la mía, cómplice. La suya, algo ansiosa por revelar la sorpresa. En el gran sofá, su madre y sus abuelos sostenían las cajitas de regalo que habíamos elegido después de salir del restaurante. En el sillón del otro lado, mi abuelo hacía lo mismo, mirándonos con recelo, pero feliz.

«Solo se pueden abrir a las tres, ¿vale?», explicó Elisa, y empezamos a contar juntos: «Uno, dos... ¡tres!».

En cuestión de segundos, la ansiedad dio paso a una alegría contagiosa. Las mujeres se reían mientras se ponían de pie, se abrazaban entre ellas y nos abrazaban a nosotros, emocionadas. Conversaciones en voz alta, gestos exagerados, risas emocionadas y mucho amor en el aire.

Típicas descendientes de italianas.

El señor Armando, por su parte, seguía mirando incrédulo la caja blanca con un vestidito y unos zapatitos azules con la

inscripción: *Abuelo, prepara el regazo. Tu bisnieto está llegando...* Al igual que mi abuelo, que se levantó con dificultad, apoyándose en su bastón, y se dirigió hacia mí.

«¡Sabía que era un niño!», exclamó, abrazándome con fuerza. «Felicidades, nieto. ¡Estoy orgulloso de ti!».

— Gracias, abuelo. Yo también lo estoy.

A continuación, abrazó a Elisa, y su familia hizo lo mismo conmigo, aunque Armando seguía desconfiado.

La cena fue un torbellino de sentimientos.

Ver la mesa llena me transportó al pasado, a mis padres y abuelos; al mismo tiempo, tener allí a la familia de Elisa y a nuestro Bernardo —nombre que elegimos juntos— en camino era como ver, por fin, la promesa del futuro que siempre había deseado, sin darme cuenta.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 20

ELISA MÜLLER

Llegó la primera semana del año nuevo y apenas había visto pasar los días debido al ajetreo de las vacaciones en la bodega.

Clara seguía encargándose de acompañar a los visitantes, pero en esa ocasión, el señor Pedro insistió en llevar al grupo numeroso y, para mi sorpresa, Lucca se había ofrecido a ir con ellos, alegando que necesitaba desempolvar sus habilidades de atención al público en la bodega.

Observé la escena sonriendo al recordar los últimos días entre nosotros, lo diferentes e inesperadamente agradables que estaban siendo.

—Estoy segura de que esa sonrisa tonta en tu cara no tiene nada que ver con Bê —dijo Clara, colocando los platos mientras yo ponía las copas en la última —de las muchas— mesas dispuestas para la degustación, tan pronto como el grupo regresara.

—Qué pesada —le respondí en voz baja, haciendo una mueca, y ella se rió.

— No eres pesada, incluso yo sonreiría así si estuviera saliendo con un chico como Lucca.

Puse los ojos en blanco dramáticamente, ella siguió riéndose, acortando la distancia entre nosotras para que las otras empleadas no nos oyeran.

—¿Cómo están? —susurró.

Dejé otra copa, vaciando la caja ligera que llevaba en la mano.

—Nos va bien, pero todavía despacio —revelé en el mismo tono.

— ¿Todavía tienes miedo?

Asentí con la cabeza, alineando el tenedor sobre la mesa.

— Algo me dice que solo estaré segura de lo que Lucca realmente quiere después de que pase esta época festiva y él vuelva a su vida.

Clara echó un vistazo al salón, comprobando que todo estuviera en orden antes de volver a mirarme.

— Siento que está realmente entregado, pero entiendo tu razonamiento. Creo que has pasado por una situación muy difícil sola, volver a confiar llevará tiempo.

— Es exactamente eso...

Pronto oímos movimiento a lo lejos, nos dispersamos y me dirigí a la entrada para recibirlos. A lo lejos, el señor Pedro sonreía, caminando lentamente con la ayuda de su bastón, mientras Lucca parecía explicarles a los clientes cómo funcionaba la bodega. Algunos llevaban cestas con racimos de uvas que ellos mismos habían cosechado, listas para ser pesadas y empaquetadas.

Al verme parada cerca de la puerta de vidrio, Lucca sonrió y me tendió la mano.

— ¿Ven a esa rubia guapa con esa barriguita? Es mi mujer, Elisa, y mi hijo, Bernardo —dijo con un acento marcado, poco habitual en él. Lo que me hizo sonreír.

A lo largo de esos días, tuve la sensación de que le gustaba formar parte del equipo de la bodega.

— Elisa es una mujer increíble, Lucca. Has elegido muy bien —dijo la señora Marta, que, al igual que su marido, el señor Alfredo Albuquerque, se habían convertido en clientes habituales de la bodega en los últimos años.

Eran importantes ganaderos de Minas Gerais y exportaban ganado a varios países. En otra visita, ella me había contado un poco sobre su pasado, en el que su padre se había opuesto a su relación y, de hecho, Alfredo había ido en busca de venganza y terminaron enamorándose. Desde entonces, me había encariñado

con ellos por su simpatía y sencillez, a pesar de ser podridos de ricos.

Me acerqué, aunque sentía la cara un poco caliente por la vergüenza.

— Tiene toda la razón, señora Marta —dijo Lucca mientras me abrazaba por detrás y apoyaba la barbilla en mi cuello. Fue rápido, pero suficiente para ponerme la piel de gallina delante de los invitados antes de apartarme.

—Estos jóvenes... —bromeó Pedro, siguiendo a la pareja y al resto del grupo al interior de la sala climatizada.

—Tienes que dejar de hacer eso. Estoy trabajando —le regañé entre dientes, dándole un ligero golpe en el hombro a Lucca, que me llevó a un punto ciego de los clientes. Me giró hacia él, pasó su mano libre por mi vientre antes de subir hasta mi cara y colocar el mechón de pelo suelto detrás de mi oreja.

— No te enfades, girasol. Es fin de año... tiempo de amor y nuevos comienzos.

— Aquí no puedo... —respondí, disfrutando —más de lo que debería— de ese cariño.

Si Lucca me rompía el corazón otra vez, no sé si podría recuperarme tan pronto. Y esa posibilidad me llenaba de miedo, aunque amaba cada segundo en sus brazos, cómo se preocupaba, cuidaba de nosotros, me proporcionaba orgasmos deliciosos y mucho más...

— ¿Sabes lo que echo de menos en la bodega? —preguntó, cambiando de tema mientras me acariciaba la barbilla sin soltarme su agradable abrazo.

— ¿De qué? —Deslicé las manos por su camisa de lino oscuro con el emblema de la bodega.

—Este es un lugar increíble, con muchas posibilidades para añadir valor. —Desvió la mirada hacia nuestro alrededor antes de volver a mirarme—. ¿Has pensado en lo solicitados que estaríamos si pudiéramos alojar a los visitantes aquí?

— ¿Cómo es eso? —Alejé ligeramente nuestros rostros, curiosa.

—Esto ya ocurre con algunas bodegas, y creo que, con mis conocimientos en hostelería y tu dominio —y el de mi abuelo, por supuesto— de los negocios de la bodega, podríamos expandirnos. Ofrecer una experiencia aún más completa y sensorial al cliente. Quizás ofrecer aquí el día de la novia e incluso la luna de miel... —explicó, entusiasmado—. Por supuesto, la idea necesita ser mejor elaborada, pero ¿te imaginas lo atractivos que seríamos?

Por primera vez, lo vi hablar de los negocios de su familia con tanto brillo en los ojos, lo que me emocionó mucho. Aunque no me hubiera gustado la idea —lo cual estaba lejos de suceder—, el solo hecho de verlo tan animado con algo que antes ni siquiera se había planteado me daba esperanzas de que las cosas realmente pudieran estar cambiando.

—¿Qué te parece? —preguntó, acariciándome la cara.

Le acaricié la barbilla, disfrutando de cómo me hacía cosquillas el vello en las manos.

— ¡Me encanta! Podemos elaborar un plan y sugerírselo a tu abuelo.

Me besó con cariño y pasión.

—Eres increíble, girasol.

Jugué con el botón de su camisa, inspirando su perfume que traía el viento.

— ¿Qué pasó con *Líli*?

— Me gusta, pero el girasol me recuerda lo importante que es para mí y lo mucho que su presencia me alegra la vida. Así que, a partir de hoy, siempre será *el girasol.*

—Qué palabrería tan descarada... —me burlé, tratando de no demostrar lo mucho que temía volver a meter la pata.

Él nos separó lo suficiente para que pudiéramos mirarnos fijamente y dijo, con seriedad:

— Tú eres la única mujer que puede decir que tiene su propio cafajeste.

No hagas eso, Lucca...

— ¿Solo mío? —Me humedecí los labios, disfrutando más de lo que debería de esa charla sin sentido.

— Único y exclusivo para ti —aseguró, con los ojos fijos en los míos.

Cuando su boca encontró la mía, relajé los hombros y me permití vivir la dulzura de ese momento, aunque moría de miedo de que todo aquello no fuera más que un bonito sueño.

El sonido de pasos amortiguados que se acercaban nos hizo detener el beso y separarnos. Pronto, la incómoda voz de Clara resonó a mis espaldas:

— Perdón por interrumpir, pareja, pero tienen que ver algo...

— ¿Qué ha pasado? —preguntamos al unísono, volviéndonos hacia ella.

Y entonces levantó el móvil con un titular que hizo que el suelo se abriera bajo mis pies.

Escándalo en la cadena hotelera Sonat: la amante quedó embarazada durante el compromiso de Lucca Benvenutti y Chiara Belini.

Fue como recibir un puñetazo y, a continuación, verme ante mi peor pesadilla: estar en el papel de amante.

Intenté respirar, pero de repente fue como si mis pulmones se hubieran convertido en piedras y mis piernas, en gelatina. Lo intenté otra vez, y otra más, y nada...

—Tranquila, Elisa. Respira. —Oí su voz en la distancia, sus brazos sujetándome, pero solo podía pensar que, con cada intento fallido, la sensación de que iba a morir se hacía más real. Para empeorar las cosas, era como tener dos martillos golpeando a cada lado de mis sienes.

—Mi cabeza... —gemí, casi sin aliento, apretándome los lados de la frente.

—Necesito que te concentres en mi voz, girasol —continuó, preocupado—. Mírame...

No podía. Todo estaba confuso, dando vueltas, el cielo en el suelo y los cultivos en las nubes.

— Elisa, amor... mírame. —Me tocó la cara con cuidado. Sus dedos fríos eran como un bote salvavidas lanzado al mar.

— Siéntala aquí —la voz, que parecía ser la de Clara, resonó en la distancia.

Sentí que mi cuerpo se inclinaba y descansaba en la silla que ella debía haber traído, pero no podía enfocar la mirada ni controlar mi respiración.

—Eso... ahora respira conmigo, así... —me pidió, arrodillado frente a mí, tratando de parecer tranquilo mientras me enseñaba a inspirar y espirar.

Con dificultad, lo hice. A medida que el aire volvía lentamente a mis pulmones, la sensación de muerte fue desapareciendo. La cabeza aún me latía. Clara me tendió un vaso de agua fría y la medicina para la hipertensión que siempre llevaba en el bolso. Tragué la pastilla y seguí bebiendo a pequeños sorbos, sintiendo cómo el agua me enfriaba por dentro mientras esperaba a que la medicina hiciera efecto.

Mirando el fondo del vaso, intentaba abstraerme del hecho de estar bajo las miradas preocupadas de ambos. Odiaba ser una carga, pero en ese momento, mi hijo era la prioridad, así que necesitaba calmarme.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Lucca, todavía agachado frente a mí. Tenía la mandíbula contraída y el rostro serio y preocupado.

—Se pasará —mi voz no fue más que un murmullo casi inaudible. Unos segundos después, ya me sentía más dueña de mí misma y volví a concentrarme en el motivo por el que me había

subido la tensión. Miré a Lucca y declaré: —Tu ex no tiene derecho a hacer eso.

Él apretó los puños y se puso de pie.

— No te preocupes, yo lo resolveré.

De reojo, vi a Clara alejarse para darnos privacidad.

— ¿Qué piensas hacer? —le pregunté, observando cómo contenía su irritación.

— Voy a volver a Europa y resolver esta mierda —gruñó entre dientes.

Bajé la mirada, dándome cuenta de que el momento que tanto temía había llegado. Volvería a su antigua vida y, sin duda, se olvidaría de lo que habíamos vivido aquí.

Decidida a no sufrir más por eso, levanté la barbilla, confirmé que ya no estaba mareada y me levanté con cuidado.

—Puedo hacerlo sola —gruñí, retirando el brazo cuando él hizo ademán de ayudarme

— Elisa...

— No, no necesito tu ayuda. — Contuve las lágrimas que se empeñaban en quemarme los ojos, dándole la espalda para alejarme —. Vuelve a tu antigua vida.

— No lo entiendes. —Me tocó el pulso sin fuerza, pero lo suficiente para hacerme detenerme y mirarlo por encima del hombro —. Ven conmigo.

— ¿Qué? —Me volví, incrédula.

— Lo has oído bien. Quiero que vengas conmigo a Europa.



LUCCA
BENVENUTTI

CAPÍTULO 21

LUCCA BENVENUTTI

Si las últimas semanas en la bodega habían sido decisivas para que decidiera cambiar lo que antes ya me molestaba, ahora, con el escándalo forjado por Chiara, había llegado el momento perfecto. Y quería que Elisa pudiera verlo de cerca.

No fue ninguna sorpresa encontrar a Chiara junto a Pietro al entrar, de la mano de Elisa, en la oficina de mis abogados en Milán. Mis antiguos aliados nos miraban con ojos afilados, con una mezcla de incredulidad y odio.

Elegante con un vestido claro bajo el abrigo abierto que dejaba a la vista, para quien quisiera verlo, el vientre de nuestro chico, Elisa transmitía seguridad y tranquilidad en su mirada, aunque su mano sudaba entre mis dedos.

—Es muy atrevido de tu parte traer a tu amante —acusó Chiara en italiano, rompiendo el denso silencio de la sala.

No se me escapó el toque de Pietro en su muñeca, una advertencia para que se contuviera.

— ¿De verdad? —respondí con una sonrisa sarcástica—. ¿Y qué te da derecho a pensar que soy tan idiota como para no darme cuenta de vuestro plan?

Ella tragó saliva, Pietro se puso tenso.

— ¿De qué estás hablando, Lucca? —él, por fin, se prestó a decir algo.

Cuando les avisé que volvería a Italia, solo les dije que nos veríamos en presencia de nuestros abogados. Por lo tanto, era natural que no supieran nada.

— Siéntate aquí, amor —le dije a Elisa, ayudándola a acomodarse en uno de los sillones, dejando la respuesta en suspenso a propósito.

Chiara siguió cada movimiento, notando el cariño y la presteza con que trataba a Elisa. Mi objetivo no era provocar, quería que la mujer a la que estaba aprendiendo a amar y la madre de mi hijo se sintieran valoradas, como siempre se merecieron y yo no pude proporcionarles en el pasado.

Sin embargo, si se daba el caso, no iba a cambiar, ya que Chiara había intentado perjudicarme. No iba a ser bueno.

Me aseguré de que Elisa estuviera sentada cómodamente, mirándolos a todos de igual a igual. Se lo debía. Le besé la mano, se la puse sobre el vientre y, solo entonces, miré a Pietro y Chiara.

—Creían que no sabía que tenían una aventura—. Mi voz sonó tranquila, aunque sentía unas ganas tremendas de darle un puñetazo en la cara al idiota—. Nunca conseguiste ocultar la mirada lasciva con la que mirabas a Chiara—. Desvié la mirada hacia la mujer que un día me pareció hermosa, pero que ahora no era más que un caparazón vacío. —Y tú intentabas convencerme de que querías invertir en nosotros, cuando lo único que siempre te importó fue *el estatus* y el dinero. —Caminé lentamente por la sala hasta detenerme cerca de ellos y esbocé una sonrisa irónica—. Pero quién soy yo para juzgar, ¿no?

Ambos me miraban atónitos.

— Lo sabías... —murmuró Chiara, sentándose en el lado opuesto y apoyando los codos en las rodillas.

— Siempre lo supe. ¿Y por qué crees que hace meses que ya no teníamos nada? Llegó un punto en el que ya no podía mirarte y... bueno, mi abuelo tenía razón al decir que no eras la mujer para mí.

Chiara se levantó de un salto, levantando el dedo índice en el aire.

— ¿Y crees que ella lo es? ¡Mira su tamaño! Enorme y...

En un segundo, acorté la distancia entre nosotros, lo suficiente para que ella sintiera mi aliento en su cara.

— Pesa bien lo que vas a decir sobre mi mujer —gruñí furioso.

Ella abrió mucho los ojos y retrocedió hasta golpearse la pierna con el sillón en el que estaba y caer de nuevo en el asiento. La sangre bullía en mis venas cuando volví a caminar por la sala, sintiendo las miradas de todos sobre mí.

Los abogados permanecían en silencio. Elisa observaba concentrada, entendiendo por el contexto lo que no podía traducir, aunque yo estuviera hablando lo más despacio posible. Tras asegurarme de que ella estaba bien, continué:

— El hecho es que ustedes quieren el *Sonat Florenza* y yo estoy dispuesto a venderlo. — El sonido de las respiraciones contenidas resonó en la oficina, incluso la de Elisa, que no esperaba mi actitud. Una casi sonrisa apareció en los labios de Pietro, a quien sentí un enorme placer en frustrar. — Pero... tengo una condición.

— ¿Condición? —repitió él y Chiara al unísono mientras ella se ponía de pie de nuevo.

Me acerqué a ellos con calma, saboreando el gusto de la desesperación.

— Quiero una rectificación pública de ambos, especialmente de ti, Chiara. Explicando toda la verdad, sobre todo, que sabías que el embarazo no había sido durante nuestra relación cuando hiciste esa repugnante declaración de novia traicionada.

Solo con recordar las barbaridades que dijo en esa entrevista exclusiva, me entraron ganas de prender fuego al medio de comunicación que publicó esa mierda sensacionalista y tendenciosa.

— No voy a hacerlo —replicó ella, asustada—. Podría destruir mi carrera.

Me encogí de hombros.

— No me importa. Piénsalo antes de manchar la imagen de una mujer y un bebé inocentes. — Volví al lado de Elisa, apoyando la mano en su hombro, disfrutando de cómo ella posó la suya sobre la mía, acariciándola con movimientos circulares que tenían el poder de calmarme. Miré a los dos de nuevo y jugué mi última carta. — O aceptan mi propuesta o se enfrentan al hecho de que voy a vender

mi participación mayoritaria en el hotel de Florencia. A quien yo quiera. Y créanme —hice una pausa—, no lo hago por dinero. Así que, si veo una excelente oportunidad de hundirlos, lo haré.

En ese instante, pude sentir el sonido y el olor de la desesperación. No tenían otra opción y, debo decir, ¡fue demasiado bueno!

—¿Vamos, girassol? —Le tendí la mano a Elisa para ayudarla a levantarse. Luego caminamos por la oficina casi sintiendo la tensión sobre nosotros. Antes de salir, me volví hacia ellos y concluí: —Mis abogados están al tanto. Y, si son tan inteligentes como espero, espero la retractación en todas las redes de comunicación en veinticuatro horas.

Y guié a Elisa fuera de la sala, cerrando la puerta tras nosotros.

— ¡Dios mío! —Exhaló profundamente—. Eso ha sido...

— ¡Liberador!

—Iba a decir: una locura. —Sonrió, volviéndose para mirarme —. Nunca imaginé que venderías el hotel. Estás tan orgulloso de él.

Le acaricié la cara con cariño. A veces todavía me sorprendía pensando en lo mucho que estaba enamorado de esa chica tan guapa. Más aún, en lo insignificantes que me parecían el hotel de Florencia y los demás de la cadena en comparación con estar con mi familia. En fin, las cosas parecían estar encajando.

— Confieso que sentí una satisfacción personal al hacerlo — admití, rozando nuestros labios—. Pero para defenderte, haría mucho más.

Ella suspiró.

— No digas eso... Estoy embarazada, cualquier cosa me hace llorar.

Me reí a carcajadas, guiándola hacia el ascensor.

— Si depende de mí, solo llorarás de alegría, girasol. Y para empezar, quiero llevarte a algunos sitios.



ELISA MÜLLER

CAPÍTULO 22

ELISA MÜLLER

Todavía no sabía cómo lidiar con las bellezas de Europa, aunque el frío del invierno fuera cortante en algunos momentos.

Después del episodio de la oficina, Lucca me llevó a los principales lugares de Milán y de Italia. Confieso que era bonito, claro. Pero no me pareció gran cosa, tal vez porque la antipatía que sentía por su pasado en el país era un enorme precedente.

Desde entonces, me había sorprendido con un romántico viaje por el Mediterráneo, encantador y un poco más cálido, por suerte. En Francia, hicimos un increíble recorrido en coche por la Costa Azul (Niza, Cannes y Mónaco). Tenía que admitir que las carreteras panorámicas tenían unas vistas exuberantes al mar. En Barcelona, tuve la oportunidad de practicar mi español mientras paseábamos como una auténtica pareja de novios por las calles y la playa de Barceloneta durante el día y, por la noche, me atiborré de chocolates y bebidas sin alcohol por el Barrio Gótico.

Llegar al Algarve fue como salir de un lugar vibrante y cosmopolita para refugiarme en un lugar íntimo.

«¡Es tan bonito!», contemplé maravillada mientras el coche recorría la costa atlántica al final de aquella tarde.

— Fue precisamente ese encanto lo que me llevó a abrir el primer establecimiento de mis hoteles aquí —reveló Lucca, acariciándome la pierna mientras conducía.

— No te quito la razón —le acaricié la muñeca, sin poder dejar de admirar la belleza que se veía a simple vista—. Estoy ansiosa por conocerlo y ver si es tan bueno como lo has elogiado — le provoqué, haciendo una leve mueca.

—Sigue provocándome y ya verás... —Él entró en el juego, apretándome ligeramente el muslo y sentí un agradable calor subir

bajo la fina tela de los pantalones—. Esta vez, las nuevas unidades aún están en construcción, pero quiero que vengas conmigo a las inauguraciones.

Un escalofrío ansioso, casi dulce, recorrió mi cuerpo. Si ya me había gustado conocerlas cuando no eran más que estructura y cemento, imagínate cuando estén terminadas.

Poco después, Lucca aparcó frente a la entrada del *Sonat Algarve.* La arquitectura parecía una obra de arte, combinando líneas modernas en vidrio y piedras claras con el contraste del paisaje costero y sencillo. En la entrada, enormes palmeras se mezclaban con olivos centenarios, cuidadosamente conservados para dar la sensación de naturaleza rústica en transición con la elegancia contemporánea.

El nombre del hotel aparecía en un letrero aparentemente sencillo, pero solo se percibía la complejidad de los pliegues del acero cepillado cuando se observaba con atención, ese típico *fácil hasta que intentas hacerlo igual*, ¿sabes?

Detuvo el coche y enseguida dos empleados vinieron a recibirnos y a coger el equipaje. Lucca rodeó el vehículo, me ayudó a bajar y me recibió una brisa más fría que en Brasil, pero mucho más agradable que en los países en los que habíamos estado antes de venir aquí.

— ¿Lista? —preguntó mientras entrelazaba nuestros dedos. Asentí con una sonrisa ansiosa. Él sonrió. — Entonces, bienvenida a la mejor experiencia de tu vida, girasol.

Bastó con cruzar la encantadora puerta para que la cálida atmósfera nos envolviera. La temperatura era agradable. En el aire flotaba un delicado aroma a lavanda y romero, mientras una música instrumental sonaba de fondo. En el centro, una chimenea suspendida irradiaba calor, reuniendo a los huéspedes en sillones de terciopelo dispuestos como pequeños refugios.

Ninguno de ellos parecía menos que multimillonario.

La tapicería en tonos terrosos transmitía una sensación de calidez, a pesar de la imponencia del lugar. El techo alto del vestíbulo se abría a través de las paredes acristaladas, revelando el Atlántico al fondo en un paisaje que daba ganas de saltarse el check-in y disfrutar directamente de las instalaciones del hotel.

— ¡Dios mío! Parece un cuadro vivo. Ni siquiera el invierno disminuye tanta belleza —murmuré, fascinada.

Lucca sonrió, confiado.

— Aún no has visto nada, girasol... Quiero que disfrutes de cada sensación que Sonat puede ofrecerte.

Me humedecí los labios, sintiendo cómo se movía el bebé.

— ¡Enhorabuena! Acabas de aumentar mis expectativas y el hambre del bebé.

Lucca soltó una carcajada, atrayendo la atención de las personas a nuestro alrededor.

— Papá promete satisfacer todo lo que tú y mamá queráis, hijo —aseguró, bajando la mano hasta mi vientre e inclinándose para besarlo.

— Lo vas a malcriar demasiado... —Puse los ojos en blanco, fingiendo estar en contra.

En cuestión de segundos, su boca estaba sobre la mía, dándome un beso tranquilo, apasionado y dedicado.

— No te pongas celoso, su mamá tendrá mucho más —me acarició la barbilla con aire seductor.

— Me encanta que sigas teniendo ese aire de canalla, ¿sabes?

— Es mi arma secreta para conquistarte. —Me guiñó el ojo, provocador.

Le pellizqué el abdomen, tomándolo por sorpresa y haciendo un «au» sin sonido.

— Más te vale usarla solo para mí. Si no, estás acabado — pasé mi mano abierta por su cuello, en señal de degüello,

arrancándole otra deliciosa carcajada.

— ¡Qué miedo me das! —se burló, pasando sus brazos por encima de los míos y dándome un abrazo de oso—. ¿Dónde está la Elisa dulce que conocí?

— Está aquí mismo, y más te vale acostumbrarte a ella, porque después de que nazca nuestro hijo, algo me dice que va a ser mucho peor.

***

Contuve la respiración al entrar en la habitación que nos habían reservado, como había hecho cada vez que veía una nueva habitación del hotel. La suite presidencial era sencillamente espectacular. Enorme, con antesala, balcón y unas vistas impresionantes de la costa.

«¿Podemos vivir aquí?», bromeé, dejando el abrigo sobre la cama antes de salir al balcón a contemplar la puesta de sol junto al mar.

— Podemos vivir donde tú quieras, girassol —respondió Lucca, abrazándome por detrás.

Se me puso la piel de gallina, encogí los hombros y me reí cuando él hundió la nariz en mi cuello, repartiendo besos por toda la zona. A continuación, me giró hacia él, con cuidado de apoyar mi espalda en el alféizar de la balcón, y pegó nuestros cuerpos. El color marrón claro de su mirada se volvió más intenso.

—¿Qué pasa? —pregunté, afectada.

Habían pasado tantas cosas entre nosotros y él todavía me hacía temblar cuando me miraba de esa manera.

Silencio.

Ojos en ojos.

Piernas temblorosas.

Empezaba a sentirme cohibida cuando él me colocó el flequillo, agitado por el viento, detrás de la oreja, midiendo las palabras.

— Hay muchas cosas que me gustaría decirte ahora, girasol. Pero nunca he sido de los que saben declarar su amor. Era más bien *un sinvergüenza* —el tono serio dio un giro divertido—.

— ¿De verdad quieres arruinar nuestro viaje hablando del pasado? —Puse cara de enfado y le di un golpecito en el hombro, lo que le arrancó una bonita sonrisa.

Con cuidado, apretó un poco más sus brazos a mi alrededor y siguió besándome el cuello de forma traviesa.

— No, girasol. Te digo esto para que lo entiendas: quizá no sepa decir cosas bonitas, pero quiero hacer lo correcto contigo. Salir, comprometernos, casarnos...

— ¿Casarnos? —repetí con dificultad, sintiendo que mi corazón se aceleraba de repente.

— Sí, casarnos... —Se apartó ligeramente para mirarme mejor —. ¿No quieres?

— No es eso. Es que... —Exhalé el aire que tenía retenido y esbocé una sonrisa nerviosa—. ¡Vaya! No me lo esperaba.

— Puede que no lo parezca, Elisa, pero me gustan las tradiciones en algunas cosas —murmuró, volviendo a acariciar mi rostro—. Y definir nuestra relación será el primer paso. —Deslizó sus pulgares por mis mejillas con delicadeza—. Quiero salir contigo.

Parpadeé, sorprendida.

— Pensaba que ya estábamos saliendo juntos.

— No, nos estábamos acercando, resolviendo el impasse del pasado. Ahora, con todo aclarado, vamos a pasar página y, además de ser los mejores padres que nuestro hijo se merece, quiero que nos convirtamos en una pareja de verdad. ¿Qué te parece?

Me puse de puntillas, pasé mis brazos por sus hombros y rozé nuestras bocas.

—Es todo lo que quiero —le susurré.

No necesitó nada más para besarme intensamente, capaz de revelar todos los sentimientos entre nosotros.

— Ahora voy a hacerte el amor como te mereces —prometió, cogiéndome en brazos y llevándome a la cama.

— Más vale que lo hagas, porque el calor bajo mi piel es capaz de calentar toda esta ciudad.

Me dedicó otra sonrisa pícara y me desnudó sin prisa. Cada gesto demostraba la intensidad que sentíamos. Sobre las sábanas, su boca recorrió cada parte de mi cuerpo, adorándola, lamiéndola, chupándola, haciéndome retorcer de placer en un orgasmo abrasador.

— Esto no es un coño. Es una fuente de miel —gruñó Lucca al levantar la cabeza de entre mis piernas.

La cara roja, húmeda, el pelo revuelto. Una visión excitante y erótica. Y como para demostrar sus propias palabras, pasó el dedo entre mis pliegues, cogiendo lo que aún goteaba, y se lo llevó a los labios, chupándolo.

La escena me impactó de lleno, provocándome un cosquilleo entre las piernas al tirar la cabeza sobre la almohada, jadeando.

Se quitó la ropa sin prisa, disfrutando de mi mirada depredadora en cada músculo expuesto. Y cuando la polla saltó de los calzoncillos, apuntando hacia arriba, Lucca me lanzó esa sonrisa pícara y me invadió la locura.

¿Cómo era posible sentir tanto deseo por un hombre como el que yo sentía por él?

— ¿Te gusta lo que ves? —me provocó, acariciando su enorme y brillante miembro.

Tragué saliva, mojándome aún más. ¿Cómo era posible?

—Quiero probar tu sabor otra vez —le pedí, jadeando.

Él sonrió, irritantemente libidinoso, lo que solo empeoró mi situación. Tiró una almohada al suelo y extendió la mano para que bajara del colchón.

— Entonces ven... Echo de menos esa boca caliente.

La indecencia excitó mi lujuria, provocando una potente oleada en mi vientre como si no acabara de correrme. De rodillas sobre el suave acolchado, agarré la pesada polla, disfrutando de la sensación, y la metí entre mis labios, con nostalgia. Al principio, poco más que la cabeza era lo que podía con la boca. Cuando me di cuenta, estaba jadeando, dándolo todo en ese oral, arrancándole gemidos y jadeos, pero sobre todo a mí misma.

No hubo tiempo para embestidas lentas. Cuando me cogió en brazos y me puso sobre la cama, ya empezamos acelerados, rítmicos y constantes. Me costaba mucho contenerme... ¡Dios mío!

— Puedes gritar, girasol... Las paredes son insonorizadas — dijo, dándome una palmada que me calentó la nalga mientras me follaba a cuatro patas.

La información pareció desconectar el área de control de mi cerebro. Por primera vez, me vi completamente desvergonzada. Gemí, grité, jadeé, lloré, gemí de nuevo, y otra vez, y otra vez, disfrutando cuatro deliciosas veces antes de desplomarme con cuidado sobre la cama. También con la respiración entrecortada, se acostó a mi lado.

—Te dejaré descansar un poco antes de bajar a cenar —me avisó, quitándome los pelos pegados a mi cara sudada.

—Qué bien... te lo agradezco —bromeé, acariciando sus abdominales marcados con una mano y mi vientre con la otra—. Tu hijo también.

***

Como prometió, bajamos a cenar al restaurante del hotel y fue una experiencia absurdamente maravillosa. Cada plato estaba hecho para despertar una emoción y lo había conseguido en todos ellos.

Después, me invitó a dar un paseo por la orilla del mar. Por supuesto que acepté. Quería conocerlo todo por allí, sin contar que me ayudaría a hacer la digestión.

—Espero que ese suspiro sea por algo bueno —Lucca interrumpió mis pensamientos con su voz suave mientras me arreglaba el cuello del abrigo.

— No podría ser de otra manera —respondí, enamorada de la iluminación del puerto deportivo, las cafeterías y los bares. Todo era hermoso e íntimo, aunque hacía mucho frío. Me alisé el cabello revuelto por el viento y confesé: —Me pareció increíble poder visitar ciudades más grandes, donde nadie me conoce. Vendría aquí varias veces, pero no cambiaría Boa Esperança, incluso con tanta gente chismosa.

Él se rió a carcajadas y me abrazó con cariño.

— Yo huí de eso durante mucho tiempo, girasol, pero estoy de acuerdo contigo. No hay nada mejor que nuestro hogar.

Apreté mis brazos alrededor de él, sintiendo su perfume que tanto amaba. Allí me di cuenta de que, poco a poco, el miedo a entregarme se iba quedando atrás, como una sombra que ya no me alcanzaba.

Muchas veces, en la oscuridad de mi habitación, acariciando mi vientre en silencio y llorando sobre la sudadera que ya no tenía perfume, deseaba que Lucca estuviera allí. Y, de repente, estaba. No solo viviendo conmigo la deliciosa espera de nuestro Bernardo, sino animándome a vivir ese amor que había nacido torcido y que ahora se revelaba exactamente como siempre había deseado.



LUCCA
BENVENUTTI

EPÍLOGO

2 AÑOS DESPUÉS

LUCCA BENVENUTTI

El aire cálido acarició mi rostro, haciendo casi palpables las emociones de aquella tarde de octubre. El verde del paisaje se mezclaba con la decoración y las flores claras, un bonito contraste para la vista.

En la parte más llana del campo, la larga alfombra, similar a una estera de paja, dividía el espacio para las numerosas sillas de los invitados, terminando en el altar decorado con un arco florido y con vistas a la parte más bonita de la bodega: los viñedos.

Todo fue elegido hasta el más mínimo detalle, tal y como Elisa siempre quiso. Y cuanto más llegaban los invitados, más ansioso me sentía, caminando de un lado a otro.

—Cálmate, chico. Vas a abrir un agujero en el suelo de esa manera —dijo el viejo Pedro Benvenutti, tocándome el hombro y sonriendo abiertamente.

Llevaba un traje claro, un sombrero panamá y zapatos del mismo tono que su bastón.

— Dime, ¿es normal esta sensación de estar a punto de tener un infarto? —Metí las manos sudorosas en los bolsillos, mirándolo fijamente, y él se rió.

— Tranquilo, yo me sentí exactamente así cuando me casé con tu *nonna* —dijo con una sonrisa nostálgica—. Estoy orgulloso de ti y agradecido por poder presenciar este momento —su voz se quebró al final, emocionada—. Dios no podría haber puesto una mujer mejor en tu vida, hijo.

Lo abracé, sintiendo un nudo en la garganta.

—Siento lo que has pasado sin mí, abuelo. Sé que debería haber estado contigo mucho antes.

Él lo negó, dándome una palmada en el hombro.

— Las cosas son como tienen que ser. Todo a su debido tiempo —afirmó sabiamente mientras se alejaba.

— ¡Papá! —Un grito agudo nos interrumpió y me volví para ver a Bernardo corriendo tambaleante hacia mí, seguido por su abuela, Maristela, que lo sostenía de la mano, o mejor dicho, era arrastrada por el pequeño huracán de casi dos años.

—¡Hola, hijo! —Me acerqué para cogerlo en brazos, arreglándole el traje en miniatura que llevaba puesto. El olor a perfume de bebé invadió mis fosas nasales y, junto con el olor de su madre, eran mis aromas favoritos. —No te puedes ensuciar, si no, mamá se enfadará.

— *Biga*... —repitió, agarrándome la corbata mientras fruncía el ceño, como si imitara a Elisa enfadada.

El gesto fue suficiente para arrancarme una sonrisa genuina. Ese pequeño se había convertido en el centro de nuestro universo. Nació en la madrugada del 29 de marzo, después de doce horas de parto en las que ella luchó valientemente hasta dar a luz.

Al ver a mi hijo por primera vez, sentí un amor que nunca podría describirse. Allí, en la habitación del hospital, él en el regazo de Elisa, con el pelo sudado, aún respirando con dificultad, sentí que mi vida por fin tenía sentido. Le pedí que se casara conmigo, sin anillo, sin cena, pero con todo mi corazón y el amor que sentía por ella, o mejor dicho, por ellos.

Nos fuimos a vivir juntos a la mansión, al fin y al cabo, cualquier posibilidad de estar lejos de ellos era nula.

Seguí con mi cadena de hoteles, pero ahora había contratado a un director general que garantizaba la continuidad del negocio y me permitía tener tiempo para dedicarme a mi familia. Seguía viajando mucho, pero no se comparaba con el tiempo que pasaba lejos de Brasil.

En la bodega, implementamos el modelo hotelero, que estaba siendo un gran éxito y aumentaba el número de clientes. Con

nuestro hijo tan pequeño, asumí totalmente las responsabilidades del negocio y mi papel como padre, por supuesto.

Poco a poco, Elisa volvió al trabajo y yo dejé espacio para que mi abuelo le asignara las decisiones difíciles. Me gustaba la bodega, pero Elisa... ella sentía un amor tan grande por ese lugar que le brillaba en los ojos. Se dedicaba, estudiaba, se desafiaba a sí misma, asumía riesgos calculados y se estaba convirtiendo en una excelente gestora.

Cada día estaba más convencido de que ningún lugar del mundo se comparaba con estar en casa, con mi familia.

Por cierto, Elisa había cumplido un gran deseo: reformar la casa de mis abuelos. ¿Lo más increíble? No había aceptado ninguna ayuda mía ni de mi abuelo. Lo hizo todo sola, con su dinero.

Era tan hermosa como orgullosa. Y eso me hacía quererla aún más.

Te estarás preguntando *qué pasó con Pietro y Chiara*, ¿verdad? Pues prepárate, porque las noticias no son buenas. Al menos, no para ellos.

Tal y como acordaron, se retractaron de las falsas acusaciones. Mientras él se mantuvo más discreto, ella publicó un vídeo en el que se la veía claramente incómoda. La mujer, antes siempre arreglada, aparecía con la cara lavada, con unas gafas de sol enormes que parecían la suela de una zapatilla cubriéndole parte de la cara, el pelo recogido y una voz de quien tiene una resaca terrible.

Dijo algo así como: «*Vengo a pedir perdón por mis palabras inapropiadas. Estaba dolida por el fin de nuestra relación, pero Lucca nunca fue un canalla conmigo. No fue más que un malentendido*». Y cuando se produjo la repercusión sobre el embarazo, Chiara no solo tuvo que explicar que Elisa se había quedado embarazada antes, sino también pedir perdón directamente a mi prometida.

Yo me aseguré de ver la rectificación, a diferencia de Elisa. Para ella, era mejor olvidar. Resulta que la noticia tuvo una gran

repercusión, llegando incluso a Boa Esperança do Sul. Solo así los vecinos pudieron entender realmente cómo se había desarrollado nuestra historia, ya que nunca dimos explicaciones y la curiosidad siempre fue enorme.

¿El problema? *Sonat Florenza*, que ahora tenía otro nombre, desvinculándose totalmente de mi red, perdió importantes inversores y estaba al borde de la quiebra. Del mismo modo, la credibilidad de Chiara se desplomó y las marcas, que hasta entonces competían por trabajar con ella, se alejaron.

La modelo solo se salvó de hundirse junto con Pietro porque se involucró con un magnate saudí. Hasta qué punto eso sería bueno para ella, no estaba tan seguro. Por lo que supe, él no era del tipo más honesto y justo.

—Papá... el suelo. —La voz de mi hijo me devolvió a la realidad.

Hice lo que me pidió, advirtiéndole:

— Ten cuidado de no mancharte. Mamá ya viene.

— *Vale* —susurró, como si me contara un secreto.

— ¿Ah, sí? ¿Está guapa? —Entré en el juego, creando suspense.

Bernardo asintió con la cabeza y se llevó el dedo índice a la boca.

— No puedes, ¿recuerdas? —Le aparté el dedo con paciencia.

— Sí... se *me* pegan los bichos... —asintió, limpiándose el dedo baboso en los pantalones.

— La novia está llegando. ¿Listos? —preguntó la maestra de ceremonias, acercándose.

Si la retrospectiva me había distraído, sus palabras hicieron que mi nerviosismo volviera. El corazón me latía con fuerza en el pecho durante todo el comienzo. Teníamos pocos padrinos, entre ellos Clara, como no podía faltar. Se había vuelto muy cercana a

nuestra familia y hacía absolutamente todo por Bernardo. Era una madrina estupenda para él.

Marco siguió como enólogo en la bodega, pero nunca más se atrevió a mirar a Elisa con otros ojos. Sabía que, al menor indicio, yo acabaría con su carrera.

Dejando a ese imbécil a un lado, me concentré en la ceremonia que estaba a punto de comenzar. Las manos me sudaban frías cuando me coloqué para entrar bajo el umbral de madera colocado al final de la alfombra.

—¿Lucca? —La voz de Maristela invadió mis oídos y me volví para mirarla.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, preocupado.

— Tranquilo, todo está bien —sonrió, acercándose—. En realidad, vine a pedirte algo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué favor?

Con el tiempo, pude conocer mejor a mi suegra y admirarla. De ella provenía la fuerza de Elisa y eso era increíble.

Se detuvo frente a mí, me tomó la mano y me miró.

— Estoy muy contenta por todo lo que tu abuelo ha hecho por Elisa incluso antes de que se convirtieran en pareja. Y, de alguna manera, quería devolverte ese favor.

— Elisa es importante para todos nosotros. Ahora más que nunca —respondí con cautela—. Pero no entiendo a dónde quieres llegar.

Maristela me acarició los dedos.

— Tú también te has convertido en un hijo para mí. Y, si me lo permites, me gustaría acompañarte hasta el altar.

La petición me tomó por sorpresa. Abrí mucho los ojos, necesitando un momento para procesarlo.

— Maris... —mi voz se quebró, emocionado—. No sé qué decir.

Ella sonrió, acariciándome el antebrazo.

— No quiero que entres solo, chico.

La abracé con fuerza.

— Por supuesto que acepto —afirmé al separarme, ofreciéndole mi brazo, y ella aceptó.

Entramos al son de la música clásica. A cada paso, bajo la atenta mirada de los invitados, me acordaba de mis padres, deseando que estuvieran allí para presenciar ese momento.

— Estoy muy feliz de entregarte a mi única hija, Lucca —dijo Maristela cuando llegamos cerca del altar.

— Prometo cuidar de ella y dar mi vida por ella —le aseguré.

Nos abrazamos y ella se colocó en la primera fila, junto a mi abuelo, Bernardo e Inácia. Pronto sonó la marcha nupcial y, cuando se abrieron las puertas decorativas de madera, la vi: la mujer de mi vida.

Vestida de novia.

Tan hermosa y delicada como un ángel. Su largo cabello rubio caía en rizos sobre su pecho. Su sonrisa resplandeciente, su mirada brillante conectada a la mía incluso estando lejos. En ese instante amé a Elisa aún más y tuve la certeza de que la amaría hasta el último día de mi vida.

A su lado, su abuelo mantenía una expresión seria.

—Estás preciosa, girasol —le susurré, besándole la frente cuando se acercaron.

Ella sonrió y yo estreché la mano de Armando.

— Si vuelves a hacer daño a mi nieta, cumpliré mi promesa y te mataré —afirmó con dureza. Podrían pasar muchos años, pero él nunca me aceptaría por completo.

— Quédate tranquilo, eso nunca sucederá.

Él asintió y se unió a los demás en la primera fila. Al ver a su madre, nuestro hijo se agitó, llamándola *«giassol»* y provocando la risa de todos. Acaricié el rostro de Elisa y ella me miró, aún sonriendo.

—¿Lista para ser oficialmente mi esposa? —murmuré, admirando lo hermosa que se había vuelto.

Ella rodeó mi muñeca con sus dedos, ampliando su delicada sonrisa, con el poder de calmar todo el caos que había dentro de mí.

— Solo si es para siempre.

Pegué nuestras frentes, manteniendo nuestras miradas conectadas. Con el corazón en paz, tomado por la certeza de que mi destino siempre había estado más cerca de lo que imaginaba, solo que no estaba preparado para enfrentarlo hasta que Elisa llegó y me mostró que era ella, que siempre sería solo ella.

— Contigo y con Bê en mi vida, no necesito nada más.



ELISA
BENVENUTTI

ESCENA EXTRA

ELISA BENVENUTTI

Problema en el viñedo. ¿Puedes venir aquí? Decía el mensaje de Lucca.

Fruncí el ceño, extrañado.

— ¿Qué pasa? —preguntó el señor Pedro al verme subir las escaleras del porche con Bê durmiendo en mi regazo.

Levanté la vista del aparato y vi al anciano que venía del salón.

—Lucca me llama al viñedo. Dice que ha habido algún problema.

— Entonces es mejor que vayas —respondió Pedro—. Deja al niño en la cuna, yo lo vigilaré.

— Acabo de venir de allí, todo estaba bien... —comenté, antes de dirigirme al pasillo. Dejé ese pedacito de mí en la cuna de su cuartito, sintiendo un nudo en el corazón por tener que dejarlo. —Mamá no tardará, hijo —murmuré, arreglándole la mantita antes de salir de la habitación.

Pedro se había sentado en el sillón de la sala, con una copa de vino en la mano.

— No te preocupes, chica. Te llamaré si se despierta.

Asentí, me despedí y salí de la mansión, dirigiéndome a mi camioneta. Sí, ahora tenía una. Roja, potente y enorme. En pocos minutos llegué al lugar que Lucca me había indicado, extrañando no ver nada fuera de lo normal.

—¿Cariño? —llamé en voz alta.

Lucca apareció detrás de unos arbustos grandes y frondosos.

— Hola, girasol —sonrió, viniendo a abrazarme. Llevaba un traje negro sin corbata y una camisa blanca con los dos botones

superiores desabrochados, lo que resaltaba su bonito pecho, pero me obligué a concentrarme en el motivo por el que estaba allí.

— ¿Qué pasa con los viñedos?

—Cálmate, todo está bien —explicó, acariciándome la cara.

Un peso invisible se me quitó de encima. Había sido una semana agitada. Lo último que quería ahora eran más problemas.

— Entonces no entiendo por qué me has llamado aquí —dije, todavía tratando de entender lo que estaba pasando.

— He preparado algo para ti. —Me cogió de la mano y me llevó hasta donde había venido.

Y entonces lo vi...

Entre las dos hileras de parras, había preparado una especie de picnic. Sobre la hierba, había extendido un mantel amarillo a cuadros, una cesta de mimbre, dos copas y una botella de vino.

— ¿Una cita? —Arqueé una ceja—.

— Casi eso... —Me besó los dedos, sonriendo mientras me guiaba hasta allí.

— No lo entiendo...

— Ya lo entenderás, girasol.

Se sentó primero sobre el mantel, extendiendo la mano para que me acomodara entre sus piernas. Lo hice, luego sirvió nuestras copas de vino y me entregó una.

— Un brindis por nosotros.

Chocamos nuestras copas, sonriendo aún perdida, pero disfrutando de la sorpresa.

— ¡Por nosotros! —acepté y bebimos juntos.

Lucca me acarició la cara, colocándome los mechones sueltos detrás de la oreja, mirándome con todo el amor que estaba acostumbrada a ver cada día en sus ojos. Era extraño pensar en lo mucho que lo amaba y que ese amor aumentaba cada día. A continuación, me besó y me relajé.

— Me encantó el romanticismo —murmuré cuando terminamos el beso.

Él sonrió.

— Eso está bien. Pero, si conozco bien a mi esposa, está curiosa.

—Mucho...

Entonces dejó la copa al lado de la botella y metió el brazo dentro de la cesta. Lo seguí con atención y, cuando se dio la vuelta con algo en las manos, me quedé sin entender.

Un papel enrollado en forma de tubo, con un lazo de cinta roja.

Lucca subió su mano libre a mi cara, acariciándola, con la mirada fija en la mía.

— Nuestra vida comenzó de una manera inusual, girasol. Ya sabes... —comenzó a decir y yo asentí con la cabeza—. Y cuando parecía que ya era demasiado tarde, deseé más que nada un futuro a tu lado.

Sus palabras me emocionaron. Recordar el comienzo de nuestra historia siempre me hacía sentir así.

— Soy muy feliz por todo lo que tenemos, amor —murmuré, correspondiendo a su caricia.

—Lo sé—. Me besó la mano—. Pero quería decírtelo con algo más que palabras. —Fruncí el ceño y él continuó, extendiéndome el regalo—. Esto es para ti.

Temblando un poco, posé mis dedos sobre los suyos en el papel. Su mano libre acariciaba mi rostro. Nuestras miradas se cruzaron.

Mi corazón latía con fuerza. No tenía ni idea de lo que podía ser.

Como si mis movimientos fueran lentos, lo cogí y respiré hondo antes de abrirlo. A simple vista, parecía un documento. Estaba nerviosa, no lo entendía bien, pero entonces mis ojos se

posaron en las siguientes palabras sueltas: *escritura de propiedad — Bodega Benvenutti—.*

Cuando finalmente comprendí lo que significaba, contuve el aire en los pulmones y me tapé la boca.

—Lucca... —mi voz se apagó—. ¿Es eso...?

Él asintió con la cabeza.

— Así es, girassol.

— ¡No! —exclamé, conmocionada—. No puede ser... no es justo.

Él sonrió, acariciándome la mejilla.

— Cálmate, amor...

— ¿Cómo voy a calmarme? —jadeé—. Aquí dice que la bodega será mía cuando tu abuelo fallezca.

Me miraba como si no fuera nada, mientras yo estaba a punto de sufrir un infarto. El corazón me latía tan fuerte que parecía estar en las sienes.

— Amor, escúchame —me pidió Lucca, haciéndome mirar a sus ojos—. No hay nadie más capacitado que tú para cuidar de esta bodega. Mi abuelo lo sabe y está de acuerdo. Tú fuiste su elegida, ¿recuerdas?

— Pero eso fue antes de que volvieras y descubrieras que te gusta estar aquí.

— Lo sé. Pero yo tengo mis negocios y tú mereces tener los tuyos. Amas este lugar.

— Es una locura... Es la historia de tu familia, de tus antepasados, Lucca —argumenté lo obvio.

—Y será de nuestros herederos —añadió en voz baja—. Estamos casados, girassol. Tenemos a nuestro hijo y pronto tendremos otros. El legado continuará con ellos.

Tenía la cabeza hecha un lío. ¡Dios mío!

Lucca seguía mirándome como esperando una respuesta. Suspiré, ordenando mis pensamientos. Y, como siempre, seguí lo que me dictaban mis principios.

— De acuerdo, acepto convertirme en propietaria de la bodega. Pero solo firmaré estos documentos si legalmente son tanto míos como tuyos.

Me besó, sosteniendo mi barbilla con cariño.

— Haré lo que tú quieras, girassol. Siempre.

FIN.

Lea también



Enlace: https://amzn.eu/d/67H2Y2G

Sinopsis:

Enemigos que se convierten en amantes - Romance prohibido - Enemies to lovers - Niño adorable - Diferencia de edad - Héroe arrogante

Él fue entrenado para juzgar.

Ella nació para desafiar.

Pero cuando el amor es rechazado... el destino encuentra la manera de cobrar.

Alexander Stéphanos, un renombrado juez penal, es tan implacable como irresistible. A los treinta y ocho años, fue trasladado a la ciudad maravillosa tras un escándalo que casi le cuesta su carrera y su cordura. Controlador, frío y acostumbrado a mantener el mundo bajo su orden, no esperaba que una mujer lo cambiara todo.

María Luisa Alcántara Mendonça, veinticuatro años, un currículum brillante y heridas aún abiertas. Recién salida de una relación tóxica, decidió convertir su dolor en fuerza. No se deja intimidar, no baja la cabeza y se prometió a sí misma que nunca más volvería a ser engañada, y mucho menos por un juez arrogante con ojos de acero y juicios crueles.

El encuentro entre ellos es explosivo, sensual e inesperado.

Pero cuando la entrega se convierte en consecuencia... él la rechaza.

Embarazada y sola, Malu decide empezar de nuevo sin mirar atrás. Durante cuatro años, cría a su hijo con dignidad, mientras Alexander vive sin saber lo que ha perdido... hasta que el destino los pone frente a frente en lados opuestos de un tribunal.

Ella quiere venganza. Él descubre la verdad.

Y en medio de una guerra de rencores, verdades ocultas y amor sofocado... hay un niño con ojos atentos y un corazón dividido entre dos mundos.

Ahora, el juez necesitará algo más que leyes para recuperar el derecho a ser llamado padre. Y tal vez... a ser amado de nuevo.



Enlace: https://amzn.eu/d/dlz87NM

Sinopsis:

::SEGUNDA OPORTUNIDAD ::DIFERENCIA DE EDAD ::SUGAR DADDY ::PRIMER AMOR ::SLOW BURN ::

Un director ejecutivo acostumbrado a controlar todo... excepto lo que siente cuando la ve.

Una mujer independiente que intentó huir de su pasado, pero que lleva consigo un precioso secreto: el hijo que él nunca supo que tenía.

Cuando el destino los une, ¿será el amor suficiente para superar las heridas del pasado?

Grumpy x Sunshine — Bebé secreto — Segunda oportunidad — Found Family — Reencuentro - Jefe arrogante - Enemigos a amantes con tensión

Marco Galvão lo tiene todo: poder, dinero y respeto en el mundo de los negocios. Pero, detrás de la fachada del implacable director general, hay un hombre que no puede olvidar a la mujer que se marchó sin explicaciones, dejando un vacío que ninguna fortuna ha podido llenar.

Isabela Vasconcelos sacrificó sus sueños para criar a su hijo sola, lejos de los juicios y del mundo que Marco representaba. Aprendió a ser fuerte, pero nunca olvidó al hombre que cambió su vida, y que nunca conoció al niño que ella crió con tanto amor.

Cuatro años después, una negociación los pone cara a cara, y los secretos del pasado comienzan a revelarse. Marco descubre que es padre y, entre conflictos, pasión y rencores, decide luchar para conquistar no solo el amor de Isabela, sino también el corazón del hijo que nunca supo que tenía.

Secretos, reconciliación y un amor que desafía las barreras del tiempo.

Él construyó un imperio, pero ¿podrá Marco reconstruir la confianza de Isabela y formar la familia que nunca soñó tener?



Enlace: https://amzn.eu/d/dXrEVUr

Sinopsis:

Matrimonio de conveniencia romance, romance millonario español, novela romántica matrimonio falso, amor prohibido millonario, historia de pacto de amor, novela romántica intensa

Leon D'Ávila, heredero de un imperio y prisionero del testamento de su padre, tiene solo treinta días para casarse o perderá todo lo que ha construido. Frío, calculador e irresistiblemente seductor, ve en Helena la compañera perfecta para un acuerdo: un año de matrimonio de fachada, sin amor, solo cláusulas claras y beneficios mutuos.

Helena Ramos es una abogada decidida a mantener vivo el legado de su familia. Con deudas asfixiantes y un bufete al borde de

la quiebra, nunca imaginó que la solución a sus problemas vendría en forma de un contrato... de matrimonio.

Lo que comienza como un acuerdo racional pronto se convierte en una guerra silenciosa de miradas, provocaciones y secretos. Entre cenas cargadas de tensión, besos robados y noches que traspasan cualquier cláusula, Leon y Helena se dan cuenta de que ningún contrato es capaz de proteger el corazón.

Pero cuando una revelación del pasado une a sus familias de manera inesperada, tendrán que decidir: seguir fingiendo o arriesgarlo todo por un amor que nunca planearon.

Redes sociales (de la editorial)

Sitio web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br

---

[1] Expresión antigua: estar menstruada.

[2] Traducción del italiano: «Tu abuelo se ha despertado y quiere hablar contigo».

[3] Traducción del italiano: «Ve a mi habitación, descansa. En breve se servirá la cena».

[4] Traducción del español: «¡Elisa, querida! ¡Qué alegría verte de nuevo!».

[5] Traducción del italiano: «Una grappa añeja».

[6] Traducción del italiano: «¡Hola, amigo! ¿Estás bien?».

[7] Traducción del italiano: «Sí, no te preocupes».

[8] Jerga utilizada en el sur que significa: pícaro, travieso, lleno de artimañas.